

JUAN ZORRILLA
OBRAS

UNIV. OF ARIZONA
868.69 Z89 S4
Zorrilla de San Mart/El sermon de la paz mn



EL SERMON DE LA PAZ

PENSAMIENTOS-ENSAYOS



La edición de las obras completas del Dr. Juan Zorrilla de San Martín.

Banco de la República Oriental del Uruguay.

Mayo 24 de 1929.

Señor Dr. Don Juan Zorrilla de San Martín.

Me complazco en hacer saber a Vd. que el Directorio que presido, en sesión de fecha 20 del corriente, adoptó la siguiente resolución, con la adhesión unánime de todos sus miembros al pensamiento que la inspira, expresado individual y colectivamente en forma altamente elogiosa para su persona:

"El Directorio del Banco de la República, inspirado en el patriótico propósito de que se conmemore en forma perdurable el cincuentenario de La Leyenda Patria, que acaba de celebrarse; considerando que el altísimo cantor de las glorias nacionales ejerce la funciones de Delegado del Gobierno en el Banco desde hace 24 años; creyendo, además, que difundir ampliamente entre el pueblo las obras del esclarecido ciudadano es contribuir a robustecer el concepto de Patria y a avivar la conciencia nacional, y que con ello se realiza, a la vez, obra de eficaz cultura; teniendo en cuenta el conocido precedente de que el Banco de España editó las obras completas de Ricardo León como homenaje a este eminente hombre de letras, antiguo funcionario de aquella institución de crédito, resuelve: Publicar, en edición especial y popular, las obras completas del Dr. Zorrilla de San Martín, encomendando este trabajo al propio autor, a quien se hará entrega de la edición, separando de ella quinientos ejemplares, los cuales serán directamente distribuidos por el Banco entre las instituciones de enseñanza y cultura del país".

Al transmitirle esta resolución con que el Directorio del Banco de la República adhiere a los homenajes de que ha sido Vd. objeto con motivo del cincuentenario recientemente celebrado, me es grato solicitarle se sirva formular el plan de la publicación y disponer la forma de la misma.

Solamente me resta agregar a los ya expresados, mis sentimientos de adhesión personal, y ofrecerle las seguridades de mi más alta consideración.

Alejandro Gallinal
Presidente.

Julio Carlos Netto
Pro-Secretario.

JUAN DOMÍNGUEZ DE SAN MARTÍN

EL SERMON DE LA PAZ

El Sermón de la Paz

Impreso en la imprenta de don Juan Carlos López, 1872

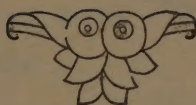
En la ciudad de San Juan, P.R.

1872

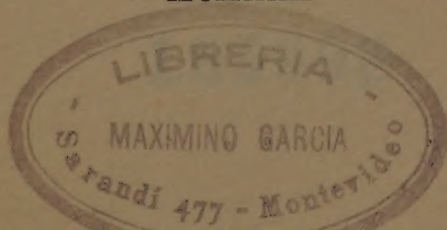
1872

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

EL SERMON DE LA PAZ

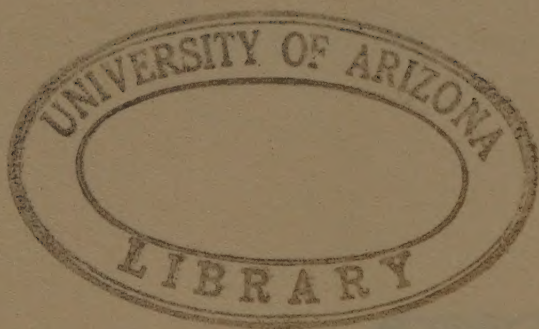


IMPRENTA NACIONAL COLORADA
JUAN CARLOS GOMEZ, 1223
MONTEVIDEO
MCMXXX



JUAN SORRELLA DE SAN MARTIN

EL SERMON
DE LA PAZ



UNIVERSITY OF ARIZONA

JOHN L. GILBERT, PRESIDENT

TUCSON, ARIZONA

1922

289
54

PROLOGO

Nota crítica

Un día, ya lejano, dejaba la casa de Vaz Ferreira un grupo de estudiantes peruanos y uruguayos reunidos cordialmente por la oportunidad de un congreso.

—¿Adónde van ahora?... preguntó el dueño de casa.

—A lo de Zorrilla de San Martín, contestó alguien del grupo.

—Van a conocer ustedes,—subrayó Vaz Ferreira dirigiéndose a los estudiantes peruanos, —uno de los espíritus más cristianos que han de encontrar en la vida...

Aquel juicio, — tan jugoso de sentido, — nos quedó en el recuerdo. Y hoy nos vuelve una vez más a la memoria, al revisar, para esta nota crítica, (1) los dos últimos libros de Zorrilla de San Martín: *El Sermón de la Paz* y *El Libro de Ruth*... Libros serenos y misericordiosos. Li-

(1) Publicada en la prensa diaria de su fecha.

PROLOGO

bro de sana y clara docencia. Libros de bien. Libros cristianos... He aquí realmente, — nos decimos al cerrar la última página de lectura, — en el sentido vivo que lo pretende el Mensaje, uno de los espíritus más cristianos que hemos encontrado en la vida...

Para escribir sobre Zorrilla de San Martín, hemos releído a Rodó. ¿Por qué hilo de comunicación hemos ido de un espíritu a otro?... Tal vez la respuesta provoque una inmediata sorpresa. Lo que nos ha hecho unir a estos dos espíritus esclarecidos no son sus coincidencias; son, precisamente, sus contrastes.

Y desde luego, el más saltante.

Si, con el criterio de Boutroux, que nos manda estudiar la obra siguiendo la línea de evolución espiritual que describe la vida del autor, — “los sistemas de filosofía son valores vivos” — enfrentamos la obra y la vida de Zorrilla de San Martín, la enseñanza de más valor docente, está constituida quizá por la forma como ha combinado dos notas, — de aparente contradicción — que han ido tejiendo el proceso de su encumbrada personalidad: por una parte, la persistencia incommovible, al través de la vida, de

PROLOGO

la misma ideología vertebral; y por otra, la renovación casi total de los medios técnicos y de la vocación intelectual que los utiliza.

Este es el hecho resultante. Pero, este hecho tiene algo más. Lo fundamental ha permanecido. En Zorrilla de San Martín hay algo conquistado del todo, desde el primer día. Sus primeras notas líricas expresan la misma ideología esencial de su último libro: religiosa y patriótica. En *Notas de un Himno*, — que tiene ya sesenta años de edad, — se leen composiciones como *Credo y Patria Mía* que agotan, para toda la vida de Zorrilla de San Martín, el proceso crítico de dos problemas esenciales de la conciencia humana. Y hoy, — sesenta años después, — vuelve a decir lo mismo, sin corregir un tilde, ni en lo ideológico, ni siquiera en lo emocional...

Y leímos a Rodó.

Motivos de Proteo. (Página 9). “Renovarse es vivir. Y desde luego, nuestra transformación personal, en cierto grado no es ley constante e infalible en el tiempo? ¿Qué importa que el deseo y la voluntad queden en un punto, si el tiempo pasa y nos lleva? El tiempo es el sumo innovador”.

Y el pensamiento se precisa del todo en la página 248:

PROLOGO

“Reformarse es vivir ... La tendencia a modificarse y renovarse es natural virtualidad del alma que realmente “vive”; y esta virtualidad se manifiesta “así en el pensamiento como en la acción”. Cuanto más emancipado y fuerte un espíritu, cuanto más señor y dueño de sí mismo, tanto más capaz de adoptar por su libre iniciativa o por su participación consciente en la obra de la necesidad, la dirección de las ideas y sus actos, según los cambios de tiempo, de lugar, de condiciones circunstantes; según su propio desenvolvimiento interior, y el resultado de su deliberación y su experiencia”.

He aquí dos fuertes espíritus que representan, cada uno en su sitio, las dos actitudes vitales del hombre y del Universo. ¿A cuál le daremos el magisterio de la mejor verdad?... ¿Cambiar?... Permanecer?... ¿Todo es devenir, acaso, según la fórmula del viejo Heráclito?... ¿O permanecer en el ser es la realidad profunda de las cosas, como afirmaban los eleatas?... En la partícula de Universo que representa nuestra vida, y en la esfera de la personalidad, a alguna de las dos actitudes tenemos que ceder el dominio. Reformarse es vivir. Vivir es permanecer. He ahí las dos divisas. Oponerlas para excluirlas mutuamente, sería una falsa oposición, valga la lógica viva de Vaz Ferreira. No las opuso Rodó

PROLOGO

en su obra, ni Zorrilla de San Martín en su vida. Pero es indudable que, — aun aceptando la inevitable aleación de las dos direcciones, — para Zorrilla de San Martín lo fundamental es la voluntad de permanecer; y para Rodó lo fundamental es la voluntad de renovarse.

No podemos impugnar a Rodó. Rodó no sistematizó, en una filosofía, su posición doctrinaria. Abrió, en cambio, su espíritu "a una perspectiva indefinida..." Y así hizo su magisterio sobre la vocación. Pero puede decirse, en defensa del valor teórico y docente de Zorrilla de San Martín, y frente a toda explicación evolucionista de la personalidad, que lo valioso y fuerte, estará siempre en lo que permanece, y que a ese núcleo central inmovible debemos atribuir la potencia de las más hondas actividades individuales y sociales.

La explicación fenomenológica de la personalidad parte de un hecho exacto: los estados de conciencia cambian, y la evolución, en cierto grado, existe. Pero incurre, luego, en una falsa generalización, que alcanza a la doctrina total como explicación del Universo. La evolución no modifica sino los procesos técnicos de la naturaleza. La piedra cambia de sitio. El ave adapta la agilidad de las alas. El hombre mejora las herramientas de conquista o de trabajo. Pero en el

PROLOGO

fondo de la vida y en el panorama de la naturaleza, la piedra cae inconsciente, desde hace mil años, empujada por la gravitación inexorable; y el bien y el mal, la vida y la muerte, aguijonean, desde hace otros mil años, la conciencia humana, insatisfecha o esperanzada. El tiempo no es el supremo innovador. Por el tiempo se modifican los procesos técnicos. Lo demás, resiste al tiempo, Hay una voluntad de permanecer que nos da, — dígase lo que se diga, — la verdadera valoración de la vida, o por lo menos su signo más profundo.

A esta doctrina corresponde una docencia. Cuando vamos a explicarla, nos sale al paso la objeción inmediata: Toda posición inconvencible y concluida, provoca el estancamiento, mata el progreso y organiza la intransigencia. En el terreno docente, — y aun poniendo de lado el problema de doctrina, — no están por esta vía los maestros necesarios. Proteo será siempre el símbolo del porvenir imperioso...

Acudamos, sin embargo, a la lección, que nos deja la vida y la obra de Zorrilla de San Martín, y reconciliaremos, en la línea firme de su personalidad, nuestro instinto vital de perma-

PROLOGO

necer, y nuestra expectativa intelectual de renovarnos. He aquí lo interesante de nuestro estudio.

¿Ha sido Zorrilla de San Martín, — sin perjuicio de lo dicho, — un escritor inaccesible a la renovación?... Nó. Alrededor de un núcleo aglutinante firme, ha renovado la técnica totalmente, y, en cierto sentido, la vocación. Y lo propio y original de Zorrilla de San Martín es el coeficiente de perfecto equilibrio con que ha combinado las dos direcciones necesarias.

Todo libro (libro, no papel impreso) produce un fenómeno de iluminación sobre el espíritu que lo ha concebido, algo así como el relámpago que nos revela, en la noche oscura, el núcleo de tormenta que trae en su seno la vida y la muerte. El relámpago y el libro no son, por sí mismos, nada. Lo fuerte y fecundo es la nube cargada de agua que va a humedecer la tierra y a volverla apta para el alumbramiento; y el espíritu del hombre, — “del hombre de carne y hueso” como quiere Unamuno, — que vive su amor y su dolor, y que un día desborda y se perpetúa buscando otros espíritus para humedecerlos con su verdad, y provocar, en ellos, la necesaria fecundación creadora. Cada libro vale como signo de una vida, — volvemos, sin querer, a Boutroux, — y el estudio de la obra literaria es el hilo conductor por donde vamos viendo pasar una personalidad

PROLOGO

con sus problemas y sus soluciones. Lleguemos, por esta vía, hasta *El Sermón de la Paz* y *El Libro de Ruth*.

La historia literaria de Zorrilla de San Martín empieza por un poeta lírico. Su primer libro, — *Notas de un himno*, — es un manojo juvenil de versos, frescos e inflamados, en los cuales lo que domina es el cálido desborde de unos cuantos ideales fundamentales y simples. La Religión y la Patria: fundamentalmente. El amor muy poco, — sea señalado no obstante tener el autor veinte años. Ese arrebató juvenil culmina en *La Leyenda Patria*, canto que a ratos supera la inspiración de Olmedo, y que ha vivido ya cincuenta años, con mantenida juventud, declamado con igual fervor por cinco generaciones sucesivas, al pie de todas las estatuas nacionales. El poeta ha llegado a su plenitud, y la primera etapa debe considerarse terminada.

Un nuevo paso, y aparece *Tabaré*. El esfuerzo ha superado el panorama anterior. La voz de un pueblo se ha ampliado hasta los horizontes de la raza. El sentido dramático ha completado el cuadro plástico que domina en *La Leyenda*. Se han apagado ciertas inflamaciones del patrio-

PROLOGO

tismo juvenil, para conquistar una técnica más sobria. Pero además de esto, asoma una filosofía vertebral entre la entonación lírica, y aparecen los personajes de relieve humano, — no nacional, — moviéndose, y agitándose y viviendo, frente a su adecuado escenario y destino.

La nueva obra será *La Epopeya de Artigas*. Empieza el drama interior. En Zorrilla de San Martín hay un hombre de imaginación y un hombre de pensamiento que pugnan por dominarse, o por excluirse, o por completarse. Alrededor de ese combate, gira toda la evolución espiritual de Zorrilla de San Martín, evolución lógica, al fin, en quien ha escudriñado el sentido religioso de la vida, y se ha acercado al límite de sus misterios. *La Epopeya* es la obra, en que el pensador marca su primer entrada a fondo. Bajo la forma artística, grandilocuente a veces, y a veces frondosa, va estableciendo el escritor un orden lógico, una categoría de valores, y una filosofía del ideal nacional. Artigas, — aun idealizado por el amor y por la poesía, — las dos deidades que pueden haber perturbado la imparcialidad del historiador, — Artigas, decimos, está asentado sobre una filosofía histórica, y su vida se mueve, — dentro de la obra, — en la trama de cierta causalidad sociológica, que el autor estudia con criterio racional. Artigas resulta para Zorri-

PROLOGO

lla de San Martín un héroe carlyliano, pero sin quebrar la causalidad histórica, ni destruir la lógica científica. A la pura explicación materialista de la historia, que sólo ve en el progreso el factor económico, o a la incompleta concepción intelectualista de Comte, nuestro autor agrega, — no opone, sino que agrega, — una realidad indescontable: la eficacia de la voluntad humana, sobre todo cuando una gran distensión de la personalidad produce un tipo de valoración dominante y superior.

Un nuevo paso. Las dos últimas obras: *El Sermón de la Paz* y *El Libro de Ruth*. Estas dos últimas obras, ¿tienen alguna novedad sobre los libros anteriores?... ¿Qué nuevo panorama ha conquistado ese espíritu en plena ascensión?...

Mientras la ideología se mantiene intacta, la vocación ha ido transformándose, del predominio de la forma al predominio del concepto. En las primeras producciones la forma era todo. La Epopeya es el escenario de una batalla entre las dos vocaciones. Pero, en La Epopeya, no obstante su valor conceptual, la belleza verbal domina, y el artista de la palabra y de la forma tiene todavía su completo señorío. Señorío mantenido con lucha, de la que son documentos vibrantes todas las páginas del libro, en cada una

PROLOGO

de las cuales se denuncia la voluntad de cada vocación por ser la más eficaz y la más indeleble.

Esa contienda ha quedado resuelta en los dos últimos libros. Tanto *El Sermón* como *El Libro de Ruth* son esencialmente obras de pensamiento, con páginas de gran densidad conceptual, y en la cuales el lector no sufre ninguna distracción cuando sigue el desarrollo de la tesis del autor. Son libros de doctrina. Las ideas han adquirido todo su señorío. Y la lucha que trajo sus primeros atisbos en *Tabaré* ha tenido un desenlace completo.

Zorrilla de San Martín ha cambiado totalmente la técnica, y en cierto grado, la vocación. No se puede pedir un proceso de renovación más claro. Pero de renovación en los medios técnicos. No semeja al viajero que ve cada hora un nuevo paisaje, mientras se aleja siempre del punto de partida; sino más bien al gran faro indicador de la ruta, que se enfrenta con los panoramas de todos los vientos, pero girando alrededor de sí mismo, sobre la roca de su adecuado emplazamiento.

Y frente a este desenlace, el lector tiene dos problemas interesantes:

1.º — Ese predominio del profesor sobre el artista ¿se ha hecho a expensas del escritor, uno de los más esclarecidos del habla castellana?...

PROLOGO

2.º — Y fuera de ello ¿a cuál debemos preferir en definitiva, al pensador o al artista?... ¿Habrá dado el doctor Zorrilla de San Martín con una forma superior y mejor; o será el poeta, que ya lleva cincuenta años de vida, el que deja la obra esencial y perdurable?...

El primer interrogante se contesta, a nuestro juicio, declarando que el escritor ha ganado en austeridad lo que ha perdido en grandilocuencia, al tener que ajustar el estilo a la expresión exacta del pensamiento. Ha ganado en simplicidad y en donosura, sin haber perdido, — esto es lo interesante, — la eficacia emocional que aparece en el momento en que el escritor la exige. El escritor de hoy es menos oratorio, es decir, menos fugaz y más perdurable.

La segunda interrogación nos plantea una opción más difícil: ¿el artista?... ¿el pensador?... No podemos sustraernos a la influencia que el poeta ha dejado en nuestro espíritu cada vez que nos hemos acercado a este centro de inspiración encendida. No hemos leído una vez la Leyenda o Tabaré, o la Epopeya sin haber sentido siempre, en algún momento, el toque punzante de la emoción incontinida e incontenible. Después de esa deuda con el poeta, no sabemos si conservamos la imparcialidad necesaria para hacer justicia a los libros en que

PROLÓGO

el poeta se apaga humildemente detrás de una nueva y fuerte personalidad.

Pero aun con esa reserva, queremos decir lo que nos ha dejado la lectura, redactadas las impresiones con el desorden con que han ido quedando en nuestras meditaciones.

El Sermón de la Paz es una revisión de la teoría del patriotismo. La guerra nos ha dejado sus problemas, — que son pavorosos, — y sus decepciones, — que son más graves que sus problemas.

Pero el hombre cristiano no puede, como el griego, seguir platicando en el Pórtico, por el interés, — o el desinterés, — estético de la sabiduría... Tenemos que construir una civilización de hermanos, — sin esclavos y sin gineceos, — protegida por la justicia, y encumbrada hasta la caridad. En este camino, el patriotismo es un obstáculo. Este es el dato indudable de la experiencia de la guerra. El remedio heroico, — y desgraciadamente de puro valor ideal, — está en superar la idea de patria por una realidad católica viva. La organización jurídica y laica de esta universalidad está en Ginebra. La organización cristiana y espiritual está en Roma. Pero, a pesar de todo, la patria es una realidad

PROLOGO

indescontable como fuerza actual; y el patriotismo monta la guardia armada sobre las fronteras cavilosas.

Zorrilla de San Martín pertenece al grupo de pensadores que quiere conciliar el patriotismo con la paz. ¿Por qué medio?... Por el imperativo cristiano del amor. ¿Tendremos, por esta vía, alguna esperanza?... No nos atrevemos a contestar ni por sí, ni por nó. La patria, — en su último saldo, — es una unidad de combate. Hay que proteger esa unidad hasta con la vida. A este axioma responde la cultura europea, y nuestra cultura americana. Pacificar la concepción del patriotismo es colocar el valor de la vida sobre el valor de la patria. O lo que es lo mismo: deshacer la idea de patria...

De todos modos, nuestro escepticismo no tiene más que dolor. En la realidad concreta, — la única esperanza, — para los que quieren salvar la idea de patria, — es la del Sermón de la Paz. Marquemos, en sus páginas, dos o tres pensamientos esenciales.

“El problema de la guerra no tiene más que una solución: la depuración evangélica del concepto de patriotismo” (página 59). He aquí agotado el tema. Alrededor de esto podemos escribir capítulos, acaso libros, y apilar constancias

PROLOGO

históricas. Pero, la teoría está agotada en esas pocas y claras palabras.

“Es entonces, en esas horas de verdad, es decir, de muerte, cuando aparece lo sólo grande: la unidad; lo sólo capaz de virtud y heroísmo: el hombre”. He ahí otra afirmación de evidente contenido. En esta hora de sociologismo y de socialismo, — está olvidada la filosofía del hombre, por la filosofía de la multitud: sociedad, Estado, mayoría electoral. Esos valores son los ponderables del cientificismo contemporáneo. Hay, sin embargo, sólo un valor capaz de virtud y de heroísmo: el hombre. He ahí un problema, y lo que es más: una solución.

Este otro: “No son cristianos: No creen en Dios hecho carne, pero sí en la carne hecha Dios. El cristianismo es la hazaña de un cordero”. Esto hace pensar largamente. Profundamente...

He aquí un libro cristiano, que corresponde a una vida cristiana. Su último anhelo de fé: la paz...

Paso las páginas de *El Libro de Ruth*.

Recordamos que un día, en una asamblea juvenil, Almafuerte respondió a un comentario que le formulamos con respecto a uno de sus pensamientos, con esta frase de persistente sentido:

PROLOGO

— Yo soy un hombre de pocos libros.

He aquí la base para una clasificación sustanciosa de capacidades. Hay hombres de un solo libro. Y hay hombres de muchos libros. Y viene luego esa infinita gradación de seres, en los cuales entra, en proporción diversa, el hombre y el libro, hasta aquella forma extrema en que el libro se absorbe al hombre, perdido éste en una encuadernación de pasta española.

No se trata, en este comentario, de los libros que se leen, sino de los libros que se viven. Se puede ser un gran lector, sin vivir ningún libro: el caso de los “dilettantes”, de los espíritus cultivados con esmero deportivo. Cuando un lector, después de leer muchas páginas, siente un día una página fuerte, que le estruja el espíritu, la asimila, la enciende, la vive... y entonces por años, hasta el día de otro hallazgo original, toda la vida intelectual florece, sobre la siembra de aquella página fuerte que un día dejó su marca punzante en el interior.

— Yo soy un hombre de pocos libros...

Recordemos que Rodó vivió con Renán y con un poco de Guyau muchos años de su vida. Acaso no llegó a sustituir del todo sus primeros maestros. Vaz Ferreira leyó la “Experiencia Religiosa” y el “Pragmatismo” de James, y Berg-

PROLOGO

son, y quince años de su mejor labor intelectual participan del fuego de esa lectura ideable.

Zorrilla de San Martín tuvo en Carlyle el encendimiento para acometer muchas sendas definitivas de su espíritu.

— ¿Es Zorrilla de San Martín un hombre de pocos libros?...

Esto es algo que hemos sentido al leer "El Libro de Ruth". Son ensayos relatados a puntazos de personalidad. No son síntesis de libros, aunque las citas acusen inteligentes lecturas. Las citas son el pretexto alrededor del cual el escritor consigna lo que trae consigo mismo, tras la meditación amorosamente cultivada, cuando la madurez y la serenidad han domeñado todas las fuerzas de la razón desinteresada, y la vida ha culminado sus dones de sabiduría...

El Libro de Ruth es un libro de ensayos. El ensayo es un género que sólo puede afrontarse con una gran personalidad. No nos referimos a la monografía, — investigación científica sobre un punto determinado, — acumulación de los residuos nemónicos o experimentales de la ciencia, generalmente. La monografía de este tipo es obra del trabajo, — inteligente desde luego, — pero del trabajo fundamentalmente. El otro tipo de ensayo es la obra de la personalidad. De los que han salvado la personalidad. Diremos repi-

PROLOGO

tiendo la fórmula: de los hombres de pocos libros...

De los ensayos reunidos, muchos nos han interesado. Pero nos detenemos particularmente en dos.

En primer término el ensayo sobre Nietzsche. Nietzsche fué una de las figuras que deslumbró a nuestra generación, cuando siguió, como toda juventud, la atracción de los faros audaces... Todos tuvimos una hora de contagioso entusiasmo por aquellas paradojas del maestro alemán que nos predicaba la exaltación dionisiaca y la expansión radiante de la vida al través de las tres formulaciones: el egoísmo, la guerra y el superhombre.

Nietzsche cambió, luego, de valor para nuestra cultura. Vaz Ferreira, — otro hombre de pocos libros, — nos señaló una nueva valoración del maestro alemán. Todo Nietzsche sistemático era, para Vaz Ferreira, transitorio y falso. En cambio, el verdadero Nietzsche, anticipador y fermento de posibilidades eminentes, está en los pensamientos despreciados o postergados por la crítica.

Zorrilla de San Martín nos vuelve al Nietzsche sistematizado, con una imprevista e intere-

PROLOGO

santísima relación con Pascal y con Carlyle. Es, para nosotros, la resurrección de Nietzsche, de un Nietzsche que creíamos muerto, y a quien encontramos de nuevo, en medio a nuestras discusiones actuales. Sólo que el ensayo de Zorrilla de San Martín, jugoso y serio, tiene una característica que no hemos dejado de subrayar: no obstante examinar en Nietzsche lo que tiene de esencialmente anticristiano, ese examen que hace sin pasión, hasta con piedad...

Ramiro de Maeztu, en una carta elogiosísima para *El Libro de Ruth*, que dirige a don Juan Zorrilla de San Martín, tiene este párrafo que vale la pena ser transcripto: "Con Nietzsche me parece que está usted duro. A mí se me figura que es el precursor, *malgré lui*, de una gran restauración religiosa. Es el primer moderno que, en vez de estar descontento con el mundo y sus instituciones, expresa su descontento con el hombre. Gracias a él podemos volver a entender el "Yo, pecador" de nuestra infancia".

Este original punto de vista, — tan penetrantemente original, — confirma, — asómbrese el lector, — nuestra tesis. Nietzsche, — el que nosotros vimos en nuestra hora juvenil, — ha muerto del todo. El *nuestro* era demoledor, militante hasta la agresión, situado "más allá del

PROLOGO

bien y del mal", en la oscura e inaccesible caverna de Zarathustra, — y no nos asomábamos a su vida sino para servirlo, o para atacarlo...

Desde entonces, lo vemos pasar por tres etapas en nuestro panorama personal: Vaz Ferreira le niega lo militante y sistemático, y nos revela un Nietzsche *humano*, que circula por nuestra ruta sin otra incompatibilidad con nosotros que su paso acelerado; Zorrilla de San Martín lo trata con piedad, y, lo que es más, sin temor; Ramiro de Maeztu lo agrega a nuestra rueda, — *malgré lui*, — y lo une a nuestra diaria faena...

Realmente: Nietzsche ha muerto!

Pero, el ensayo más completo, a nuestro juicio, es el preliminar sobre *la dignidad de las Letras*.

Aquí el pensamiento de Zorrilla de San Martín culmina en su mejor altura. Estamos frente a un estudio en el que se siente el apogeo definitivo. Todo está dicho en él, y todo está bien dicho; y a la plenitud del concepto, original y metódicamente desarrollado, se agrega el fervor encendido con que el escritor se ha entregado a sus meditaciones.

PROLOGO

La dignidad de las letras no está en la gloria, ni en el aplauso de los contemporáneos, ni siquiera en las tentaciones de la posteridad. Tal es el pensamiento de Zorrilla de San Martín. La dignidad está en una especie de reproducción espiritual. El hombre ama su propia perfección en la criatura que se ha formado con su palabra. Verse y amarse a sí mismo, en su propio verbo, que no es su propia persona, aun que sí su propia indivisible sustancia.

No confundamos esta dignidad altísima, ni siquiera con la del propio descubrimiento científico, aunque Cajal llama al sabio el confidente de Dios. Es todavía más: El hombre que siente en el alma una palabra viva, que la descubre, está en compañía de su propio verbo, que no hubiera existido sin ese hombre.

Llegamos así a las fuentes mismas de categorías inesperadas: la dignidad, la libertad y la libertad.

Este ensayo puede figurar entre las páginas fundamentales de la literatura, por la originalidad y por el plano de concepción, por el fervor y por la forma. Es además, en cierto grado, una profesión de fe. Una gallarda profesión de fe. Tan larga vida dedicada a los menesteres espirituales, formula así su alegato solemne. He ahí una vida plena. Con una magnífica plenitud definitiva.

PROLOGO

“Con esas mis economías de alma, — dice *El libro de Ruth*, — que voy dejando en sus leves formas, y de las que construyo mi casa de la ciudad silente remotísima, habitada por mis ofrendas a la belleza, formo yo la fortuna que satisface el anhelo que nos es común a los hombres todos: El de ser ricos, el de guardar algo, mucho si es posible, muchas cosas.

“Confieso que siento una especie de melancolía cuando pienso en que estas riquezas mías, si llegaran a formar una fortuna, ella lo sería de cosas futuras perpetuamente. Belleza es cosa siempre futura.

“Y es eso lo que imprime a estos mis pensamientos, inspirados en mi propio libro, su místico carácter de oración de la noche. Pasan a lo lejos, bajo los pórticos de desconocidas arquitecturas, las largas procesiones de orantes, mis hermanos, con estolas blancas, dejando larga estela de cánticos y músicas sin sentido...”

No vale la pena agregar más.

He aquí, nos decimos al pasar la última página, uno de los espíritus más cristianos que hemos encontrado en la vida... Y he aquí cómo esta figura representativa de una generación y de una cultura ha podido conciliar el ademán tendido hacia un solo ideal superior, con la tole-

PROLOGO

rancia y la renovación. No podemos decir que Zorrilla de San Martín realiza la única forma posible de personalidad. Pero debemos decir que ha dado, a las nuevas generaciones, en su vida y en su obra, una manera esclarecida de personalidad, que no queda sin herir nuestros espíritus. En esta hora en que el mundo busca, tras la elaboración crítica, el afán afirmativo, su fe es la fe del porvenir. En la oscuridad que vuelve incierto nuestro destino, su vida y su obra nos deja algo más que una categoría literaria: No es la estrella lejana que entretiene nuestra visión de la noche. Es el signo llameante que arde sobre nuestras cabezas, y nos marca, para los días futuros, una de las sendas que han de buscar nuestros pasos...

Dardo Regules.

PRIMERA PARTE

EXORDIO

CAPÍTULO I

EL ALMA DE LAS COSAS

I

Llevaron, dicen, a Bernardino de Saint Pierre, el autor de "Pablo y Virginia", siendo niño, del campo en que se había criado, a la ciudad, por la primera vez.

Cuando estuvo junto a las torres de la iglesia, lo vieron mirar hacia arriba embelesado. ¡Cómo vuelan!, oyeron que decía...

No eran las torres, aunque alguien pudiera creerlo, lo que volaba y llamaba su atención; eran las golondrinas que, en torno de las veletas, daban vueltas en el aire, o se posaban, una al lado de otra, en las altísimas cornisas. El niño campesino no veía en las torres otra cosa que un nuevo elemento de relación, para apreciar la belleza y la alegría de los pájaros, sus amigos, sus recuerdos.

No es otro el objeto, si bien se mira, y si al-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

guno tienen, de las bellas cosas visibles que no nos despiertan sensuales apetitos: el conducirnos al goce de las invisibles que alimentan de vuelos el alma humana. Esta, a diferencia de la del bruto con sus cinco sentidos corporales, cuenta con una especie de sexto sentido, el estético, la vista de lo recóndito, el oído de lo inaudito, por cuyo mayor o menor desarrollo se mide, me parece, el grado de perfección de un organismo inteligente. Ese sentido se encuentra, no muy desarrollado, pero sí muy puro, en el niño, porque ciertos deseos no han despertado en él. La persistencia de la niñez en la vida es el poeta, el artista, cuyas obras tienen por objeto el darlo a aquella nobilísima facultad; despertarla si está latente, estimularla o desarrollarla si ha aparecido. Ella es lo intermedio entre lo solo espiritual y lo solo material; vigoriza, aun en el orden sensible, la diferencia entre el hombre y el bruto. El hombre es el solo animal que tiene necesidad de lo superfluo, que no ha de confundirse con lo frívolo.

Por ahí se podría llegar, si no me equivoco, al verdadero objeto moral del arte, que bien puede ser, entre otros, el de atenuar nuestros apetitos groseros, con la revelación de otros deleites, capaces de hacer amable la vida; el de hacernos advertir las golondrinas que salen de las torres,

EL SERMON DE LA PAZ

hasta presentarnos como insignificantes las torres mismas, por altas que sean; el de impedir que el niño que muere paulatinamente en el hombre se muera del todo antes que nosotros.

La compasión que nos inspira nuestro semejante que carece de uno de los sentidos comunes, el sordo, por ejemplo, el ciego sobre todo, puede servirnos para apreciar la piedad que despierta en los elegidos el sujeto incapaz de percibir y gozar aquellos goces. Está privado de lo mejor de la vida; es un mutilado.

Los animales, que sólo viven para buscar la propia conservación y la de su especie, carecen por completo de aquella facultad; no miran las encinas a cuya sombra caminan, ni la proyección del encinar sobre el cielo azul; desean sólo y comen las bellotas, que reconocen por el olfato. Por eso los animales, entre los que hay artesanos excelentes, no tienen artistas; porque no perciben el alma de las cosas, ni crean, por lo tanto, los signos de revelarla, para hacer a los otros participantes de sus propias visiones. Que no otra cosa es el artista: el que nos toca el hombro, y nos hace advertir lo invisible; lo que miramos sin ver.

Como los animales no tienen fantasía, no saben de remordimiento, ni de virtud, ni de honor. En el simple instinto no cabe la abstracción, el

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

vuelo, porque el alma puramente instintiva vive y muere o se disuelve con el organismo, según su naturaleza. Todos sabemos que la naturaleza de un ente se conoce por sus operaciones, y que éstas se distinguen por su objeto. Eso fué dicho la primera vez, si no me equivoco, por el filósofo griego; pero hoy es axioma de la filosofía perenne. El alma humana, como nadie lo ignora, conoce y quiere cosas inmateriales, espirituales, porque ella lo es; una cosa o substancia espiritual, capaz de operaciones que no se conciben en la sola materia. El bruto no puede percibir tales objetos o existencias, ni, por consiguiente, amarlos ni odiarlos. No es religioso, ni artista, ni nada parecido. No hay en él naturaleza para tales funciones; no hay sujeto para tal objeto, como no lo hay en el hombre grosero para percibir las golondrinas de las torres, ni la pureza de las cosas desnudas. Los hombres en que toda niñez ha sido extirpada no perciben los cantos de los aires; huelen la estatua; arrancan con los ojos los graciosos pliegues que envuelven la belleza para revelar su misterio; comen carne de alondras.

II

Y bien: buscaremos algo de niñez en nuestras miradas.

EL SERMON DE LA PAZ

En un extremo de Montevideo, mi ciudad natal, sobre el Río de la Plata, en una pequeña punta llamada *Punta Carreta* o *Punta Brava*, tengo yo un pedazo de terreno, que adquirí, cuando aquello era un desierto, por poquísimo dinero. Lo he cultivado por mí mismo, lo cavo, lo riego, y le llevo árboles vivos y semillas. Hasta puede decirse que yo he hecho esa tierra, como el holandés la suya, porque le he sustituido, en gran parte, la arena y la conchilla de que estaba formada por tierra negra vegetal.

Sólo yo sé la influencia de ese solar sobre el último tercio de esta mi vida que voy viviendo; por él he sabido de las estaciones, y del beneficio de las lluvias, y del brillar de las estrellas en su plenitud; muchos matices del año hubieran pasado inadvertidos para mí sin él; no me daría cuenta del momento en que florecen los árboles y cuajan los frutos; éstos, completamente muertos, me servirían sólo para comer.

Por él, en cambio, las tristezas de las plantas me dan tristeza, y puedo así, con cierto derecho, compartir también sus alegrías, como si fuera un hermano: una cabeza de cardo caída sobre el pecho nos parece una persona; una manzana a medio madurar, arrancada por el viento, nos da idea de una hermosura insepulta; uno la recoge, la mira con pena; no se resuelve a dejarla en el

ZORRILLA DE SAN MARTIN

suelo para nadie; se piensa en las hormigas, en los pájaros, en alguien que pueda quererla.

La casa que allí he construído no es grande, y es también de muy poco precio; pero como está dada de blanquísima cal, puede, por su color de porcelana, satisfacer, me parece, el gusto más exigente. Es perfectamente amable, dígame lo que se quiera, con sus inocentes líneas, y sus techumbres ingenuas.

Nada puede darse de más insignificante que esa mi casa; pero no lo es para mí, por cierto. Como el terreno con la naturaleza, esa obra de arquitectura me pone en contacto también con ella, con la naturaleza, y me habla familiarmente del arte más propicio a incorporarnos a la tierra que habitamos. Y si alguien dijera que no es el caso de hablar de arquitectura cuando se trata de una casa dada de cal y con techumbre de tejas coloradas, ese dictamen no tendría maldito mi asentimiento; juzgo, por el contrario, que es la ocasión más propicia para hablar de arte, si, como yo lo creo, el arquitectónico no es otra cosa que la expresión sincera del objeto de una construcción, impresa en su forma sensible, según los materiales de que se ha dispuesto, y que no hay por qué ocultar. Su enemigo mortal es lo enfático, lo superfluo engañoso, que, como la cáscara de una fruta puesta en otra, esconde,

EL SERMON DE LA PAZ

en vez de revelar con gracia decorativa, la vida interior, o denuncia la falta total de vida. Nadie deja de distinguir un edificio muerto de uno vivo, aunque ambos sean recientes y estén habitados. La naturaleza no es lujosa; las estrellas son pobres; la vida es gratuita.

Otros han dicho ya, en otra forma, más o menos transparente, mucho de esto que yo digo, no lo dudo; pero lo que yo quiero expresar aquí de personal es el deleite que a mí me causa la idea de que aquello de que gozo y me satisface es barato, sin valor venal o poder de cambio; casi gratuito, como el aire del campo y la luz de la luna. No lo tengo para cambiarlo, *sino para mí, y para los demás*, que es el objeto de la propiedad: *mío*, no quiere decir sólo *para mí*. Yo pagaría mucho dinero por tener cosas baratas, producidas por mi ingenio, sin dinero, salvando de la destrucción lo que parece inútil, un pedazo de madera, una herradura, un cajón vacío, mientras dejo pasar sin pena de mis manos a las ajenas los grandes valores. Hasta llego a creer que es perdido para mí todo lo que no doy. Es acaso el defecto de mi vida: del predominio del sentido estético, casi identificado con el religioso, sobre los otros instintos y facultades; tengo la avaricia de lo que no vale; la tacañería de lo que no quieren los otros. Y el menosprecio, en cam-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

bio, acaso irracional, de lo que otros buscan como objeto de la vida, y que yo les cedo ¡qué le hemos de hacer! sin resistencia ni pena, y sin llevar cuentas.

III

¿Dónde encontraré la poesía? me preguntaba una vez irónicamente un cierto buen hidalgo particular, que desdeñaba el arte.

¡Oh, señor mío!, le decía yo con sinceridad; la encontrará usted en todas partes o en ninguna.

La belleza, efectivamente, la dicha relativa, única accesible al hombre, está junto a nosotros, nos toca la cara. Creemos que la felicidad y la belleza son algo extraordinario, que está siempre allá, del otro lado; que debemos encontrarlas en forma de un grande y pesado lingote, sin advertir que, reducidas a polvo de oro, las tenemos bajo nuestros pies. Es preciso detenerse a recoger polvo, pues. Sólo el reposo es el progenitor de lo bello, y es inseparable de la dicha. ¡Si lloras por el sol, no verás las estrellas, dice el poeta. Entre el sol de hoy y el de la mañana está la noche estrellada.

La felicidad, sin embargo, es una cosa hecha de tantas piezas, que siempre falta alguna que

EL SERMON DE LA PAZ

se ha perdido; no hay que contar con ella en absoluto.

Y así la belleza, que ni siquiera nos es dado definir con alguna precisión. Acaso pudiera decirse que es un recuerdo que tiene el alma del país en que nació, de su vida anterior a la materia. Y todas las almas proceden de ese país lejano; todas son compatriotas. Y lo serán tanto más, cuanto más recuerden la región nativa, que no es otra cosa que la mente de Dios.

El arte es realización de esa belleza, como sabemos, por medio de signos sensibles: color, forma, sonidos, palabras; pintura, escultura, música... Son bien notorias, fuerza es confesarlo, las discrepancias de los hombres al respecto; unos creen bello lo que los otros feo; pero así como existe una conciencia universal sobre lo bueno y lo malo, no es posible dejar de reconocer una conciencia estética, que es, a la sensibilidad, lo que la ley natural al entendimiento. La belleza es la *verdad*; y la verdad en las cosas es el *carácter*. Obtener el carácter de un hombre feo es hacer cosa bella: Velázquez y sus enanos o sus bobos.

La virtud moral no consiste tanto en realizar sonantes actos heroicos, cuanto en cumplir los deberes habituales, que pueden dar ocasión a pequeños heroísmos. El cultivo de la virtud es-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tética no es tanto la realización o el goce de valiosas obras de arte, cuanto el esfuerzo por saber hallar lo bello en todo cuanto nos acompaña. El hombre no puede vivir sin grandeza, y ella tiene que estar a nuestro lado, como los demás elementos de existencia. Todo puede ser grande; todo lo es. La música sinfónica, la escultura, la pintura son incidentes de nuestra vida, y propiedad sólo de algunos; pero todos somos dueños de la belleza difusa, de la armonía o el orden que sale de las cosas que nos rodean, entre las cuales está, en primer término, como el canto de los pájaros, la casa que habitamos; ésta será tanto más artística cuanto más hecha para nosotros mismos, para cada uno de nosotros, no para todo el mundo, es decir, para nadie.

La casa no debiera ser, efectivamente, el individuo de un rebaño, que no deja de ser tal rebaño por estar compuesto de borregos de tipo convencional aristocrático, y de grandes carneros de la familia; ella será, por el contrario, tanto más bella cuanto más tenga de la del caracol, hecha de la propia substancia, voluta perfecta. Debiera, como ésta, nacer con su dueño, parecersele, crecer con él y aun sobrevivirlo, como el tejado de la tortuga, que sirve de vivienda a las crías. La permanencia de la casa no se obtiene con dinero. La del millonario desaparece, y que-

EL SERMON DE LA PAZ

da la del aldeano. Y hay más de nosotros mismos en nuestra casa que en nuestro sepulcro.

Algo de eso tiene, o ha querido tener mi casita de Punta Brava, cuya historia es casi la mía, la de mi espíritu. Comenzó por sus cuatro paredes y su techo de zinc; era todo cuanto yo podía hacer cuando la hice; era todo lo *mío*. No carecía de interés, con sus dos ventanillas y su graciosa solana o soportal de madera sobre la puerta; pero le faltaba estatura: no veía casi nada a su alrededor. Y la idea de darle el órgano de la visión nació de su propia naturaleza. Así nace el concepto de torre o atalaya. Una pequeña habitación saliente que tenía adosada creció por sí misma; con levantarle las paredes, hacerle en lo alto un pretil o parapeto almenado, y abrirle un agujero ojival que diera luz a la habitación superior, la torrecilla apareció airosa y robusta como la que más. Y perfectamente útil, por cierto, y razonada. Proyectada sobre el azul del mar, ella me recoge la porción de sol que a mí me toca en el universo. No necesito más para la vida, y queda sol de sobra para todos los vivientes.

Otro día, como se demoliera por su nuevo dueño la vieja y amplia casa que fué mía, y que construyó hace casi un siglo, el bisabuelo de mis

ZORRILLA DE SAN MARTIN

hijos, prócer de la primera patria, obtuve una de sus puertas, y la hice entrada de mi casa. Se ajustó a ella a maravilla; sirve para entrar y salir; pero, sobre todo, para recordar y estar en reposo, viendo cómo corre el tiempo y se disipa. Y para hablar también, si a mano viene, de la historia de esta mi buena tierra del Uruguay, que, sin ser tampoco muy grande, lo es bastante para llenar mi corazón, es decir, para ser la más grande de las patrias, pues sólo ella puede hacer eso, que no es poco: llenarme el corazón.

El día en que aquella construcción, con sólo crecer, hubo de cobrar su fisonomía definitiva y revelar una intención o pensamiento arquitectónico, llegó también. Se le agregaron entonces, a un lado y a otro, dos cuerpos cuadrados de edificio: bajo el uno, con su chimenea; alto el otro, con su tosco balconcillo de madera y su cobertizo de tejas en el ángulo, como las casonas montañesas; se corrió entre ambos cuerpos un portal de tres arcos lisos, de medio punto; se cubriéron los techos de tejas coloradas; se utilizaron viejas puertas y ventanas conocidas, azulejos arrancados a casas demolidas de la ciudad antigua, alguna alacena de las que se empotraban en el espesor de los muros, rejas desdeñadas auténticas, y otros materiales inservibles. Cobró así todo aquello el carácter de casona española

EL SERMON DE LA PAZ

que hoy tiene; pero no como simple fantasía, como hubiera podido cobrar el de un *chalet* suizo o el de un *villino* italiano, comprados con dinero, sino como expresión de su vida interior, como la casa del caracol, hecha de vida y de recuerdos. Esta misma descripción de mi casa colonial, más que una descripción, es toda una doctrina, como se ve: es la que informa este libro o sermón caritativo, que quiere hacer amable lo propio, sin odio a lo ajeno y sin envidia; que ofrece algún bienestar a quien con recto corazón lo lea.

Esa es la historia, pues, digámoslo así, de mi castillo. Y como, sobre ser obra no de dinero anónimo sino del ingenio mío y de los míos, está lleno de recuerdos tristes y alegres de algunos años, puedo llamarlo mío, como los recuerdos que lo habitan y le son inseparables, mientras no sea ¡ay! demolido por algún nuevo dueño del terreno, cuando éste deje de ser tierra para ser ciudad, y valer mucho dinero destructor.

Ese nuevo dueño embellecerá el barrio, agregando su casa al rebaño arquitectónico que por allí caminará en larga hilera; las construcciones, atrailladas, recostadas las unas a las otras, tendrán entonces sus perinolas o grandes trompos de metal estampado, sus tapas de sopera a guisa de cúpula suntuosa que nadie ocupará, sus

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

puertas por las que nadie entrará, y sus ventanas de invierno (*bow windows*) para verano. No le faltarán sus columnas, que no soportarán peso alguno, y sus ménsulas o repisas de fino material y extraña forma historiada.

No será todo eso regulado por el gusto o la conciencia estéticos, sino por otras facultades que los sustituyen: el prurito de ostentación que lisonjea la sensibilidad mental, que no es la estética; el deseo de copiar al vecino y superarlo si es posible, y demás análogas extravagancias. Pero no hay tampoco por qué mirar con ojeriza esas humanas debilidades de que todos sufrimos, quién más quién menos. Los demoledores o restauradores de mi torre podrían ser mis propios nietos, sin ser por eso dignos de vituperio. Que el hombre es más hijo de su tiempo que de su madre.

IV

Pero si mía es la casa, lo son, sobre todo, los árboles que allí he plantado, y regado, y defendido de las abominables hormigas. Sí, muy trabajadoras y ahorrativas, las hormigas; son pueblos industriales y fuertes, los hormigueros; naciones conquistadoras. Pero no son los cultivadores de frutos y legumbres, a buen seguro, quie-

EL SERMON DE LA PAZ

nes les consagran fábulas apologéticas, con menoscabo del honor de las cigarras cantantes. La inerme cigarra no atesora, efectivamente; vive sólo del sol, sin quitárselo a nadie, como vive de sombra y de humedad el sapo, criatura también buena, y amable y musical, objeto constante, sin embargo, de desprecios y persecuciones de lo más injusto que conozco, por parte de los muchachos, sobre todo, sin duda porque no corre ni muerde. Ese pobre sapo es, como la cigarra, inofensivo, indefenso, benéfico; su voz de oboe coreada por las castañuelas de plata de las ranas que piden agua o la agradecen al cielo, y por el trémulo grito de los grillos, es una de las voces respetables de la naturaleza; hay un momento en ésta caracterizado por la voz del primer zorzal, y lo hay señalado por la del primer sapo. Son dos notas fundamentales de la grande orquesta. La misma enigmática figura del sapo, aunque lo vemos generalmente en cuclillas, en actitud de ídolo suplicante, no carece de cierta dignidad. Muy pocos le han observado los ojos resignados y pacientes; que, a haberlo hecho, no lo mirarían con tanto desvío y antipatía. Bien pudiera ser un ente superior, un príncipe convertido en fea bestia, en castigo de algún pecado de amor impuro, el desventurado sapo.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Hay entre esos mis árboles algunos de singular mérito; los *ombúes* que allí tengo, por ejemplo, ocho o diez, son magníficos. El *ombú*, dicho sea de paso, es el árbol que yo prefiero, no sólo por ser el que con más pasión se abraza a su madre, y madre mía, la tierra en que ambos nacimos; no sólo por su opulenta forma, sino porque no se come; no despierta apetitos; no es maderable; ni siquiera sirve para el fuego. Pero nos da sombra, el mejor fruto del sol, nuestro mejor amigo: sombra.

No es esto decir, claro está, que yo no estime en lo que valen los árboles frutales que allí cultivo; los perales, pongo por caso. Los hay, plantados por mí, que han producido hasta una docena de peras, y aún más, perfectamente maduras, como hay higueras que han dado sus higos, y algunas palmas con su gran racimo de cocos, que, si bien un poco agrios, (*cocus campestris*) tienen una piel amarilla azucarada, muy buscada por las avispas.

No pueden faltarme las flores, por supuesto; pero, para no caer en prolijidad de mal gusto, sólo mencionaré las enredaderas, cuyas campanillas azules se abren por la mañana, y se cierran cuando anochece. Las madreselvas, sin embargo, que respiran en las tardes de verano y las llenan de olor a miel de abejas, deben ser aquí también

EL SERMON DE LA PAZ

recordadas, porque son, para mí, las flores por excelencia. Y mucho más cuando su olor se mezcla al de los jazmines. Hablo de los del país, de los jazmines blancos, de los fríos que vuelan en la planta, y que parecen estrellas de muselina; no de los llamados del Cabo, carnosos, neurálgicos, casi comestibles.

Las tardes realmente bellas son esas: las que huelen a madreselva; por ellas he llegado a creer en este nuestro pobre sentido del olfato, tan desacreditado por algunos. Y no hay para tanto. Que si bien está en lo cierto quien afirma que ese sentido tiene mucho de contacto material, y no la pureza de la vibración sonora, no es tan irracional como pudiera creerse la analogía entre una ráfaga de madreselvas y una melodía de Bellini, que, al caer de la tarde, sale, de un piano desconocido, por una ventana abierta en lo alto. Yo concibo perfectamente un poema hecho de olores; el de la madreselva me trae vuelos de risas en el aire, voces de niños que juegan antes de irse a dormir; el de las azucenas parece cantar la Salve en mi memoria, como una voz de armonium.

V

El paisaje natural que allí me rodea tiene todo cuanto es dado desear: nitidez de dibujo, riqueza

ZORRILLA DE SAN MARTIN

y armonía de tonos, luminosidad, expresión definida. El Río de la Plata, que ocupa todo el horizonte y se llega con sus aguas hasta mi puerta, es el protagonista, como no puede menos, de mi drama de color. Es una fiesta de los ojos ese nuestro *río como mar* de los indígenas. El verde azulado, que es su tono ordinario, se transforma y tornasola, pero sin que el agua pierda su fluidez, ni olvide su terrestre procedencia. Unos días predomina en él el verde esmeralda; otros el azul cobalto; nunca el ultramar del Océano, o el lapislázuli del Mediterráneo, que parecen resistir todo abrazo afectuoso con los verdes y los ocre de la tierra, a la que no reconocen como madre; son hijos de la infinita transparencia. En el Plata, hijo de las ausentes montañas, todo es atenuado: los tonos y el movimiento, los peñascos y las olas. La proyección del verde de los árboles, del verdinegro de los eucaliptos, entre otros, sobre aquel azul, forma una armonía de color, un color interno, como no he visto en otra parte.

Las corrientes, o los vientos, o los reflejos del cielo lo parten, en los días serenos, en simétricas franjas, como largas piezas de distintas telas de seda, o le ponen añadidos irregulares; la luz lo siembra de estelas con sus lentejuelas chispeantes de acero; las olas saltan sobre su superficie,

EL SERMON DE LA PAZ

como salidas del aire. Creo que yo distinguiría entre mil el color de esas aguas, la forma de esas olas, la temperatura de esos vientos.

Nuestro suntuoso estuario recorta sus perfiles en la dentellada costa de piedras negras, y forma como el relieve de un mapa continental: las ensenadas, los promontorios, las islas. Cuando el mar baja, (nosotros llamamos indistintamente mar o río a nuestro Plata) cuando el mar baja, las piedras que deja en seco alternan con las lagunas saladas y con los pastos; cuando crece, todo queda en el agua verde ondulante; las rocas más salientes aparecen y desaparecen, como cabezas de náufragos.

Esas costas, que, en dirección al Norte, se extienden hasta perderse en una punta lejana, terminan hacia el Sur, muy cerca de mi casa, en el pequeño promontorio de *Punta Brava*, casi aislado, sobre cuyas rocas acantiladas se yergue muy graciosa la redonda torrecilla del faro, con su linterna amiga; algunas rocas negras, continuación submarina de la punta, salen del agua a alguna distancia, y a ellas se llegan las espumas y las gaviotas.

El cuadro es noble y transparente por dondequiera que se le mire: una acuarela de tonos ocres y violetas, que pudiera borrarse con una esponja. Una gaviota blanca, que se abre sobre

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

el cielo azul, basta para animar el aire, como si fuera una palabra; el amable pájaro se acerca silencioso, permanece a pocos metros de nuestras cabezas, nos deja ver bien su cuerpo modelado en algodón, los movimientos de su cabeza triangular terminada en largo pico amarillo, sus ojos como cuentas de vidrio. Una hilera de negros patos marinos, zaramagullones, (*biguás* les llamaban los indígenas) pasa de vez en cuando, apresurada, con rumbo desconocido, como una procesión de cruces de hierro que agitan los brazos escuetos; con los cuellos de tortuga extendidos, se dijera estilizados, escapados de los cuarteles de un blasón heráldico. La voz de un *chingolo* que hace sus gárgaras sonoras, terminadas en un quejido, o la de una *ratonera*, especie de juguete mecánico que hace sonar sus pequeños besos en semicorcheas, y salta, más que vuela, entre los alambres del cercado, bastan, con el grito de algún *hórnero*, para dar su voz a este paisaje de simplicidad encantadora, tachonado en verano de golondrinas, que persiguen la propia invisible sombra en el aire.

Con sólo andar doscientos pasos hacia el Sur, y despuntar la colina que defiende mi casa de los vientos del Oeste, se llega a la punta del faro. A medida que se adelanta, la ciudad, que está detrás de esa primera cuesta, va saliendo del extre-

EL SERMON DE LA PAZ

mo de la segunda, precedida de su Cerro; la sorprendemos, pues, de espaldas, ocupada en mirar hacia ese Cerro o pequeño monte que le da su nombre, *Montevideo*, y que a su vez la mira de frente, bahía por medio.

No gozamos del aspecto de antiteatro que distingue a nuestra ciudad, tan alabada de esbelta; pero la colina que por este lado desciende al mar no es menos armoniosa, con su blanco caserío que se dijera pintado sobre su espalda, y que se desgrana a medida que baja a la orilla: el cementerio que asoma sus cipreses detrás de las tapias, una cúpula redonda, torres finas y chimeneas allá lejos, el horizonte gris azulado, por fin...

CAPITULO II

LA IDEA DE PATRIA

I

¡Cómo vuelan!, decía el niño campesino, cuando veía por primera vez las torres de la ciudad. Y lo que volaba no eran las torres; eran las golondrinas, que parecían salir de ellas.

Nosotros, en presencia de nuestro paisaje, oiremos el vuelo de lo que canta más allá de las gaviotas y de las golondrinas: el de las ideas que salen también de todas las cosas, como el pensamiento del universo.

No hay tal pensamiento del universo, sin embargo; sólo el hombre piensa entre las criaturas visibles. Lo que yo encuentro en la naturaleza no está en la naturaleza; está en mí mismo, sin que esto sea poner en duda la realidad objetiva, por supuesto. Es otra cosa. Llevamos en nuestra fantasía la mañana y la noche, la primavera y el invierno, la voz del trueno y la del pájaro. Y las palabras insondables, y las ciudades deshabita-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

das, y los desiertos llenos de voces.

Afirmar que los objetos son tristes o alegres porque nos producen tristeza o alegría, es como suponer que tienen memoria porque nos despiertan recuerdos. ¡La memoria de las cosas, de los colores, de los sonidos!

La alegría de la obscuridad es la risa de un ciego; la tristeza de la luz es el llanto de un niño diáfano; la influencia de las cosas en nosotros es la memoria del universo de que formamos parte. Que uno no se acuerda más que de sí mismo, en resumidas cuentas.

La expresión ¿es acaso memoria? ¿Es memoria el arte, por consiguiente? Pueden ser: memoria de cosas interiores, no sentidas.

Cuando en nosotros no hay paz y alegría, las cosas no son nuestras amigas; no nos acompañan. Se llenan, en cambio, de serenidades, y de pensamientos caritativos, y de consejos, cuando les damos la resignación de nuestras almas.

Cuando no hay alegría, dice un hombre bien pensado, el alma se retira a un rincón de nuestro cuerpo, y hace de él su cubil. De cuando en cuando, da un aullido lastimero, y enseña los dientes a las cosas que pasan...

Y además, cuando no hay alegría, creemos hacer un atroz descubrimiento: percibimos, con extraña evidencia, la línea negra que limita cada

EL SERMON DE LA PAZ

ser, y lo encierra dentro de sí mismo, “sin ventanas hacia afuera”... Ese es el descubrimiento que hacemos por medio del dolor, del físico sobre todo, como por medio de un microscopio: la soledad de cada cosa. Seguimos, con la mirada, la espalda curva, rendida, de cada cosa, que sigue a su vez su trayectoria solitaria.

Es lo contrario de eso, efectivamente, lo que yo he sentido y siento habitualmente, ante el paisaje que miro largas horas desde mi torre-cilla: siento “la sociedad de las cosas”. Ellas también, las cosas, sin excluir las estrellas, han nacido, como los hombres, y como las naciones, para vivir en sociedad, no me cabe duda.

Hermano lobo, hermano sol, hermana agua, hermano fuego, decía San Francisco, el pobrecito de Asís. San Francisco de Asís no estaba nunca sólo; la obscuridad, como la luz, era su hermana.

Lo que es “propiedad” en el agua que busca su nivel, es “instinto” en el pájaro que busca materiales para el nido, y es “facultad” en el hombre que anhela el bien. Propiedades, instintos, facultades, he ahí las potencias de este inmenso organismo de la creación, sociedad de cosas visibles e invisibles, hechas por Dios las unas para las otras, y todas para gloria de su nombre.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Nada en la naturaleza está aislado, efectivamente, por más que sea la unidad el manantial de todo: la unidad, *lo entre las cosas*. No hay raya negra en los contornos de los objetos; todo se auxilia y compenetra en el ambiente de luces y sombras; los reflejos de unas cosas en otras, de las visibles y de las invisibles, forman la armonía de las esferas, que es la paz. Darse cuenta de que Dios no ha sido menos bueno al darnos la sombra que al darnos el sol es la sabiduría. Si así como ponemos un poco de agua en nuestro vino, aceptamos un poco de dolor en nuestra dicha, la hacemos más sana, por más en armonía con el universo, y más soluble en la dicha, siempre relativa, de los demás. No desentonamos; no trazamos las rayas negras de la tristeza y de la negra envidia. El hombre bueno y generoso, cuando es muy feliz, debe sentirse endeudado y casi avergonzado ante los que sufren. El dolor ajeno es el deleite de los perversos; la suprema diversión del hombre pagano fué siempre el espectáculo del dolor y de la muerte de su semejante.

II

Nadie ha dejado de traslucir, sin embargo, en mi amor ingenuo a mi paisaje y a mi casa rús-

EL SERMON DE LA PAZ

tica, el predominio, en mi vida psíquica, de un sentimiento que, como las golondrinas alrededor de las torres, se ve volar en torno de todo esto, y que se relaciona con esa sociedad de todas las cosas de que tratamos; hablo, claro está, del amor a la tierra en que uno ha nacido, y que es la casa de la Patria; del propósito de estilizar su belleza, y de hacerla amable del mayor número, y respetada.

No es otro, efectivamente, el propósito que me conduce al detenerme tanto en estas frivolidades; hacer sensible el concepto verdadero de patria y de patriotismo, que, si es realmente una virtud, y no un feo vicio, tiene que ser una cosa muy distinta de lo que generalmente se cree. El problema de la guerra no tiene más solución que esa: la depuración evangélica del concepto de patriotismo.

Ese sentimiento de patria, o *terra patrum*, o patrimonio colectivo, existe en el fondo de todo amor humano a la naturaleza; radica en él quizá. El universo se divide para el hombre en dos fracciones: la patria de un lado, todo lo demás del otro; pero sin que exista entre ambos la raya negra. Ese concepto de patria, continuación o ensanche de la propia casa habitada por los recuerdos, es, a mi juicio, el solo verdadero. Como mi solar de terreno es tanto más amable

ZORRILLA DE SAN MARTIN

cuanto más cultivado por mi mano, la patria es tanto más patria cuanto más la hemos servido y honrado con nuestro amor, o ungido de nuestro dolor. Su historia es la de mis árboles; su bandera nos recoge todo el sol que el universo produce para nosotros. El resto ahí se queda; es de los demás vivientes; para las otras banderas. Y no lo necesito para ver bien los colores de la mía, y sentir la vida en su plenitud.

Ese amor, “elevado del rango de sentimiento al de virtud”, es lo que se llama patriotismo; hecho pasión desordenada o irracional, es el vicio colectivo que hemos de extirpar.

Bien es sabido que algunos innovadores (Tolstoi es su más sonado intérprete) dicen que el patriotismo “es sentimiento egoísta, inspirador de guerras, y destinado a desaparecer, para ceder su puesto al sentimiento de fraternidad universal”; pero esos han tomado por patriotismo lo que no es tal cosa; han visto en él un sentimiento principalmente negativo o de exclusión, siendo así que es esencialmente positivo, de solo amor. La ciencia no tiene patria, le decían una vez al francés Pasteur. Nó, no tiene patria, contestaba él; pero los sabios sí. ¡Quién me diera ser sabio, digo yo, ser grande entre los hombres, para que mi patria *me tuviera*! El mundo entero no me importa tanto.

EL SERMON DE LA PAZ

No es otra la causa de por qué “no se les profeta de su patria”. Nada más puesto en razón, ni más ocasionado a la virtud del patriotismo. El amor de la propia tierra, el de los hombres que la habitan, nuestros próximos hermanos, es y debe ser el más precioso, el más caro por consiguiente; el que ha de conquistarse, por lo tanto, con mayor esfuerzo, y a costa de mayores contratiempos. No te irrites, pues, contra tu patria, porque te dé ocasión de ser fuerte, es decir, virtuoso. Merécela, si la quieres.

III

Uno tiene necesidad, no cabe duda, de concentrar la tierra, para hacerla objeto de su cultivo espiritual, en un pedazo de su habitable superficie. ¿Has de romper todo el planeta con tu arado?

Y como el de la tierra, uno concentra y cultiva el amor al hombre en el que profesa a los que le son más próximos o parecidos, y le están ligados por el amor común a las cosas, y por las comunes cualidades y defectos. Sólo por ahí se va al amor a la humanidad, y hasta al amor a Dios. Si no amas a tu hermano a quien ves, dice Juan, el Evangelista, ¿cómo amarás a Dios, a quien no ves?

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Los hombres buenos hablan de *su tierra* como de una parte de sí mismos. Los hijos de las montañas suntuosas nos suelen hablar de ellas con cierto orgullo de heredero rico. Que sea en buena hora. Yo, hijo de este Río de la Plata sin horizontes, y de sus colinas, me sentí abrumado, debo confesarlo, cuando vi por primera vez una cordillera; casi tuve envidia. Pero bien mirado, aquello me imponía sin impresionarme. Un pensamiento extravagante quedó vibrando en mi espíritu: me pareció que allí casi no había tierra habitable para el hombre, porque toda ella, y hasta gran parte del cielo, estaban ocupados por sus formidables dueños, las montañas. El hombre se me antojaba allí un huésped, un transeunte; los edificios, por suntuosos y cimentados que sean, siempre parecen chicos, provisionales, siempre recién hechos, al lado de aquellas enormes arquitecturas antiquísimas, sin puertas ni ventanas, en que la tierra proyecta hacia afuera los relieves y la forma de su vida interior, con el sentido oculto de sus profundidades. No hay torre que resista la proximidad del "Corcovado" de Río de Janeiro; no hay construcción posible, al lado del "Pan de Azúcar"; los hombres andan en las rugosidades de aquella tierra sublime, que no modifican con su presencia, como si guardaran silencio, como conspiradores encarcelados.

EL SERMON DE LA PAZ

Las mismas piedras, al formar el edificio, han obedecido, más que a la voluntad del hombre, a una fuerza incógnita que las devuelve a las canteras maternas.

Tampoco la llanura ilimitada me causa impresión amiga, debo confesarlo; echo en ella de menos los segundos términos; me parece el peldaño inmenso de una escalera de un solo peldaño. La llanura, la *pampa*, es para pasar lo más aprisa posible, no para quedarse; es para otros que vienen detrás. En la llanura se siente un solo angustioso deseo: llegar, llegar a alguna parte. La extensión enorme es, para mí, tan inadaptada a la expresión profunda del alma humana como la montaña.

Otra cosa es la docilidad de la colina verde; se dijera que se inclina, como el dromedario, para recibir el peso de su dueño; una choza humana toma posesión de ella, y la hace vivir; la ocupa por completo, y la transforma; una cúpula la engrandece y la llena de gloria, como el jinete a su corcel.

La cúpula de Miguel Angel se levanta como señora sobre las colinas de Roma, que son su proporcionado pedestal; se la ve en todas y de todas partes; el cielo sale de ella como el nimbo del casco de un arcángel. Colocada en el Apenino, moriría estrangulada; en el desierto, se la

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tragaría la Esfinge. El pequeño cerro de la bahía de Montevideo, de que hemos hablado, sería sólo una sinuosidad graciosa del terreno, si no tuviera la antigua inocente fortaleza que tiene en el vértice. Con ella, el armonioso montecillo es un guardián ceñudo y formidable de la ciudad. La vieja construcción es el espíritu o el pensamiento del monte, símbolo, a su vez, de la patria fuerte, señora de sí misma, señora nuestra.

IV

Sea de ello lo que fuere, y mientras admiro el genio de los grandes montes ajenos, y dejo correr las llanuras hacia sus horizontes, yo concentro mi amor al universo en este paisaje mío que me rodea, y cuyo contorno, determinado por la línea que traza el mar en la tierra hospitalaria, se pierde en el azul de las lejanías, hecho de muchos azules... Veo a lo lejos, desde mi terraza rústica, la isla de Flores, posada en el sitio impreciso en que el agua se separa del aire. Son tres pedazos de tierra o de roca, que parecen salidos a nado de nuestra costa, para tomar posesión de nuestro horizonte, y sentarse en nuestra puerta con una luz en la mano. Son bloques de mármol blanco, algunas veces, que toman coloraciones distintas, según la hora y el estado de

EL SERMON DE LA PAZ

la atmósfera; pequeños promontorios negros, otras veces, cuando se envuelven en sus nieblas y encienden su lámpara acompañante, de relámpagos amigos. Se nos ofrecen más o menos próximos o alejados, según los caprichos de la luz difusa; hay momentos en que, revelados por ésta, se dijera que acaban de aparecer en el horizonte, blancos, ingenuos, y que los vemos por primera vez; en otras horas, los busco y casi no los encuentro; se han ido, o se han escondido en el aire.

Mucho más lejos, cuando éste es diáfano, se distinguen, con bastante precisión, en el horizonte del Este y del Norte, las alturas de nuestra costa atlántica, como ligeras nubes: la Sierra de las Animas, Pan de Azúcar, los montes de Maldonado, que nos exploran el mar. Esas montañas no son tales, propiamente hablando: son sólo elevaciones de las colinas, por las que asoma la osamentación granítica de la tierra. Como todo lo de la nuestra, esas alturas o asperezas son ponderadas y armoniosas, grandes pero no enormes, elevadas pero no inaccesibles; lo son, hasta sus cumbres, al hombre y a la espiga, al águila y al jilguero, al caballo y a la perdiz: son todas de panllevar; más que brotadas del fondo de la tierra, parecen caídas del aire, y arraigadas en las entrañas del suelo, que las ha envuelto en su mantillo verde.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

La unidad, la proporción armoniosa, son rasgo distintivo de esta mi heredad nacional, como lo fueron de la antigua Grecia, nuestra abuela, en la que dieron nacimiento a los bellos mitos inmortales. El mar, color de vino o de violetas, era allí propicio al navegar de barcos con velas de púrpura, movidos por remos al son de flautas; un chorro de agua transparente, un pedazo de roca con un poco de musgo y un arbusto eran bastante para habitación de una divinidad riente; una pequeña montaña, el Olimpo, era digna residencia, y armoniosa, de los dioses todos que no existieron.

En esas mis melodiosas montañas uruguayas viven de esos dioses.

Estos no existieron, pero viven en alguna parte, y tienen sus creyentes.

V

Guiado por las lejanas serranías, sigo yo, con el pensamiento, la costa de la patria, en que resuena la voz de nuestro pedazo de Atlántico, lleno de dioses; adelanto en dirección al Norte, hasta nuestra frontera con el hermano Brasil, y, torciendo entonces, tierra adentro, hacia el Oeste, hasta dar con el río del Uruguay que nos da su nombre, descendiendo por ese nuestro fuerte proge-

EL SERMÓN DE LA PAZ

nitor, entre las islas innumerables, en busca de mi punto de partida.

Y de nuevo frente al Río de la Plata, al Cerro de Montevideo; de nuevo en la casa blanca y chica de que he partido, y que es el centro de mi universo, me parece que he recogido mi país todo entero con los dos brazos; que él no es sino un ensanche espléndido del pedazo de tierra cultivado por mí, sin nada exótico, nada que no sea mío y de mis hermanos: la lengua española adaptada a nuestro acento; los ríos que alimentan al Uruguay; los bosques indígenas que beben en esos ríos; las colinas gemelas que ondulan en su “divino silencio verde”, y en que los ganados innumerables, vacas, ovejas, caballos, comparten su pan con el avestruz salvaje y con el venado; los árboles de nombres primitivos, que cantan en sus pájaros tonadas de la misma lengua, afinadas al ruido de los arroyos bordados de *camalotes*, al olor de los pastos, al vuelo de los pájaros: de los sonoros “*teruterros*” que anidan en la tierra; de los “*hórneros*” fabricantes de cúpulas; de las palomas torcaces que viven en los cardales, y de las garzas luminosas que alegran el juncal. Todo ello está en armonía con el hablar de los hombres y el reír de las mujeres; con el canto de las madres que amamantan niños; con

ZORRILLA DE SAN MARTIN

los nombres pintorescos habitados por la historia que nos es querida.

Sin que esto constituya todo el sentimiento de patriotismo, hemos de convenir en que esa sociedad del hombre con la naturaleza forma parte integrante de ese amor a algo terreno que debe sobrevivirnos a nosotros y a nuestros hijos; de algo perdurable en el tiempo, y que parece sagrado.

Yo estoy persuadido, por ejemplo, de que mi frívolo alegato en favor de las lomas, en su pleito estético con la montaña y la llanura, ha causado alegría a los hijos de las colinas, mis hermanos.

Se han creído personalmente aludidos en la defensa; se han sentido colinas, como yo.

Una vez, una de tantas, percibí, con particular intensidad, esa fuerza de cohesión entre el hombre y las cosas. El hecho ocurrió, en uno de mis viajes al través del mundo, cuando visité el jardín zoológico de Madrid, muy rico y ordenado, por cierto.

¿Y no tienen ustedes ejemplares de la flora americana? preguntaba yo al reputado dueño de aquella casa, don Miguel Colmeiro, después que me hizo conocer sus tesoros.

Allí hay un ejemplar del "*Pircunia Dioica*", me dijo el amable sabio.

Y fuimos a ver el "*Pircunia Dioica*"... Me

EL SERMON DE LA PAZ

cuesta confesar que casi sentí una lágrima en los ojos, esa es la verdad, cuando advertí que el árbol que me mostraba era un “ombú”, el árbol de mi tierra, que allí, con un nombre exótico, fuera de su clima, crecía enteco y doloroso. ¡Ni siquiera sabían cómo se llamaba!

Aquel árbol me pareció un hermano enfermo, que me estaba esperando antes de morirse de frío en su soledad. Sentí el deseo de abrazarlo, de consolarlo. El sabio botánico no sabía nada de eso: del alma del árbol; de sus relaciones con la mía.

Es menos frívolo de lo que parece este recuerdo. No quiero decir que esa comunicación del hombre con la naturaleza sea la causa del alma nacional; pero sí que es su inmediato efecto y su símbolo. Un árbol es tanto o más que una bandera. No es porque amamos esas cosas, árboles y banderas, por lo que constituímos un alma colectiva; pero ese amor nos la revela; nos hace sentirnos el alma.

Los filósofos distinguen con bastante precisión el carácter subjetivo de la imagen interna, engendrada en el hombre por la sensación. Uno de ellos observa cómo cada individuo tiene su modo peculiar de imaginar; llama al hecho “*la personalidad de la imaginación*”. Me parece muy

ZORRILLA DE SAN MARTIN

bien. Aunque la visión de un caballo, por ejemplo, es la misma de un negociante, en un "sportman", en un pintor o en un indiferente, "el fantasma" que cada cual se forma del caballo, en su ausencia, es completamente distinto. Esa observación se hace extensiva a las razas, a los pueblos, a las épocas, y el arte la confirma. El fantasma de un toro no es el mismo en un torero y en un *cabañero*, en un hombre inglés y en un español. El fantasma de una mujer era distinto en el egipcio y en el griego, sin confundir esa transformación colectiva con la transformación de la mujer amada, por ejemplo, en el cerebro del amante, que, si bien análogo, es obra del corazón de cada uno. Pero la observación es aplicable, sobre todo, al puro concepto de Patria, que yo quiero inculcar. El fantasma de las cosas de la tierra nuestra es distinto en nosotros y en los demás; es el mismo en los de la misma tierra. La imagen o fantasma del "ombú" en mi espíritu no es idéntica, ni mucho menos, a la del "*Pircunia Dioica*" en el del botánico español; pero sí muy parecida, quizá idéntica, en el alma de todos mis compatriotas.

De eso procede lo que suele llamarse "estilizar" en arte: son las cosas copiadas del original

EL SERMON DE LA PAZ

interno que se forma, no en un hombre, sino en un pueblo o una raza; de ahí la creación artística.

VI

No es esto decir, por supuesto, que no puedan existir y no existan patrias verdaderas, grandes y complejas. Las hay, no lo dudo, que, por su intensidad de espíritu, serían dignas de ser pequeñas; pero observemos que, en ese caso, la patria grande, tanto más precaria cuanto menos próxima de la unidad espiritual, es una conglomeración de patrias chicas, unidas, más aún que por el corazón, por el entendimiento, cuando no por la fuerza. Y confesemos que la extensión es, si no la causa, la ocasión próxima del pecado opuesto a la virtud del patriotismo. El tamaño heterogéneo satisface, no pocas veces, un sentimiento de orgullo, que no es propiamente virtud, amor patrio; éste es “contento”, es decir, “continencia”, plena satisfacción con el objeto del amor; el otro puede llegar a ser “incontinencia”, torpeza, dispersión o disipación de las energías afectivas. Estar *contento* es estar *contenido*; lo dice la palabra. Y contento es sinónimo de bienestar, y aun de felicidad.

El patriotismo-virtud dispone a la defensa del suelo en que radica, como el amor filial al de la

ZORRILLA DE SAN MARTIN

honra de la madre: con resolución firme, pero sin énfasis, sin provocaciones, sin proclamaciones, que hasta parecen ponerla en duda. El otro, el orgullo de lo complejo, el culto del tamaño, incita a la jactancia provocativa, generadora a su vez del anhelo de agrandarse, de poseer cuerpos sin ganarse las almas, de gozar sin amor; no diré que sea, pero sí que pueda llegar a ser algo parecido a la voracidad de las especies inferiores.

Lo que yo llamo una patria, en su más intenso sentido, es la patria unidad, simple, homogénea, armoniosa, amada, no por lo que tiene, sino por lo que es, y porque es obra nuestra, de los que somos una sola fuerza, un solo amor a objetos o imágenes comunes, recuerdos, nombres, colores, paisajes, construcciones, ruinas, sepulturas, en que se concentra todo lo existente en el tiempo y en la eternidad.

En el amor a la patria dilatada, rica, fuerte, fuerte sobre todo, puede haber algo de eso, no cabe duda; pero hay mucho también, si no me equivoco, de la idea de reciprocidad, de recibir una compensación, aunque sea de orgullo. Tal hombre de mente y corazón superiores, que, por ser hijo de una nación poco notoria, ve pasar su vida inadvertida, hubiera gozado el deleite de una gloria resonante, a haber nacido en un esta-

EL SERMON DE LA PAZ

do poderoso. Tal otro, en cambio, no hubiera salido de la multitud anónima, sin el reflejo protector de su patria que lo ilumina.

El peligro de hacer de la nación a que se pertenece una especie de prolongación o ampliación de sí mismo es grave, cuando esa nación es muy fuerte o demasiado grande; se ve en la propia persona una concentración o reducción de la fuerza nacional; se la cree llevar consigo, como un título de superioridad sobre los demás hombres. Un alemán puede sentir el instinto de creerse la Alemania; un francés la Francia; un angloamericano la América, cuando se encuentran con otros hombres por el camino. Pero no tanto la Francia o la Alemania benéficas, inteligentes, amigas, cuanto la Francia o la Inglaterra o la América fuertes, capaces de vivir sin contar con nadie, casi amenazantes.

No es raro ver algo de eso, como sabemos, aún en los hijos de naciones secundarias materialmente, cuando, por el contraste con otras que juzgan más débiles, llegan a imaginarse que ellas son fuertes; es ley de la miseria. Se pronuncian entonces palabras irreparables, de incalculables consecuencias, así sean dichas por un niño, o por un tonto.

De esa identificación de las personas físicas

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

con las internacionales o colectivas procede la vieja idea de ver en los hombres otras tantas *personas internacionales*, como si su piel estuviera teñida de los colores de la bandera; su piel y hasta su sangre. El hombre, si no tiene un carácter representativo, no es tal persona de derecho internacional, sin embargo; no anda con la patria a cuestras ni en el bolsillo, como si fuera un arma defensiva y aun ofensiva.

Bien es verdad que esa jactancia de que hablamos, cuando es acompañada del desdén sobre todo, está en razón inversa del mérito personal de cada hombre; pero no son muchas las veces en que ese mérito es tan grande, que no sea mayor aquella humana flaqueza. Se la encuentra lo mismo en el gañán que en el caballero; lo mismo, o poco menos, en el sacerdote que en el sargento.

El soldado que, valiente y también cruel en las filas, pide clemencia no bien se siente aislado, es frecuente en la guerra, según dicen. Y lo es, en la paz, el hombre que, amable y modesto como tal, se torna desdeñoso y casi agresivo, como inglés, como español, como italiano.

Y lo son también las naciones, en razón directa de sus soberbias, madres de las tinieblas y de la guerra.

El "*cives romanus sum*" de la Roma de los Césares, se repite aún, como un anacronismo, en

EL SERMON DE LA PAZ

medio de las democracias. Nuestra educación histórica greco-romana ha contribuído a ello no poco, preciso es confesarlo; y, no sin fundamento, alguien, coincidiendo con el ruso Tolstoi, que llama al patriotismo sentimiento egoísta, ha dicho que las guerras modernas son el fruto de los estudios históricos. Pero lo son de los rutinarios; no de la filosofía de la historia, que debe ser algo más que una galería de batallas y de personajes oficiales. Hay mucho más que personajes oficiales en la vida de los pueblos: Don Quijote es tan digno del honor de la historia como don Felipe II, y acaso más; la filosofía de Sancho, o la del bufón del Rey Lear, son más profundas que la de muchos autores de manuales científicos, experimentales o no.

Esas filosofías, la del bufón inglés y la del escudero español, las verdaderamente experimentales, son las que han de iluminarnos en esta hora de tinieblas que atraviesa la humanidad, por falta acaso de sentido común..., que no siempre es el más común de los sentidos.

SEGUNDA PARTE

PROPOSICION

CAPÍTULO I

LA GUERRA

I

Lo que el falso concepto de patria ha influído en la formación de la enorme tempestad de estos tenebrosos años en que hemos vivido, y vivimos aún, y viviremos sabe Dios hasta cuándo, es asunto de meditar. Ahora, después de desatada la catástrofe, y ante el fuego embravecido, todos se proponen el problema de “quién tuvo la culpa”.

Hay una culpa, pues; se ha cometido un espantoso crimen. En eso todo el mundo está conforme: un espantoso crimen.

Y, como la sombra al cuerpo, la idea de castigo acompaña a la de delito.

Convengamos, ante todo, en que, si realmente queremos dar con el delincuente, no hemos de ir a buscarlo entre los pueblos *contentos o contentidos*, que yo he simbolizado en mi paisaje, y en mi casa, y en mi pedazo de mar azul. No fué,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

efectivamente, de mi torre almenada de Punta Brava, ni de sus inmediaciones, de donde partió el primer mortífero disparo.

Entre los *hombres y los pueblos incontentos o incontinentes* está el culpable, o no lo está sobre la tierra. Lo castigaremos, una vez convicto y confeso; pero sin deleite vengativo. *Irascimini et nolite peccare*, dice el libro santo. Irritaos, pero no queráis pecar.

Hay un germen de mal, bien a la vista está, que contamina a todo pueblo que se congrega y levanta una bandera. El hombre ha sido concebido en iniquidad, no hay que ponerlo en duda. Desde el instinto que aficiona al niño a jugar con soldados de plomo y a seguir a los de carne y hueso cuyas musicales bayonetas brillan al sol; desde el amor preferente de la mujer al hombre vestido de uniforme, hasta el numen inspirador del poeta que canta al dios de la guerra y lo llama Gloria, todo nos revela que estamos bajo el enorme misterio del bien y del mal y de la muerte.

Con la sangre de Remo han de consagrarse los cimientos de la ciudad de Rómulo, su hermano. Es la eterna fábula, llena de verdad. Y hay que robarles las mujeres a los sabinos. Todos quieren ser, no sólo fuertes, sino más fuerte que alguno.

EL SERMON DE LA PAZ

Es ese un detestable sentimiento; detestable, no cabe duda. Y, sin embargo, él está en el fondo del instinto humano, en esas *energías sobrantes* que se quedan sin empleo en nuestro corazón... no sé dónde. ¿Quién podrá decir que no lo ha sentido en el nacer de su propio sentimiento de patria?

No se trata, pues, de prescindir de él, sino de analizarlo y transformarlo por el cultivo. Tal se cultivan esos tubérculos amargos, y hasta dañosos, de que proceden, al través de inteligentes selecciones, las más nobles sustancias que alimentan la vida: la patata, por ejemplo, entre muchas otras; la patata que hoy comemos procede de un tubérculo amargo, casi dañino. Transformar aquel instinto mortífero en virtud o fuerza vital es la obra del culto del patriotismo, obra de misericordia.

Como hay heridas en la ostra que, al cicatrizar, se convierten en perlas, hay vicios en el hombre que, como queden bien extirpados, pueden transformarse en preciosas virtudes: la soberbia, en noble carácter; la sensualidad, en amor desinteresado y puro; la ira, en valor sereno; la envidia o anhelo de ser *más* que los otros, en deseo de ser *mejor*. Si la sabiduría consigue cicatrizar las heridas de soberbia en el corazón de los pueblos, la paz y la libertad se-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

rán alimento de los hombres. Y si nó, nó. La paz y la libertad son cosas del orden moral.

El proceso cicatrizante tiene que ser más o menos lento, sin embargo. Ni los tejidos vivos, ni las virtudes activas se crean de la nada; han de formarse de la propia substancia los primeros; de la repetición de actos buenos, gimnasia de la voluntad, las segundas. No te apresures a arrancar las vendas de tus heridas; no te precipites ni desesperes. Que te baste y te aliente la satisfacción de ver morir tus vicios, uno por uno, antes que tú.

II

¿Y para qué quieres ver tan armada de todas armas tu amable bandera, oh hijo de la patria no sólo grande sino más grande?

Para imponer a ésta un deber desinteresado, un ministerio, un sacrificio; para que sea patria-providencia de las demás. Así me lo dijo uno.

Para que sea rica, dicen otros. Estos, los más groseros, no ven, en todo esto de guerra y paz, otra cosa que un problema económico; mercados, colonias, dinero. Los héroes, para ellos, no son otra cosa que empresarios; marcas de fábricas son sus banderas. La riqueza no es instrumento de gloria; es la gloria misma, por lo visto.

EL SERMON DE LA PAZ

Para que pueda repeler las agresiones, dice, por fin, el otro, y considerarse plenamente libre y soberana; bastarse a sí misma; no depender de nadie; *no temer aunque ofenda...* Es el derecho de ser malo.

Pues bien: nada de todo eso es verdad, según el bufón de Shakespeare; todo es ruido de palabras insensatas que van rodando, y con las que juega el bufón, como con su tirso de cascabeles.

Lo primero, lo de la patria-providencia de las demás, y maestra, y civilizadora, es una fuerte mentira de la soberbia. Mira bien en ti mismo, buen hombre, y no hallarás, en tu patriotismo armado, ni un átomo del sentimiento de que me hablas; hay en él más egoísmo que virtud, si bien lo miras. No tienes cara de Providencia, tú. Así creeré yo en ella, cuando menos, como agarrar un escorpión por la cola.

Lo segundo, lo de la riqueza, es lo más grosero que darse puede, como hemos dicho. ¡Matar al hermano para comerle el pan que lleva a la boca! También hace eso el perro. No hablaremos aquí de los errores económicos de tal pensamiento, porque debemos hablar, sobre todo, de las torpezas morales. Que, aunque no lo parezca, los valores morales tienen todavía su valor. No faltan, bien lo sé, quienes no lo creen; hay quienes juzgan que, en el mundo, no se piensa más en eso,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

en moralidades, si ya no es como decoración exterior del anhelo de vivir cada uno lo más cómodamente posible; pero esos hombres distraídos, ignorantes de las grandes realidades y de sus causas, no se dan cuenta de lo que está pasando en el silencio, lleno de gérmenes. Hay laboratorios que estudian los mejores métodos de conservación de carnes; pero la ciencia experimental está cayendo en la cuenta de que debe buscar el mejor procedimiento de conservación de almas; de que el alma es también una substancia, que puede ser objeto de cultivos, y que no se alimenta de legumbres ni de lenguas saladas; que no se conserva con las mismas sales que impiden la putrefacción de los cuerpos comestibles o no comestibles.

Esa parece ser, en esta hora de tinieblas, la grande obsesión del pensamiento científico: la psicología experimental; el cultivo de trigo para los espíritus; del pan de cada día. "Vivimos, dice un gran pensador, en una época de misticismo tal, que no se la encuentra semejante desde la época de las cruzadas."

He aquí por qué este libro tiene que ser, quieras que no, un libro místico, de lecturas espirituales.

Que el misticismo, si lo hemos de entender como es debido, no es otra cosa que la elevación

EL SERMON DE LA PAZ

del objeto de nuestro amor y de nuestra acción hacia lo solo amable en absoluto. Pero hacia lo absoluto realidad, entendámonos bien, lo absoluto personal o absoluto persona, que es todo; no lo absoluto abstracto, que no es nada. En eso se distingue el divino misticismo de Teresa de Jesús, por ejemplo, la mujer fortísima y santa, de esos misticismos a lo Ruysbrock o Novalis o Emerson o Maeterlinck, que son poleas locas, sin el más mínimo engranaje en la realidad divina. Bien es verdad que tampoco la tienen en la humana; son temas de filosofía, no reglas de conducta; no sirven para nada que no sea pasatiempo.

No hablaremos, pues, del patriotismo económico, del que quiere matar a su hermano, hombre o pueblo, sin pensar en que le es necesario para trabajar juntos con provecho recíproco; del que mata la gallina de los huevos de oro. Hablaremos del otro: del anhelo de ver armada la Patria para que sea libre y soberana, dueña absoluta de sí misma.

En esa idea está el más temible de los errores. Y lo está, si bien se mira, por lo mismo que tiene algo, y acaso mucho, de verdadero. Un error es tanto más peligroso cuanto más verdad contiene.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Es mucho verdad que, así como un hombre debe estar siempre dispuesto a defenderse y a defender a los suyos de los malhechores, y de las bestias feroces; así como un varón, so pena de dejar de serlo, está obligado a ser valiente, y ha de sobreponer su persona a su vida, una nación debe estar siempre apercebida a guerrear con honra y por ella; todos sus hijos varones han de ser aptos para soldados, y se les debe la instrucción militar como cualquier otra, por lo tanto. Pero de eso a considerar el estado de guerra como el normal del hombre y de los pueblos, y a apreciarlo como la suprema virtud, y la gloria por excelencia, hay tanta distancia como del día a la noche. Es la que media entre el caballero y el valentón o matamoros, entre el duelista y el soldado.

Ese insensato pensamiento supone que, en la vida orgánica, ser *fuerte* es lo mismo que ser *forzudo*. Y no es así, como no lo es que en la esencia de la libertad esté la facultad de optar por el mal como mal. El mal es una negación; no es una cosa, ni el objeto de una facultad humana. Y la guerra por la guerra es negación precisamente, perturbación de la realidad o del orden.

¿No te has encontrado nunca con el hombre de enorme fuerza muscular, herido, sin embargo, de muerte, en las entrañas? Tiene sudores en las

EL SERMON DE LA PAZ

manos, cavernas en los pulmones, durezas mortales en las arterias. Has de guardarte de él si se le despierta el orgullo de los músculos, porque te romperá la cabeza; pero no es temible porque es fuerte, sino por todo lo contrario: porque es enfermo; porque está más cerca de la muerte que tú.

Ser *fuerte* no es otra cosa que ser *sano*.

¡Las naciones en cuyos dominios no se pone el sol! ¿Acaso han sido más seguras y permanentes, menos llevadas y traídas por el viento, más sanas, que las que han recogido la parte de sol que les tocaba en suerte? ¿No las hemos visto morir, o poco menos, de insolación?

La juventud es corta en esos pueblos; desastrosa suele ser en ellos la vejez. Acaban por devorarse las propias entrañas, viviendo de recuerdos o jactancias, cuando no de rencores.

III

¿Dónde ha estado el fuerte, y dónde el débil en absoluto, entre los átomos sacudidos por la tempestad que aún suena en los horizontes, y sobre cuyos escombros andamos?

La Francia o la Inglaterra ¿fueron acaso más fuertes, es decir, más libres en el obrar, que la Bélgica, cuando sopló el huracán de nuestro si-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

glo? Tan necesaria fué la alianza de Francia con Inglaterra, como la protección de ambas a Bélgica, no ya para proteger a ésta, por cierto, sino para impedir la conquista de todo el sol por el nuevo *Roi Soleil*. ¿Fué más protectora Inglaterra de Bélgica que Bélgica de Inglaterra o Francia? Veremos cómo los Estados Unidos fueron a la guerra “porque, al decir de Wilson, no les concedieron el derecho de ser neutrales”; por debilidad, pues.

Imaginemos a Bélgica entregada sin resistencia al invasor de su suelo. Y pensemos. Pensemos en lo que hoy sería del mundo, si suponemos al germano dueño del Paso de Calais, y señor de los mares; en lo que sería de esta mi tierra del Uruguay, que habla en castellano.

Y no por haber necesitado las unas de las otras para vivir, han dejado de ser del todo grandes esas naciones, para serlo a medias. Es una majadería hablar de “la pequeña Bélgica”. El tamaño desapareció ante el huracán que hace acurrucarse en sus cavernas a los gatos salvajes, lo mismo que a los leones; todos gatos, manadas de gatos. El pánico es la ley de igualdad de naturaleza, que se impone en los organismos vivos, como el rubor es la luz de la culpa.

Es entonces, en esas horas de verdad, es decir, de muerte, cuando aparece lo sólo grande: la

EL SERMON DE LA PAZ

unidad; lo sólo capaz de virtud y de heroísmo: el hombre.

El hombre es, en resumidas cuentas, la medida del universo: *metrocosmos* lo llama Novalis. Es el solo sujeto de gloria. Mira ese muerto belga tendido en el campo; a su lado está un inglés, muerto también; un francés ha caído más allá; y un italiano, y un americano más allá... Mide esos cuerpos con tu cartabón. ¿Juzgarás del tamaño de esas cosas sagradas por la fuerza o el tamaño de sus patrias?

¡Oh, tú, el muerto por la patria chica! Tú engrandeces a tu vecino inmóvil, porque se parece a ti; porque, como tú, no pensó en el tamaño de su bandera, sino en sus colores, para amarla hasta morir por ella.

La mujer de Sócrates lloraba la muerte a que fué condenado el hijo de Solón.

—¡Oh, con cuánta injusticia lo han hecho morir esos malvados jueces!—decía.

—¿Preferirías acaso, le dijo Sócrates, que lo hubieran hecho morir con justicia?

Si ha de haber verdugos y víctimas, no prefieras tú ser hijo de los primeros. Obrar bien es necesario; vivir no es necesario. La más noble progenie, la ejecutoria de nobleza en la sociedad de los pueblos, si éstos han de ser personas o unidades morales, no puede ser el crimen ni sus frutos.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y si el hombre es la medida del universo, las patrias-hombres, las no medidas por el tamaño, son las que marcan el grado de civilización y dignidad de la sociedad humana. Todo conjunto se aprecia por la naturaleza de sus unidades, y éstas por la naturaleza de sus funciones, apreciadas, a su vez, por su objeto. El mismo respeto mutuo entre los estados, en tanto deja de ser un acto de miedo, tan instintivo como el del bruto, para serlo de valor moral o virtud, en cuanto tenga por objeto a estados que no ofenden ni amenazan.

Esa verdad aparece, como un meteoro, en los momentos de angustia provocada por la soberbia, *mater tenebrarum*, madre de las tinieblas. Todos reclaman entonces, para demostrar “que no han tenido la culpa”, el título de devotos místicos de las patrias chicas, y hasta sienten el deseo, más o menos fugaz, de ser chicos ellos mismos.

De ahí nace la idea que primero se ocurre como solución del conflicto: el desarme. Pero es el desarme de los brazos dejando armada la fantasía y enconado el corazón; la admiración a las patrias chicas, pero conservando el carácter de patria grande o forzuda. El verdadero desarme, el de las almas, sólo puede ser realizado por quien

EL SERMON DE LA PAZ

ejerza soberanía sobre las almas, sobre las conciencias. Y una vez realizado, el de los brazos está hecho: las armas se caen solas, como los higos de una higuera sin hojas.

Si escuchamos algunas de las fuertes voces que sonaron en las grandes horas, cuando se desataron los vientos, oiremos eso, repetido sin cesar. Es el vizconde de Grey, por ejemplo, el inglés, quien dice, en octubre de 1916: “Nosotros lucharemos hasta que hayamos restablecido la supremacía y el derecho de libre desenvolvimiento, en iguales condiciones, cada uno según su carácter, de todos los estados, grandes y pequeños, formando una familia la humanidad civilizada”.

Bien dicho está eso, no hay que ponerlo en duda; es preciso tomar esa palabra. Pero la oye el otro poderoso, el enemigo, y reclama para sí, también él, el mismo título de honor. El canciller Bethmann Hollweg, el alemán, lo dice en el Reichstag; él espera “que la guerra establezca unas condiciones políticas que hagan completa justicia al libre desenvolvimiento de todas las naciones, lo mismo de las pequeñas que de las grandes. Entonces los principios de justicia y libre desenvolvimiento, no sólo en el continente sino en los mares, deben ser hechos válidos”.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y así han hablado, más o menos, en sus dialectos oficiales, los hombres fuertes desde sus patrias fortísimas, predestinadas a repartir el sol equitativamente, y las tierras y los mares y los cielos. Y a poseerlos con tal objeto: con el solo objeto de repartirlos.

Es un hablar muy divino, pero sin Dios, si no me engaño. Son los dioses, las pasiones carnales divinizadas, los que envían sus alados mensajeros a dictar esas palabras; las reservas mentales, escondidas en las grietas de la palabra misma, hacen de ella una cosa muerta, muchas veces.

¿Que quién ha sido el culpable?

Si queréis saberlo buscad esas divinidades. Son las que soplan en los oídos el silbido de la serpiente paradisíaca: seréis como dioses.

El perro corre tras de la piedra que le tiran, y la muerde; pero el hombre busca la fuerza oculta que tira la piedra desde el corazón orgulloso.

Y os encontraréis con pasiones humanas, con las de un hombre, con las de muchos hombres, uno por uno, metidas en sus agujeros, como sabandijas.

No son cristianos; no creen en Dios hecho carne, pero sí en la carne hecha dios.

El cristianismo es la hazaña de un cordero.

CAPÍTULO II

LA UNIDAD

I

Cerrados están, entretanto, los horizontes, en torno del naufragio de Europa; se oye un tiro en la obscuridad, de vez en cuando, que asesina un hombre; hervores de multitudes que se matan a sí mismas; gritos de vientos; naciones flotantes que reclaman vida; oleajes que azotan los cascos; voces de nautas que dirigen el salvamento... Entre éstas distingo, y me llama la atención, entre dos ráfagas de viento, la voz de Lloyd George, el inglés, que grita en uno de sus discursos resonantes: "Centinela, ¿qué ves en la noche?..." Y en el que dirige, mientras se celebra la Conferencia de Génova, a los periodistas anglo-americanos, dice a éstos: "No veo, por mi parte, más camino de salvación que encauzar la política internacional por la vía cristiana del amor..."

No es esa una doctrina jurídica, como se ve; no lo es tampoco económica, ni parece cosa cien-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tífica; más que la opinión de un estadista, se dijera la estrofa de un poeta o la visión de un místico, o cualquier otra cosa por el estilo. Y es un estadista, sin embargo, y un inglés, "el primer inglés," según Nitti, quien lo dice. Yo no sé cuál es el primer inglés, ni tampoco el segundo. No creo que Nitti lo sepa mejor que yo, a ciencia cierta; pero todos sabemos que ese Lloyd George es un inglés digno de atención porque es un estadista en un poeta. El no dijo las palabras que citamos en el seno mismo de la conferencia, por supuesto; hablar de amor en un congreso de naciones parece cosa infantil en Europa, y aun en otras partes. El poeta y el estadista parecen excluirse.

Conviene, sin embargo, saber si hay en este mundo algún sitio habitado en que no se excluyan del todo, y en que pueda hablarse, sin caer en ridículo, o aparecer como anticientífico, de eso que dice Lloyd George: del amor entre pueblos. Y veremos de averiguar si hay alguno en que ese amor haya sido realmente una fuerza.

El cardenal Gibbons y otros angloamericanos muy dignos de respeto, han reclamado para la América inglesa la posesión del idealismo; pero es en nuestra América española, si no me engaño, donde podemos, y aún debemos creer en aquella fuerza y proclamarla, sin por eso hacer coro,

EL SERMON DE LA PAZ

por supuesto, ni mucho menos, a los que afirman, como un postulado, que la construcción de aquella portentosa nación angloamericana es obra única y exclusivamente de las fuerzas materiales. Eso es un desatino, que no seré yo quien comparta. Las solas fuerzas materiales no pueden hacer semejante cosa.

Bien será nos demos cuenta, ante todo, de que el amor no se concibe sino entre semejantes, entre seres, digásmolo así, de la misma especie, y capaces de conocerse mutuamente. Dice Porfirio en sus "Principios de la Teoría de los Intelligibles", "que el semejante no es conocido sino por el semejante"; que "la condición de todo conocimiento es que el sujeto se forme semejante al objeto".

Conocimiento es condición previa del amor, por otra parte. No se ama lo que no se conoce en algún modo. Amar es tornarse cada vez más semejante.

Estoy persuadido de que la causa más honda de la actual catástrofe fué la convicción de no ser de la misma especie de los demás pueblos o razas, abrigada un momento, en mala hora, por el imperio alemán; la tendencia a prescindir del espíritu en la formación de los conglomerados. El amor es entonces imposible. El hombre

ZORRILLA DE SAN MARTIN

no ama al perro ni al caballo; su inclinación a esos animales o a otros es algo análogo al movimiento que puede inclinar el perro o el caballo hacia el hombre: simple goce de la naturaleza, movimiento fisiológico, como el amor al agua o al sol. Fué lord Byrón, si mal no recuerdo, quien dijo que, cuanto más conocía a los hombres más amaba a su perro; pero eso no era sino la expresión llamativa, insolente, iba a decir, de la extinción de todo amor en su alma; la más fuerte fórmula de su desdén o de su rencor orgullosos: la confesión de su propio pecado de sensualidad, pecado del amor; y de su soberbia, pecado contra el amor, sensualidad de espíritu. El amor a su perro no era otra cosa, en ese hombre ensimismado, que el amor a sí mismo en su perro. El del hombre pagano hacia su esclavo o su esclava, que no juzgaba de su especie, y a quien no creía libre de no amar a su amo, era también de ese género: amor de perro. Amor de perro es el que suelen cantar los poetas de la lujuria.

Claro está, que no es ese el que invoca Lloyd George como la solución única del problema internacional. El habla del amor entre unidades libres de una misma especie, términos únicos de caridad recíproca. Dios mismo, el Amor Increado, hizo al hombre *a su semejanza* con ese fin:

EL SERMON DE LA PAZ

para que existiera esa criatura inteligente y libre, semejante suya, capaz, como tal semejante, de ser sujeto y objeto de verdadero amor, no sólo reverencial, sino de pasión. Hagamos al hombre a nuestra semejanza, a nuestra imagen. Dios es el eterno amor a su imagen sustancial. La proyección entre los hombres de ese sublime vínculo es, efectivamente, tiene razón Lloyd George, la esencia de la moral, la sola fuente de la paz, que es cosa espiritual, y de origen divino, como toda alegría.

La consecuencia del amor de Dios a su criatura, su semejante, es la redención cristiana. Si se concibe, efectivamente, el amor de Dios al hombre como a un semejante, ese amor debe ser tal, que no pueda imaginarse uno mayor. Sufrir por quien se ama, morir por él, es el amor mayor que puede pensarse, y ese tuvo que ser el amor de Dios al hombre. ¿Y cómo concebir la muerte de Dios Creador si no es haciéndose Criatura? Así sólo se entrevé, imaginativamente, el misterio de la Redención, la esencia del cristianismo: Dios hecho Hombre, para morir por el hombre, su semejante; el infinito Amor en acción. “Invoca al Espíritu, hijo del hombre, dijo Jehová al Profeta, y volverán a la vida los huesos esparcidos en la llanura.”

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

II

El espíritu de Dios, creador y ordenador, es *Unidad*. El otro, el de contradicción, el del ángel que no amó, se llama *Legión*. La unidad precede a la variedad, según el principio aristotélico. La pluralidad originaria o mitología es el modo infantil de concebir el mundo. ¿Sabes tú lo que es el número, el número mil, pongo por caso? Es la repetición mil veces del número uno, de la unidad. Eso, con ser tan viejo, parece el último postulado de la *matemática*, que no *las matemáticas*, como antes se decía. Estas, que han dejado de ser una ciencia exacta, por lo visto, como han dejado los cuerpos de tener sólo tres dimensiones, nos hablan de fracciones o quebrados. Y no hay tal cosa. Después del entero, viene... otro entero, hasta... he ahí el problema; hasta dónde, hasta cuándo. El hombre puede separar, dividir; pero no puede aniquilar en absoluto; no puede crear la nada. La materia es lo que consta de partes, como sabemos; es esencialmente divisible, por lo tanto. ¿Pero hasta dónde y hasta cuándo es divisible? Decir que lo es hasta lo infinito es dejar en pie la pregunta, y sacarnos, no sé por dónde, del tiempo y del

EL SERMON DE LA PAZ

espacio: de la matemática. Yo, por mi parte, para dar con el número uno o extremo de la materia, buenamente, imaginativamente, quiero concebir algo *divisible y no separable*. La electricidad no es una fuerza sino una substancia, dicen ahora por ahí; ese *electrón*, su elemento primordial imponderable, el electrón negativo, es un ente, me dicen. Tiene que serlo, efectivamente, si *es lo que es*, es decir, una verdad. *V. itas est id quod est*. Pero...

He aquí que nos hallamos en las puertas de la metafísica, y no podemos franquearlas; nos quedamos de este lado... Pero, desde este lado, entrevemos "lo entre las cosas", el influjo de la Unidad Infinita, a la que todo converge: las cosas inferiores o cuerpos, por la simpatía; las almas, cosas superiores, por el amor. El amor es espíritu, vínculo entre espíritus. El del Grande Espíritu Creador con su criatura es Religión. Ya dijimos que, una vez concebido el amor recíproco entre Dios y el hombre, el sacrificio y aun la muerte de Dios por el hombre se entrevén racionalmente. Y la Religión del Dios Crucificado se nos aparece como la sola digna de Dios. La puerta del enorme misterio se dijera entreabierta. Se cierran los ojos instintivamente. Y, al través de párpados internos, una vaga claridad sale del alma, de *la séptima morada*.

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

III

¿Tú no crees en el alma, en el entero indivisible e invisible? ¿No crees en el principio, y hablas de un fin? ¿Y a dónde vas, quién eres tú, oh *ente que no eres*, abstracción sin principio ni término? Tú no puedes hablar de amor, bien se me alcanza. El amor, sociedad de las almas, función de un orden superior al fisiológico, presupone la existencia de dos unidades distintas, capaces de vivir la una en la otra, de fundirse sin confundirse, sufriendo o esperando en la esperanza o en el dolor ajenos. Y también gozando en la alegría de su semejante, el más puro e intenso de los goces, privativo del hombre, inaccesible al bruto: hacer felices a los que amamos. Resignarse a ser dichoso porque con ello hacemos felices a los que amamos puede ser una virtud de la tierra. Podemos aquí pensar que el cielo mismo es también la aceptación de nuestra eterna felicidad en obsequio de la de Dios; el deleite o la alegría de ver a Dios eternamente feliz en sí, con felicidad accidental, por obra también nuestra, del coro de sus criaturas inteligentes y libres. Eso se siente con tanta mayor intensidad cuanto más se es capaz del deleite de hacer felices. El egoísmo no lo comprende; la caridad lo adelanta.

EL SERMON DE LA PAZ

La persistencia de la unidad en relación al tiempo y a todo cambio constituye, por otra parte, la identidad o permanencia del Yo, sujeto y objeto del amor. La unidad absoluta, que es total simplicidad o indivisión del ente, es el manantial de toda vida. Y lo es, en el orden del Universo, la unidad relativa, conglomerado primordial, que especifica las cosas. De una gota de agua surgente de la altura, procede este Río de la Plata que tengo ante los ojos. La gota contiene el río; en ella están todas las funciones del tiempo, del espacio y de la materia o energía. Ella trajo la ley de las profundidades a las superficies; resbaló por las vertientes que la esperaban, y se unió a otras gotas, seres de su especie, sus semejantes, animadas de su vida y su destino. Esa masa de olas que van corriendo es una unidad. La gota no es sólo hidrógeno y oxígeno y demás compoentes químicos; es agua. Pero no sólo *gota de agua*, sino *gota de río*, agua en congénito movimiento, con una especie de alma, semejante a la del punto de una línea curva, idéntico al de una recta, idéntico como punto, pero distinto como punto de curva, animado de otra cosa parecida al alma. Eso, gotas de agua animadas, es el Río de la Plata que estoy mirando, lo mismo que el Manzanares o el Sena o el Misisipí o el Iguazú: unidades que persis-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ten o permanecen, sin depender la una de la otra; notas de la vida universal o armonía de las esferas. No es más insensato querer hacer volver el Niágara a sus fuentes que devolver a las suyas el Sena o el Manzanares.

Bien es, pues, recordemos, para hablar de amor entre pueblos o naciones, que aquella es más nación que más se acerca a la total simplicidad o indivisión del ente, al número uno primordial. Y, para no prescindir del todo de las más corrientes clasificaciones o clásicas nomenclaturas, digamos también que aquel es más *estado político soberano* que más se aproxima a ese concepto sociológico de nación o pueblo. Estamos, pues, muy lejos de esos *distingos* que corren en manuales y enciclopedias; hay cosas que nos interesan, más arriba de los negocios de estado, y de los políticos, económicos, diplomáticos y demás.

El alma de un pueblo, como la de un hombre, no puede ser considerada una resultante, sino una sola fuerza sustancial, en que los diversos modos de actividad colectiva no han de ser distribuídos entre sujetos diferentes. Esa alma de pueblo, por otra parte, como el alma de hombre, es forma de un cuerpo orgánico, no hecho por conglomeración, sino engendrado, conglutinado por el alma misma. La naturaleza pa-

EL SERMON DE LA PAZ

rece conservar o proteger las razas, no los híbridos; éstos vuelven a su tipo primitivo *au galop*. Sería, pues, según eso, el pueblo más perfecto, y más fuerte, y más sano, aquel que fuera de más puro origen y estructura; su vida sería más larga; más limpia su ejecutoria. Ese sería el verdadero *soberano*.

Las naciones se *cuentan*; no se *miden*. Medir es comparar una cosa con otra convencional, simple término de relación, y ver cuántas veces la una contiene a la otra; contar es agregar unidades homogéneas, simples, indivisibles. Aquéllo es pura relación; ésto es realidad. Que la realidad no es simple relación; precede a ésta, como el cuerpo a su sombra; es su causa, y no su efecto. Los pueblos son espíritus, ante todo; formas substanciales de los cuerpos colectivos que se nutren de un pedazo de planeta.

Por eso se ha dicho, y se ha dicho bien, que el único medio de salvar una nación que decae o se desnaturaliza, es volverla a sus orígenes, recordarle su unidad primordial, en que reside la facultad de amarse a sí mismo, y a sus semejantes como a sí propio. Es el objeto de la estatua del héroe: recordar el origen. El amor entre naciones es más difícil de concebir que el egoísmo, convengo en ello; es una gravitación hacia arriba, hacia la unidad originaria; pero esa gravitación existe

ZORRILLA DE SAN MARTIN

en la altura y nos atrae, sin que nos demos cuenta. En las alturas reinan vientos no anotados por los observatorios meteorológicos de las montañas.

“El *espíritu de universalidad*”, dice Emile Boutroux, que resulta de la naciente unidad de la sociedad humana, tendrá que conciliarse con la diversidad de *almas nacionales*, que, por consecuencia del progreso de las luces y de la conciencia, se ha convertido en una realidad más concreta y consistente que nunca.”

IV

Es a eso, pues, a lo que llamaremos *el alma internacional*: a ese espíritu de universalidad que atrae hacia un centro misterioso las almas nacionales, núcleo a su vez de rotación de las humanas.

Como las nacionales se forman de la acción recíproca o cooperativa de los hombres, el alma internacional, nexa potente, efluvio divino a que rendimos cierto culto, se forma de la misma acción entre los estados. Hablamos, pues, del alma internacional como hablamos del alma humana. No es aquélla una cosa distinta de ésta; es también alma humana. También es alma nacional; pero considerada en un modo de actividad que gira en torno del polo remoto en que vive el arcángel que ve a Dios de continuo, y regula, con

EL SERMON DE LA PAZ

cadencia y número, proporción y armonía, los destinos de los pueblos y constelaciones.

La psicología colectiva es hoy un capítulo de la ciencia que, con el nombre de psicología experimental, parece reclamar los fueros de una ciencia nueva en los humanos conocimientos. Esa ciencia de los fenómenos psíquicos que dependen de una comunidad, (psicología experimental colectiva) no confunde, ni debe confundir, el alma de las multitudes con la de los pueblos. Aquélla es la *estática*, el motor de un conjunto heterogéneo; ésta es la *dinámica*, el estudio de las sociedades humanas naturales al través del tiempo y del espacio, tenidas en cuenta las influencias étnicas, climatéricas, sociológicas, históricas, etc., que, como forman las razas humanas en el orden antropológico, forman, en el sociológico, los pueblos o naciones o estados más perfectos.

Ciencia rudimentaria, esa psicología colectiva experimental tiene aún mucho que aprender y que enseñarnos; pero hoy estamos ya habilitados para creer en ese dinamismo, y para contar con él, y ver de penetrar el misterio de su esencia, cuando meditamos en los problemas de la vida entre naciones: lo entre las cosas.

La psicología de esa alma internacional es más honda, si cabe, que la del alma humana. Hay en aquélla, como en ésta y como en las nacionales,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

regiones profundísimas, en que no penetra la sonda, que se queda en las funciones de la inteligencia, de la voluntad libre, y en la esfera de ciertas visiones imaginativas. Y en esas regiones misteriosas, más altas que la inteligencia humana, suena "el ruido de las grandes aguas que están sobre el firmamento". Y en ellas se forman las tempestades. Y de ellas descienden los silencios como lluvias.

Hay algo más que simples fenómenos eslabonados del entendimiento y de la voluntad del hombre en los acontecimientos que rompen o mantienen los ejes del mundo internacional. La reaparición del hombre incivilizado con sus barbaries ciegas o impulsos irracionales; los desprecios de la vida; las tristezas trascendentales; el dolor de vivir y las pasiones ignotas; el odio y el amor nuevos, distintos de los del hombre; las expiaciones que están en nosotros y no son de nuestra alma individual, todo eso, que alguien llamaría *atavismo*, o cosa por el estilo, todo es algo más que fenómeno histórico o consuetudinario; es asunto de psicología, efectivamente; historia de un alma que no es la del hombre, y que es humana, sin embargo.

Debemos, pues, analizar esa alma internacional en naciones *en reposo*; no en los momentos de

EL SERMON DE LA PAZ

tragedia exterior, visible, sino en los silenciosos, en los remotos orígenes. Las verdades parecen salir de la quietud que llena los peldaños rotos de nuestros raciocinios, y hace aparecer eso que hoy suele llamarse *intuición*, y que no es otra cosa, a mi parecer, que raciocinios incompletos o interrumpidos, que, en ciertos momentos, se integran, y producen las certezas entrevistadas; simple función, por lo tanto, de nuestra facultad perceptiva o intelectiva, que se ilumina de un relámpago y halla una palabra...

V

Es eso, quizá, lo que me hace abrigar la idea de que puede ser en nuestros pueblos americanos, jóvenes y turbulentos, confusos, como es confuso todo lo que naturalmente nace, según Carlyle, pero muy próximos a su origen, donde puede hallarse la recta aplicación de la ley de amor entre personas colectivas de la misma especie, la sola salvación del mundo, según el inglés. Y es eso lo que me mueve a decir estas cosas ingenuas. Creo que los americanos, por el solo hecho de serlo, con tal de sólo oírnos a nosotros mismos, tenemos algo que decir, digno de alguna atención, y aún de mucha.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

No hay en el mundo, efectivamente, que yo sepa, un conjunto de pueblos en que las atracciones y repulsiones congénitas, hayan determinado, como en este continente, la formación de unidades naturales semejantes. Si diría que forman una especie dentro del género internacional. Formados por hombres de todos los pueblos, no son, sin embargo, una reunión de causas; son una sustancia compuesta, sin las propiedades de sus componentes, con propiedades distintas, y hasta contrarias muchas veces. En ellas, el amor entre los hombres de distintos pueblos y razas, contiene el germen del amor entre las razas mismas, entre los mismos pueblos; está en ellos, por consiguiente, el primer coágulo cósmico de esa sociedad de las naciones en que tanto se piensa.

Y no es la América inglesa, por cierto, con ser tan América como la nuestra, no es ella la que mejor puede ofrecerse en esto como tipo y ejemplar, según decía; es la nuestra, la hispánica o ibérica, la que, sin haber realizado la unión legal o constitucional que halló la otra, ha ofrecido esa diversidad de almas nacionales de que habla Lloyd George, conciliada con la unidad de la sociedad humana, que llamamos *el alma internacional*.

Es frecuente oír hablar en Europa de la América española como de una sola entidad

EL SERMON DE LA PAZ

sociológica, y hasta política. Y es porque allí no se conciben fácilmente dos personas distintas si no son antagónicas, cuando no enemigas. Es la influencia de los viejos dioses. En Estados Unidos suele creerse algo de lo mismo, aunque por otra razón: porque no se ha estudiado aún nuestra historia, y se confunde la conglomeración sociológica con la política.

No hay tal cosa, sin embargo, ni cosa parecida. No es más distinta Francia de Italia o España que Méjico de Chile; Colombia o Centro América son de una estructura sociológica muy diferente de la del Uruguay o la Argentina o el Paraguay. Bien es verdad que flota entre todas esas personas colectivas un grande espíritu, un verbo en constante actividad vital que las vincula; pero esa alma interracial, que puede ofrecerse como tipo, lejos de atenuar los rasgos biológicos que diferencian y especifican los nacionales y les imprimen interesantísimo carácter, es precisamente el divino agente que, infundiendo el respeto a la vida ajena, crea la conciencia de la propia en su plenitud; habilita para el amor, principio único de vida. No comparto, pues, el dictamen de los que consideran un mal corgénito de la América española su división en varios estados soberanos. No es esa la causa de sus

ZORRILLA DE SAN MARTIN

flaquezas, y bien puede serlo de su futura fuerza y de su grandeza: la simplicidad de las unidades.

La congénita dispersión en varios estados, por ejemplo, de lo que fué el antiguo Virreinato Español del Río de la Plata, y la no menos fuerte conglomeración de lo que constituyó la antigua Gobernación de Guatemala, pueden darnos de eso una idea concreta. Ahí están, efectivamente, esos cinco estados independientes que ocupan el gran istmo, entre los dos océanos, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, El Salvador, Guatemala. Disgregados por causas accidentales, sienten, sin embargo, la existencia de una sola patria centroamericana que los llama. Esta puede *no existir*, pero es. Ningún costarricense, ningún hondureño creerá que ha perdido su patria por la constitución de la que comparta con el hijo de Nicaragua, o de El Salvador, o Guatemala. Son gotas del gran río; con la ley de las superficies salieron de las profundidades. Se ha estado trabajando y se trabaja por encauzar esa natural corriente; se llegó a constituir la República Centroamericana, con Guatemala, El Salvador y Honduras. No entraron en ella Nicaragua y Costa Rica; pero se escribió en la constitución de la nueva república este artículo: “La nación reconoce que, por razones étnicas, geográficas e históricas, también

EL SERMON DE LA PAZ

deben integrarla los estados de Nicaragua y Costa Rica. De consiguiente, la federación seguirá considerándolas como parte integrante de la familia centroamericana.” He ahí un caso nuevo en la historia de las constituciones: la incorporación, a la ley positiva, de una intención, deseo, anhelo o lo que sea, convertido en mandato sin más sanción que la moral, y cuyo cumplimiento se espera del tiempo, de las fuerzas naturales conglomerantes... del amor, en una palabra.

No ocurre otro tanto con los cuatro estados del Plata, Bolivia, Argentina, Paraguay y Uruguay, que aquí nacieron juntos con la común independencia. Tan hermanos como los del istmo austral; tan predispuestos como éstos a la constitución, más o menos remota o próxima, de la familia platense, precursora de la hispánica, esos estados han sido, y son, sin embargo, resistentes a toda cohesión que signifique desaparición o menoscabo de la propia persona, una, indivisible, perpetua. Un siglo de vida no ha hecho otra cosa que vigorizarlos, sin menoscabo del mutuo afecto. El amor es aquí disgregante en cierto modo. Las más duras pruebas, guerras intestinas, pobreza, soledad, desalientos de los propios a amenazas o desdenes de los extraños, han sido otros tantos elementos de concentración del carácter

ZORRILLA DE SAN MARTIN

en todos y cada uno de ellos; se han endurecido en el dolor y la prueba. Si alguno de ellos mereciera mención especial, como tipo de unidad, acaso pudiera ser, no el más grande y próspero, sino el menos favorecido hasta ahora de la fortuna materialmente. Quiero hablar de ese amable y recio Paraguay, que no tiene aduladores, pero es mirado con respetuosa predilección por sus semejantes en nuestra América.

Ese pueblo, aislado durante algunos años, pareció quedar extirpado, allá a mediados del siglo pasado, por una guerra encendida entre nosotros por el diablo, por un demonio exótico, y de la que no es el caso de hablar; sólo le quedaron mujeres, porque los hombres, aún los niños, murieron en las filas. En los úteros de esas fuertes hembras paraguayas quedó, sin embargo, todo el Paraguay, tanto o más incólume que nunca, más que nunca dispuesto a ser lo que es: a soportarlo todo con austera y resignada dignidad. Es un ente casi incorpóreo, con la menor cantidad de cuerpo posible para contener un alma inmortal; es, pues, lo más próximo a la unidad primordial, indivisible. Si hemos de estar al último cálculo demográfico, al del economista ruso Rodolfo Ritter, aceptado y aprobado por el director de estadística, Juan Vicente Ramírez, el Paraguay tenía 600.000 habitantes el año de 1921. Puede

EL SERMON DE LA PAZ

contener cien millones, con la densidad de Bélgica.

Si el economista ruso se hubiera visto en el caso de decirnos en cuál de esas dos naciones, su patria, su enorme Rusia, y el Paraguay, debemos reconocer una nación, una persona en cuerpo y alma, una unidad, un todo, creo que se hubiera visto perplejo, cuando menos, ante el espectáculo que hoy ofrecen las Rusias, chicas y grandes, que andan por el mundo en busca de sus almas. Los paraguayos son más paraguayos que los rusos rusos. Sería necesario matarlos a todos, uno por uno, para matar al Paraguay. Y cuidando de no dejar una mujer paraguaya encinta de un varón.

CAPITULO III

LUCES Y SOMBRAS

I

Gracias a ese espíritu recóndito, es en nuestra América, en la hispánica, donde quizá pudieran encontrarse los casos ejemplares de amor entre semejantes colectivos, que, imposible al parecer, es, sin embargo, la sola estrella que ve el inglés, con ser inglés, en la noche del presente. Bien será recordemos algunos de esos casos.

En esa guerra del Paraguay de que hemos hablado, por ejemplo, nuestro Uruguay republicano, aliado al entonces Imperio del Brasil y a su hermana la República Argentina, fué de los beligerantes; sus soldados fueron dignos, por cierto, de los paraguayos. Que no es el valor guerrero lo que falta en el corazón americano, ni lo que más distingue un pueblo de otro.

Yo no sé quién venció en aquella malhadada guerra, ni me importa saberlo; creo que, en resumidas cuentas, todos fuimos vencidos por el

ZORRILLA DE SAN MARTIN

diablo que la encendió. Pero el desangrado hermano paraguayo, caído sobre el escudo, hubo de reconocerse deudor a sus enemigos de una suma de dinero; de eso que suele llamarse indemnización de guerra... o no sé cómo.

Y bien. En nuestro Museo Nacional se custodiaron, durante algún tiempo, los llamados "trofeos de la Guerra del Paraguay": algunas banderas, tambores agujereados por las balas, unos cuantos fusiles... Eso estuvo allí durante varios años... no sé cuántos.

Pero llegó un momento en que un presidente del Uruguay, que por ese solo cuarto de hora de su vida merece ser salvado del olvido, (se llamaba Máximo Santos) movido no de un pensamiento pero de un espíritu, tuvo lo que suele llamarse una corazonada: tomó todo aquello, banderas, fusiles, tambores agujereados, y, de buenas a primeras, lo devolvió a su dueño, el Paraguay, diciéndole, además, que no sólo no debía nada de dinero a su hermano el Uruguay, sino que éste se sacaba un gran peso de encima, al darle lo que era suyo, del Paraguay. Y que sólo le pedía, en cambio, la devolución de su afecto sin reserva alguna.

Yo no sé si eso era correcto según la constitución escrita: no lo sé, ni quiero saberlo; sólo sé que el pueblo uruguayo, todo él, como obede-

EL SERMON DE LA PAZ

ciendo a una ley más fuerte que todas las escritas, hizo suya la corazonada de Santos, de quien, no sin causa, estaba divorciado. Y que el Paraguay salió, con lágrimas en los ojos, al encuentro de la embajada que le llevaba sus viejos tambores y sacras banderas, besó aquellas reliquias, y dió al Uruguay lo que éste le pedía en pago de aquello: todo su afecto.

Eso sí que puede llamarse un tratado de paz y de amistad. Lloyd George no lo conoce, a buen seguro; no está entre los clasificados en los textos.

Si no más expresivo, fué más original, si cabe, un movimiento afectivo análogo que sintió el Brasil, ya constituido en república, hacia su hermano y vecino el Uruguay, separados, al parecer, por históricas viejas malquerencias. Fué, también, una devolución; pero no ya de trofeos o símbolos, o dineros, sino de una porción de territorio. Un lago y un río limítrofes, la laguna Merim y el río Yaguarón, estaban, tiempo hacía, y a consecuencia también de tratados *de paz*, en poder del Brasil. Era aquello algo así como un agua cautiva o irredenta; agua estancada, nido de venenosos mosquitos y sabandijas. También existía una deuda.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

El Uruguay había reclamado justicia, sobre lo primero especialmente, pero en vano; todo se iba en dilaciones, en dimes y diretes, como es de práctica: embajadas, protocolos, avaluaciones, proyectos de compensaciones, dignidades nacionales. No habían faltado, por supuesto, descortesías, y hasta groserías, palabras que parecían “irreparables”, de parte del que se consideraba más fuerte, con sus naturales represalias, también irreparables, al parecer. Y los rencores entre uruguayos y brasileños, y los malos deseos, crecían en aquellas aguas, como los mosquitos en las estancadas y llenas de verdín.

Pero nada había de irreparable en todo eso. Que llegó un buen día en que apareció en tierra brasileña un hombre de entendimiento y corazón bastante claros y fuertes para sentir que aquello no era bueno; que, a despecho y pesar de todos los tratados, la mitad de la laguna aquella, y la mitad del río divisorio o fronterizo, eran del Uruguay. Y el día menos pensado, buenamente, sin que mediara circunstancia alguna ocasional, devolvió al Uruguay lo suyo, **sin** pedirle otra cosa que lo que éste había pedido al Paraguay: afecto, buenos deseos... amor, pues, si hemos de emplear la palabra inverosímil de Lloyd George. La forma en que aquello se hizo, ahuyentó toda idea de reserva mental, y desconcertó todos los

EL SERMON DE LA PAZ

recelos o suspicacias. Ya no una condición, pero ni una palabra que pudiera considerarse molesta, menoscabó la recíproca dignidad de aquel acto; la deuda se destinó a la construcción de obras fronterizas de utilidad común, y las aguas se dividieron buenamente.

El autor de aquella extravagancia internacional se llamaba Río Branco; era un *luso-americano*, un *hispanico* de buena cepa, (yo llamo Hispania a toda la península) estadista de ideas propias, no librescas, noble carácter, corazón bien puesto: un poeta, lo que se llama un poeta. El pueblo brasileño hizo también suyo aquel salto del corazón. Y en el del Uruguay nacieron deseos de felicidad común; la vida de un alma en otra.

Todo esto tiene por causa el convencimiento de que, en América, la guerra ha sido un mal o enfermedad que podríamos llamar *esporádica*, en contraposición de las *endémicas*, es decir, de las que son propias de la región, con sus causas permanentes: meteorológicas, telúricas, de habitación, de costumbres, etc.: esporádico, disperso, exótico, o como quiera llamársele.

Así lo expresó muy bien, y conviene recordarlo, la República Argentina, nuestra hermana predilecta, que había estado en guerra con el Paraguay, y que, excusado parece decirlo, siente y

ZORRILLA DE SAN MARTIN

piensa como sus hermanos, ni más ni menos. Esa misma guerra del Paraguay, y sus vestigios, le dieron también ocasión de expresarlo en términos de veracidad suma. El canciller argentino, en 1922, se dirigió al Congreso, proponiéndole la ley de condonación sin condiciones de la deuda paraguaya.

Y le dice:

“Con el profundo convencimiento de que ha desaparecido para siempre toda posibilidad de vicisitudes entre nuestra nación y cualquiera otra de América, creo que es imperioso borrar, cuando menos, la materialidad de todo recuerdo doloroso, a fin de vivir tan sólo identificados en los ideales de mutuo engrandecimiento y de solidaridad hacia nuestros comunes destinos.”

“Existe, continúa el Ministro, la deuda de guerra del Paraguay. Pues bien. Por los fundamentos que inspiran este mensaje, cuya sola enunciación basta para que sean debidamente consagrados, debe declararse extinguida esa deuda. El Poder Ejecutivo, *seguro de interpretar el sentimiento nacional*, somete a V. E. esta condigna solución histórica”.

Esos actos de amor internacional parecerán un cuento a los estadistas del viejo mundo. Conocida es la frase del llamado “Canciller de Hie-

EL SERMON DE LA PAZ

ro”, constructor de la *unidad* alemana, hija del Dios Pan: *pangermanismo*: “Un pueblo que deja de conquistar, decía ese Príncipe de Bismarck, y comienza a devolver, es un pueblo muerto”. ¡Muerto! He aquí que el Brasil ha devuelto, y no es un pueblo muerto, ni mucho menos; está vivo, en la plenitud de su vida; “*Con libertad ni ofende ni teme*”, como dice el mote del escudo de nuestro Artigas, el primer maestro de amor internacional. Esa gran palpitación de las entrañas brasileñas ha sido, precisamente, la revelación más clara de vitalidad que ha tenido esa nación en su historia. No se escribirá ya la del derecho internacional sin recordarla como el albor de un nuevo día, que ha salido del sol iberoamericano. Y bien vale esa gloria, que los otros pueblos envidiarán, ya no digo un pedazo de laguna, y un poco de agua de río, pero las aguas todas del océano, con sus olas y rompientes.

Son esos los signos de igualdad de especie entre los pueblos, la existencia de semejantes, condición *sine qua non*, de ese amor entre naciones que entrevé Lloyd George, el centinela, como la sola luz en la noche; es esa la base en que podría fundarse la existencia de un *Derecho Internacional Americano* de que tanto se ha hablado, si él existe realmente. Que si eso no fuera la locución “derecho americano” carecería de todo sentido

ZORRILLA DE SAN MARTIN

racional. No hay más que un derecho entre alma y alma, como no hay más que una línea recta entre punto y punto. Todas las demás son torcidas; jamás darán con el punto; se dispersarán en el vacío.

II

Es la falta de esa luz lo que hace tan lóbrega la noche europea en que se ve envuelto Lloyd George, y lo que induce a muchos a creer que el derecho internacional no existe. El estadista inglés no lo ve, por lo mismo que no vemos nuestras pestañas: por tenerlas demasiado cerca de los ojos. Imaginemos, por ejemplo, que un buen día, Inglaterra se sintiera bastante fuerte para devolver a España, buenamente, no por miedo, ese pedazo de piedra que le tiene clavado en el corazón, ese endiablado peñón de Gibraltar en que está de centinela, sabe Dios para qué. Para nada bueno puede ser. Una nueva Inglaterra, más fuerte que nunca, aparecería en el mundo, si tal acaeciera. Y éste creería, entonces, que la Gran Bretaña entró en la última guerra, efectivamente, en defensa de la neutralidad de Bélgica: por honor y por amor. Y los hispano-americanos, los españoles de acá, les quedaríamos tan reconocidos como los de allá; tan reconocidos o más.

EL SERMON DE LA PAZ

Pero no está eso tan próximo como fuera de desear, ni muchísimo menos. Los pueblos europeos, tan distantes de sus orígenes confusos, no sienten bien, al parecer, la propia unidad en torno al corazón, ni la de sus semejantes; no son, con ser tan viejos, perfectamente maduros; buscan siempre algo que les falta; se están conglomerando, integrando; parecen almas que buscan sus cuerpos; almas en pena, que se miran de reojo las unas a las otras.

Estamos viéndolas salir de entre los escombros que ha amontonado la guerra; pasan dolorosas o irritadas ante nuestros ojos, como las que cruzaban, por las sombras infernales, ante los de Dante y Virgilio. Podemos interrogar, como el poeta, a esas que han salido, por ejemplo, de la enorme Rusia, para que nos digan el secreto de su noche. Bien es verdad que *la barbarie rusa* era proverbial en Europa; rascad al ruso, solía decirse, y encontraréis al cosaco; rascad al cosaco y hallaréis al bárbaro. Pero eso tendría mucho que observar. Dígase lo que se quiera, la enorme Rusia era considerada por las naciones europeas como un semejante, como una noble persona. Tenía, efectivamente, su grandeza, su literatura, su música. Y su alianza política era buscada de todos con empeño. Cuando yo oí decir a Félix

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Faure, el presidente francés, en el banquete de Marsella, aquello de “las dos naciones amigas y aliadas”, sentí grande alegría; todos nos alegramos al saber que Francia no estaba sola en el concierto europeo. “Concierto” era llamado aquello. ¡La barbarie rusa! El puente monumental Alejandro III, que cruza el Sena, es nube que pasa, con ser de piedra; la república conmemorando y glorificando al Zar, es de lo más curioso que darse puede, no cabe duda.

No había allí, sin embargo, en la Rusia del Zar, tal persona capaz de amor; ni como sujeto, ni como objeto. Se examinan los pedazos de ella que la guerra ha hecho saltar a los cuatro vientos, y se ve en esos cascos otras tantas vidas, con sus respectivos corazones. Y la persona, si no es un monstruo, no puede tener más que uno; dos o tres corazones en una misma cavidad torácica rompen las costillas. Por eso esas entidades son incapaces de amor. Mal pueden amar a sus semejantes, si no pueden amarse a sí propias. Llevan en sí mismas la contradicción, la guerra. Nubes, como el puente; nubes de piedra. Finlandia, Letonia, Estonia, Lituania, Besarabia, Táuride, Cáucaso, Siberia, Ukrania... ¿qué sé yo?, todos esos cascos de Rusia, todos reclaman su derecho *a no ser Rusia*. Aun hay ruso, sin embargo, que juzga necesario volver al enor-

EL SERMON DE LA PAZ

me conglutinado, para que la Rusia exista. No ve que la primera condición, la sola esencial, para ser ruso, como para ser uruguayo o francés, es, aunque no lo diga la Constitución, *querer serlo*. Para mí, cuando menos, el que no quiere ser uruguayo no es uruguayo. Puede irse a su casa; debe irse; no nos hace falta.

Entretanto, ahí queda la Moscovia, con sus cuatro o cinco millones de kilómetros, me parece, y sus ciento veinte millones de pobladores, si no me engaño, que no se sabe lo que son ni lo que serán, y que forman el núcleo, al parecer, de la gran Rusia que, extenuada y en harapos, tiende la mano a los transeuntes de los grandes caminos del mundo.

Pero si no se sabe hoy dónde estaba Rusia, se sabe perfectamente dónde no lo estaba. No lo estaba, por cierto, en ese pedazo de Polonia, por ejemplo, que ha saltado el primero del gran conglutinado, y que no puede confundirse; ha salido, después de siglo y medio de sepultado en Rusia, como esos seres vivos que aparecen en el cuerpo de una piedra cuando se la parte; han vivido sin comer, ni beber, ni respirar. Un corazón, que no era piedra, latía en la piedra, sin embargo; una vida permanecía.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Todo el mundo sabe de aquella brutalidad que dividió a Polonia en trozos, uno para cada uno de los imperios, que, llevados de la voracidad, cayeron sobre lo que creían un cuerpo sin vida. ¡Como si las almas pudieran alimentarse de cuerpos muertos! Bien será observar que esa Polonia no fué descuartizada por los tres imperios, sólo por devorarle la carne; lo fué, con la complicidad de la Europa paralítica, para extirpar el espíritu democrático, más o menos embrionario, que animaba aquel organismo secular. Sus gobernantes eran elegidos por el pueblo; la misma corona era otorgada por la nación, como la de Justicia de Aragón, en España. Por eso, principalmente, fué sacrificada, no por los otros pueblos, pero por los dueños de éstos, Aegir, Thor el dios Pan: por los demonios polimorfos patronos de los césares que han encendido siempre las guerras: Belzebú, Belial, la Gran Bestia.

Es el mundo romano, la Francia democrática, sobre todo, quien ha libertado a Polonia. Cuando uno recuerda que en esa nación, de estirpe y lengua esclavas, se habla latín casi como lengua doméstica, se siente conducido a las más remotas causas. Y esa águila blanca sobre fondo carmesí que flota en la bandera de Polonia; y esos cantos polacos campesinos que no han dejado de resonar en los oídos del mundo,

EL SERMON DE LA PAZ

como la voz de un pueblo sepultado vivo, como la de Israel en Babilonia; y ese poeta Mickewiz, 'ese poeta, sobre todo, en cuya voz se siente el 'vuelo del águila blanca, y el viejo canto, y la lamentación inextinguible, y el anatema tempestuoso, todo es símbolo de eternidad: posesión perpetua y simultánea de vida interminable.

CAPITULO IV

SIGNO DE VIDA Y PAZ

I

Los otros pedazos de Rusia que, con Polonia, ha hecho saltar el cataclismo no son tan fáciles de reconocer; pero los hay, Ucrania, pongo por caso, que se nos ofrecen como verdaderas almas. Elijo como tipo a Ucrania, no porque yo conozca, más a fondo que a otras, a esa nación, pero precisamente por lo contrario: porque puedo mirarla con el candor del niño campesino, que no veía en las torres otra cosa que las golondrinas; como se mira el alma de los paisajes: cerrando algo los ojos. Así procedía ese Carlyle, grande historiador de que suelo yo hablar muy a menudo. Porque no vió peligro de que lo tomaran por mahometano, ese inglés eligió a Mahoma, como caso también, para estudiar el héroe profeta: lo mira cerrando los ojos, reduciéndolo a su significado genérico; *lo estiliza*.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Estilizaremos, pues, a Ukrania. Que nos perderíamos en tinieblas impenetrables, si, para reconocerla como *semejante*, como *persona biológica*, nos empeñáramos en penetrar y resolver los problemas geológicos, étnicos, fisiológicos, históricos, espirituales que nos ofrecen los escombros de Rusia. Aquello está lleno de larvas, verdaderas larvas, que construirán o no su capullo, que tendrán o no la fuerza de la mariposa para romperlo, y que contrastan con estos estados americanos de que hemos hablado, con el Paraguay, con Centro América, que parecen otro género de vivientes: fortísimas mariposas, fuertes como águilas. No se sabe a qué ley natural de vida recurrir, efectivamente, para juzgar de aquellos conglomerados o desprendimientos. Rutenos, polacos, rusos, ucranianos... ¿Dónde están allí los seres semejantes, es decir, capaces de amor recíproco con los colectivos de su especie?

Carlyle nos da, como piedra de toque, la religión, a la que llama *símbolo divino*. Yo no pongo en duda la eficacia del recurso; pero sería necesario que nos convenciéramos, en los casos concretos, de que la religión es, en un pueblo, una realidad espiritual, no una simple fórmula política o litúrgica. Que lo es en Polonia, no cabe dudarlo; la religión católica es allí la patria, co-

EL SERMON DE LA PAZ

mo lo es en Irlanda. Y por eso resucitan de entre los muertos. Pero no lo veo tan claro en Ucrania. Los ucranianos rusos, hermanos de los rutenos, que hablan su lengua y tienen sus costumbres y su común historia, y que formaron en el conglomerado austro-húngaro, estaban amarrados a Rusia por la religión cismática ortodoxa, con el Zar por Pontífice; allí como en otras partes, la religión era un simple *instrumentum regni*, cosa muerta, nada. Ahora vemos a Ucrania desprenderse de Rusia y revelarnos, según parece, lo recóndito de su espíritu. A mediados de octubre de 1921, mientras la Rusia bolsheviqui reniega de toda religión y quiere fundar la unidad en el vacío espiritual, se reúnen todos los representantes de la iglesia rusa de Ucrania, y acuerdan, por unanimidad, separarse de esa iglesia cismática, reconocer la autoridad del Pontífice Romano, hacer traducir los libros litúrgicos católicos al ucraniano por monjes católicos (basilios), reconocer, por fin, como metropolitano al Arzobispo católico de Lemberg, que se encargue de llevar su mensaje al Papa, y llame las diversas órdenes religiosas para la evangelización católica de Ucrania.

Y no es eso, sin embargo, debo declararlo, lo que me hace entrever la unidad de vida personal en ese casco de la vieja Rusia. No veo, entor-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

nando los ojos, si es eso, o no, el conglomerante de aquellas almas. La Iglesia puede ser cosa exterior; es difícil de percibir, a la distancia, hasta qué punto está agarrada al corazón del pueblo, y emerge de él como "símbolo divino". No es eso lo que he oído y me hace tomar a Ucrania como modelo de paisaje.

II

Como la voz de un pájaro nativo, he oído, en cambio, allí, la voz de un poeta ucraniano, Taras Scewerenko, realmente ucraniano, tanto como Mickiewiz polaco. Y es ese, para mí, el signo inconfundible, también divino, de la existencia allí de una vida.

Claro está que, al hablar de esa persona poderosa, el poeta, no hablo, ya no digo del versificador, pero ni siquiera del hábil cincelador de palabras musicales, y aun de ideas armoniosas, poesías, estrofas, prosas rítmicas, etc., que también es llamado poeta. Y lo es en cierto modo. Su primoroso artefacto satisface ese anhelo de contemplación desinteresada que tiene el hombre, como tal hombre, y que lo distingue del bruto; es obra, por consiguiente, de alta dignidad. Pero el poeta de que hablo no es eso; es otra cosa. No es un peldaño más en la escala ascendente que forman el artesano, el artífice, el artista,

EL SERMON DE LA PAZ

sino la obra de arte de un pueblo que en él se siente a sí mismo, se manifiesta, y tiene su expresión perdurable; en él ama, espera, recuerda, sufre, se arraiga en su pedazo de tierra, con su cielo correspondiente, y sus golondrinas o sus témpanos de hielo. Las palabras que se forman en su voz, no son un artefacto sino cosas naturales, como el viento; sus creaciones suelen ser, como todo lo recién nacido, balbucientes y hasta deformes, pero esas palabras, una vez dichas, lo son para siempre; los que quieren imitarlas dicen tonterías, como pintan o modelan tonterías los que imitan a los primitivos.

Ese Taras Scewerenko, el ucraniano de que hablo, es uno de aquéllos, me parece. Aunque sólo lo he visto a través de referencias y estudios críticos, veo en él lo suficiente para encontrarme con un alma nacional distinta a las demás; veo a Ucrania reflejada en sus ojos, como "el divino silencio verde de la llanura" que veía el poeta en los grandes ojos del buey.

Taras Scewerenko es el verbo musical del movimiento separatista de Ucrania, que data de principios del siglo pasado, y que busca su espíritu en las leyendas populares, y en los recuerdos que viven en la imaginación de los cosacos.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

El famoso Gogol fué quien llamó la atención y despertó el interés de sus compatriotas sobre su tierra, sus leyendas, su vida espiritual; un grande historiador, Miguel Hrushewiski, profesor de la universidad austriaca de Lemberg, ha escrito una historia monumental, en que sostiene la tesis de la nacionalidad ucraniana, con fecunda elocuencia; pero es el poeta, es ese Scewerenko de que hablo, quien, historiador por excelencia, ha condensado realmente el alma de aquel pueblo, y creado la República de Ukania.

Aquel pobre hijo de unos campesinos servios, nacido en 1814, que, tras una infancia triste en que guarda ganados y sigue la vida de la estepa, se instruye y vuelve a su villorio, para inspirarse en su tierra y darle su voz musical, es todo un fundador; más, por supuesto, que los hombres de guerra. Su vocación fué su desgracia. Acusado de escribir en lengua ucraniana versos peligrosos a la seguridad del estado, es enrolado, y desterrado por fin. Comienza su martirio; sus cartas en el destierro y la soledad son un grito de angustia. Repatriado, lo vemos de nuevo echar a volar desde su corazón las estrofas vivas, y de nuevo expulsado, con la expresa prohibición de leer y escribir.

Consigue gracia; vuelve a Petrograd y a Kiew; pero allí produce nuevas poesías, y hasta

EL SERMON DE LA PAZ

compone una serie de manuales de lengua ucraniana para sus jóvenes compatriotas. La lengua, el verbo, es su fe. Rigurosamente vigilado, y agotado con los destierros y sufrimientos morales, muere el 26 de febrero de 1867. Comienza, pues, a vivir la vida del poeta. Sus obras consisten en una colección de poesías tituladas "*Kow-sar*", y en una especie de epopeya "*Haidamaki*", en que se glorifica la lucha de los cosacos contra sus opresores. "Una sencillez conmovedora, dice el crítico que me sirve de guía, el amor a la tierra ucraniana que ellas inspiran, son los valores principales de esas poesías. En "*Haidamaki*" palpita el dolor de un pueblo, ya libre y vagabundo al través de las estepas, ya obligado a volverse sedentario y esclavo."

El alma de esos cantos lo es de aquel pueblo, que se conglomeraba en torno de su poeta, y que ya no puede morir, porque el *verbo* de Ucrania es en él inmortal.

III

Reconocer en eso, en las palpitaciones de un corazón, las unidades vivas de nuestra especie, y, una vez conocidas, respetarlas, es el solo medio de llegar al amor recíproco en que ve Lloyd George, no sin mucha causa, la sola luz amiga en

ZORRILLA DE SAN MARTIN

la noche tenebrosa. Que sólo así nos es dado aproximarnos, si no llegar, a aquello *divisible* y *no separable*, de que hemos hablado: a la unidad espiritual, sujeto único y único objeto de pasión. Los pueblos, a su vez, todos y cada uno de ellos, al verse a sí mismos en sus rapsodas, se sentirán el alma, es decir, tendrán conciencia de la propia integridad personal. Y esa dignidad, alejando de ellos la envidia, el más ruin de los vicios, el contrapuesto a la virtud de caridad o amor, les dará la fuerza de la quietud. Y sólo así la tendrán: cuando se sientan del tamaño de la propia alma concentrada en sus rapsodas. El genio es la región de los iguales. Inglaterra es del tamaño de Shakespeare, y Portugal lo es de Camoens. Imaginemos a Italia sin Dante, y a España sin Cervantes; y, advirtiendo cuánto se achican, nos daremos cuenta de por qué son grandes. Grecia, a no ser las palabras que habló, no existiría. Y Roma, aún después de ser dueña del mundo por la fuerza, lo fué de sí misma sólo cuando creyó sentirse, en Virgilio, libre de Grecia, su prisionera; cuando se sintió del tamaño de Homero: una persona resonante en su verbo latino.

Entonces cerró el templo de Jano. Estuvo en paz, en quietud. *Ni Ofendo Ni Temo...*

EL SERMON DE LA PAZ

Estas páginas no son estatutos, ni proyectos de leyes positivas, ni siquiera promesas, sino simples buenas lecturas o ejercicios espirituales.

En el culto de los pueblos a la *Palabra*, al propio *Verbo*, que es unidad, está la paz. Ese dios *Pan*, que hoy tanto se invoca, es la guerra. Polimorfo, extravagante, negación de la unidad espiritual, ese dios *Pan* es el enemigo del Verbo, del alma: *pangermanismo*, *panislamismo*, *paneslavismo*... aún *panamericanismo*.

Bien es recordar que esa raíz griega "pan" encierra el concepto de "todo". Pero ese dios *Pan*, el del velludo cuerpo y patas de cabra, que comenzó por ser, en Arcadia, como sabemos, la divinidad de los pastores y los rebaños, el dios del viento ligero y armonioso, o el de los caramillos y dobles flautas sonoras, acabó por revelarse lo que era: el genio siniestro, incontinente, que hoy anda por el mundo. Comenzando por ser el dios de la vida universal sin regulador, el universo marino, el gran *Todo*, el anhelo de lo inaccesible, acabó por transformarse en el genio de los *pánicos*, de los pavores; el que persigue a los perdidos en la soledad, a quienes infunde los miedos o terrores homicidas. En los últimos tiempos del paganismo, veo a ese dios *Pan* en la categoría de los demonios, genios no inmortales, intermedios entre el hombre y la divinidad.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Es ese, si no me equivoco, el que ha llegado a nosotros: el gran patrono del *pan-theísmo*, todo dios o todos dioses, es decir, negación de Dios, silbido de serpiente. Que así habló la primera: *Seréis como dioses*.

Ese demonio de la pluralidad originaria, negación de la unidad substancial, ángel que no amó, ni siquiera a sí mismo, es el que sugiere los armamentos contra enemigos no existentes, hijos engendrados por el pánico en la soberbia, *mater tenebrarum*, madre de las tinieblas.

Las que nos envuelven no son otra cosa: pánicos de los seres colectivos sin unidad, inquietos por eso, y recelosos. Tan hijas de ese dios Pánico son las conglomeraciones irracionales, como la irracional división; ambas suelen ser la misma sugestión: la inquietud incontinente.

Cuando Rusia quería destruir el conglutinado austro-húngaro en beneficio de Servia, y cuando Bismarck quería su conservación como necesaria a Alemania, y cuando el pensamiento de socorrer a Austria, casi muribunda, nace sólo del propósito de impedir que ella busque la vida en su unión con Alemania, todos prescinden de la sola fuerza que preside las atracciones y repulsiones del universo, la sola positiva, constructiva.

Pasan por eso los políticos por millares anónimos; permanece algún morrión o casco guerre-

EL SERMON DE LA PAZ

ro, de vez en cuando, como la cúpula de un templo desafectado. Pero queda, en cambio, colgada en las tortuosas ramas, la cabeza sonora del poeta, como la alcachofa del cardo, llena de semillas aladas, como un nudo de la rama misma en que la vida se concentró.

Y resplandece, en su palabra, el espíritu que vive en el fondo de una estrella fija.

Son esas las que asoman al borde de sus nubes después de la tempestad; vibraciones de la unidad primordial, o canto de las esferas que se mueven con cadencia y número.

Y el espíritu de Amor, Señor y Vivificante, va caminando sobre las aguas del caos.

Y, distribuido en lenguas de fuego, se posa en las cabezas vibrantes y armoniosas.

Et lux in tenebris lucet.

TERCERA PARTE

PERORACIÓN

CAPÍTULO I

AMERICANOS EN ESPAÑA

I

Aunque no destinadas propiamente a los hombres de ciencia, conviene al buen resultado de estas amenas lecturas darles el prestigio que generalmente se atribuye a las llamadas científicas. El número de los que juzgan incompatibles la verdad y la belleza es grande, no cabe duda; y, si no se demuestra, cuando menos, que lo que uno siente intensamente, bajo su aspecto bello inclusive, no es por eso irreflexivo, se corre el riesgo de ser tenido en menos. No lo son, por cierto, no son improvisados los pensamientos que animan y sostienen las imágenes de este libro de imágenes pensativas. Yo dije lo que aquí, o cosa parecida, hace algunos años, y es el caso de recordarlo ahora, por sí o por nó. Cabe ese recuerdo en la índole de estas páginas, con tanto de pintorescas, porque lo era el amable cuadro de que mis ideas sobre derecho formaron parte, y que no es otro que el

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que ofrecía, allá por el año 1892, la reunión que, en torno de la nación que llaman madre, y no sin causa, tenían las repúblicas todas de la América española. Se conmemoraba el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Fué aquel un espectáculo que llamaré ejemplar para dar idea de la existencia del alma internacional de que aquí hablamos; no creo que lo haya habido de mayor interés; es verdaderamente inolvidable. Todos los representantes de los estados del continente nuevo, todos, sin una sola excepción, unidos por el verbo común, estaban allí. Se fué en peregrinación al Monasterio de la Rábida, al puerto de Palos, a todos los sitios memorables. Las fiestas fueron muy lucidas: reproducción notabilísima de las tres carabelas de Colón, revistas militares y navales, exposiciones, procesiones históricas, congresos y conferencias; todo muy lucido, sin duda alguna. El aire estaba poblado de los colores españoles abrazados a los hispanoamericanos, y las banderas estaban alegres como pájaros salidos ayer del nido. Allí teníamos también al embajador de Italia, que reclama el alto predicado de patria del Almirante. Y también al de Portugal, la otra nación descubridora, como era razón. Los reyes, el infortunado Carlos de Braganza, y Amelia de Orleáns, fueron a Madrid; la hermosa reina vestía los colores españoles. No

EL SERMON DE LA PAZ

podía faltar, por supuesto, y no faltó, el suntuoso hijo de Portugal, nuestro buen amigo el Brasil. Era aquella una fiesta ibérica, fiesta de *las Españas*. Me gusta mucho esa locución, “las Españas”, para expresar nuestro concepto. *The English Speaking World*, dicen los ingleses. *Mundo de lengua española*, debemos decir nosotros, de lengua hispánica, mejor dicho, para incluir el portugués: *las Españas*. No era el dios *Pan*, sino el Verbo, el que nos unía.

Una nota de especial interés para nosotros fué, sin embargo, la concurrencia, a todos aquellos actos, de los Estados Unidos de América, los de lengua inglesa, que, con visible empeño, querían compartir nuestra fiesta de familia, como hijos que se dicen siempre de Colón. Ese es otro problema, que reclama capítulo aparte, libro aparte, mejor dicho, y lo tendrá, si Dios es servido.

España correspondió, como se sabe, a esas expresiones de afecto de los Estados Unidos, en una forma no menos expresiva: con el obsequio de las tres carabelas, admirablemente reconstituídas, y que, con ese objeto, cruzaron de nuevo el Atlántico, no más profundo que esas lecciones de la infrahistoria.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

El francés era hablado allí por todos, naturalmente, como lengua complementaria de la propia, de la inglesa, de la portuguesa, de la española. Nada de germánico, por supuesto, ni de eslavo.

Era de ver, no hay duda, y me es muy grato recordarlo, el espectáculo que ofrecía aquella amable y gloriosa España, en cuyos dominios hubo un tiempo en que el sol no se ponía; era de verla conforme, *contenta*, por fin, de compartir ese sol con las que habían sido sus colonias, y eran entonces sus hijas emancipadas, pero de lengua castellana: *las Españas*. Sólo una espina, bien lo recuerdo, nos punzaba alguna que otra vez las profundidades, y obstaba a las expansiones plenas: la isla de Cuba, colonia entonces todavía. Nosotros sentíamos, todos, los españoles inclusive, que Cuba era una hermana no nacida, pero que iba a nacer: una unidad. No se podía, eso es lo cierto, pronunciar aquel amable nombre, sin embargo. Si aparecía alguna vez, españoles y americanos nos mirábamos las caras... y guardábamos silencio.

II

Contentas estaban también, por cierto, las hijas emancipadas, y dispuestas a darlo todo a la venerable madre antigua, una vez aceptada por

EL SERMON DE LA PAZ

ella la gloria de ser definitivamente grande, es decir, madre de varones..

No creo, a decir verdad, que el universo pueda ofrecer un espectáculo semejante a aquel de 1892, cuyo complemento fué la presencia, en 1910, de una infanta española en América, para celebrar con nosotros el centenario de nuestra emancipación o independencia. También estábamos entonces, en Buenos Aires, todas las repúblicas americanas, contentas de la compañía de la vieja madre, que reía en la buena risa de la infanta Isabel de Borbón, amable y franca y digna persona. Don Alfonso, el rey, vendrá también a visitarnos, según se dice. No lo sé a ciencia cierta. Pero a fe que, si tal ocurre, será recibido como él lo merece: como el representante de la nación amiga por excelencia de América, y como el gentilhomme que todo el mundo conoce y quiere bien.

Pudiera creerse que eso de que no pueda ofrecerse espectáculo semejante al de 1892 en España, es, cuando menos, algo enfático; pero no, no lo es tanto como parece. El afecto que congrega a estas antiguas colonias españolas con el pueblo que las evangelizó y les dió su lengua, no tiene semejante, que yo conozca; el que vincula, por ejemplo, a los de la lengua inglesa con su vieja metrópoli, puede existir, no lo pongo en duda; pero no es lo mismo. El inglés no quiere al anglo-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

americano sin muchas reservas mentales; ni el angloamericano al inglés. Y la causa es clara: el imperialismo inglés persiste; vive su último período histórico; el español ha terminado, felizmente, el imperialismo material. El moral, en cambio, el anhelo de dominar el mundo por la lengua, por el verbo, que es dominio de amor, ese nos es común con España. Vemos en nuestra lengua, menos que otros pueblos, me parece, un buen agente de comercio. Cervantes es nuestro héroe; y quien dice Cervantes dice Don Quijote, el caballero de la justicia, y de la caridad, y de la humildad. También Santa Teresa, con su lengua española doméstica, homérica, nos llama y reúne como una hermana mayor. Es la demasiada riqueza la que acaso impide la conglomeración del mundo de lengua inglesa; nosotros, los de lengua española, no somos tan ricos. Eso es lo que nos ha hecho más ricos de buenos afectos; es la debilidad lo que nos hace más fuertes.

Lo cierto es que, si bien estábamos allí, en España, en la Rábida, muchas personas colectivas distintas, todos nos sentíamos en casa. Cánovas del Castillo, al darnos la bienvenida, dijo una de sus buenas frases, cuando dijo aquello de que "los americanos seríamos en España tan extranjeros cuanto quisiéramos serlo; pero no más"

EL SERMON DE LA PAZ

III

Y a propósito. No creo que se haya sentido tan a sus anchas, en tierra germánica, cierto hombre público sudamericano, que, después de la guerra, fué objeto de afectuosos agasajos en Berlín; afectuosos, y hasta apasionados. El caso puede hacer las veces de una parábola o apólogo. Es el protagonista, como digo, un ciudadano de una república hispanoamericana, que, habiendo sostenido en el parlamento de su país la causa de Alemania durante la guerra, fué después de ésta a Berlín, en 1921, y dió allí, en la universidad, una conferencia contra el Tratado de Versailles y demás, que despertó, naturalmente, mucho entusiasmo en el auditorio. Se le ofreció un suntuoso banquete, cuyos detalles, llenos de color, nos vienen muy a cuento. Junto al obsequiado, estaban el mariscal Mackensen, vestido de uniforme de Húsar de la Muerte, negro y plata; el hijo de Guillermo, Príncipe Eitel Friederich; y los almirantes Tirpitz, Schröeder y Reuter; y los generales Ludendorff, von Dick y von Der Goltz; y el ex ayudante de campo del Kaiser, conde Dolma, y el conde Waldersee, y una docena de los más sonados oficiales del imperio, llegados de distintas partes de Alemania. Hindenburg se disculpó por estar enfermo. Todos los militares llevaban insignias y con-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

decoraciones, cascos y uniformes de gran gala. Y estaban también los jefes del partido monárquico-nacionalista, Westarp y Helfferich...

Yo me imagino la situación de aquel republicano de América, y no vacilo en afirmar que era menos cómoda que la nuestra en Madrid. Debo suponer, cuando menos, que si no hablaba bien el alemán, poco habrá servido a aquel hésped su lengua española, y mucho menos la francesa, nuestra lengua auxiliar, que, al lado de la alemana, parece nuestra propia lengua; puro castellano o o portugués o italiano. Eso no obstó, sin embargo, a que allí se oyera, en alemán, por supuesto, un buen consejo a los hispanoamericanos, en boca de von Tirpitz, el almirante, que habló después de haberlo hecho Ludendorff, el mariscal, con gran vehemencia. Von Tirpitz encareció a los compatriotas del obsequiado, y a todos nosotros, los sudamericanos, *"la alianza moral y material con España"*.

Convengamos en que la alianza que allí nos aconsejaban, no era la misma que nos vinculaba en Madrid y la Rábida; era tan distinta como el día de la noche. La de la Rábida, la de Madrid, la del Puerto de Palos, era una entrañable verdad; la idea de un enemigo, que flotaba en el banquete de Berlín, no pasaba allí por cabeza alguna, ni era necesario para que nos sintiéramos uni-

EL SERMON DE LA PAZ

dos en una afirmación, en una fe. Todos estábamos desarmados: los pechos sin coraza, las cabezas sin casco, las caras sin visera. Queríamos, y podíamos decirnos la verdad sin reservas mentales. El mismo representante de Estados Unidos, confesémoslo, tenía la cara menos cubierta por el casco que von Tirpitz.

IV

Era, pues, aquella, ocasión propicia de decir las verdades, y fué al representante del Uruguay, a mí precisamente, a quien cupo en suerte la feliz de ser uno de los intérpretes, en forma varia, y según las circunstancias, del pensamiento y de los afectos comunes. Éstos, los afectos, cobraron forma en un *Mensaje de América*, que yo entregué a España, en las puertas del Monasterio de la Rábida, y que ha sido muy ratificado. Pero fué en el Congreso Jurídico Ibero-Americano, celebrado en Madrid, donde hube de dar forma a nuestro pensamiento, al pensamiento español, el de *las Españas*, de que hemos hablado, y que no es otro que el que en este sermón de paz o evangélica homilía cobra su forma de imágenes.

En aquel Congreso Jurídico de Madrid emitía yo mis opiniones o doctrinas en nombre de la ciencia jurídica, de la española especialmente.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Pero hablemos con franqueza: no hay tal ciencia jurídica, propiamente hablando, en ciertos casos. Lo que se hace, en este y en los análogos, es verter, en el dialecto científico exigido por las circunstancias, las convicciones, los sentimientos, mejor dicho, de un hombre o de un estado, o familia de estados. Las naciones no pueden poner en tela de juicio la propia vida; no la razonan generalmente, ni la discuten; la viven y la defienden por divino instinto. Nadie con más suntuosidad que la Alemania moderna ha vestido de ropa científica su fe nacional en los dioses norsos, y en el otro, el dios *Pan*. Primero ha estado el instinto germánico; la ciencia ha venido después, esa es la verdad.

Es de advertir que aun en ésta, en la ciencia, interviene no poco el sentimiento; aun en las sobriedades de estilo del informe científico, cualquiera puede echar de ver la suntuosidad; suntuosas son las largas bibliografías, los tecnicismos herméticos, las hipótesis sibilinas, en que descansa el prestigio de ciertos sabios. Los llamados sabios por antonomasia, que son los cultores de una parte de las humanas ciencias, son a menudo, hoy sobre todo, personas ensimismadas. Hay químicos que creen que si no son primeros concertistas de violín, otros tantos Paganinis, es porque no han probado hacer

EL SERMON DE LA PAZ

sonar el violín; que si no son grandes poetas, es porque no se han puesto a rimar. Si leemos, por ejemplo, a Ramón y Cajal, parece que, para el ilustre histólogo, no existe más ciencia que la del laboratorio químico-biológico; la literatura y la historia son, en su concepto, “artes de recreo y atracción, para las que sobran eruditos y comentaradores.” España no ha tenido ciencia, según ellos, porque no la ha tenido experimental; sus teólogos y místicos, los experimentales del alma, aunque no tengan rival en el mundo de la metafísica, no dan a su patria maldita la gloria. Es más descubrir un microbio, que un héroe, por lo visto; es más alto y fecundo y científico introducir un suero antirrábico en el organismo humano, que inocular un principio de vida y de esperanza y de alegría en el corazón social. La aparición de Pasteur ha hecho desaparecer a Dante, y a Shakespeare, y a Cervantes, y a Pascal, de los cielos estrellados. No seré yo quien comparta esa pobre opinión. Quiero disentir de ella expresamente.

La resignación con que los cultores de las letras y de la historia suelen hoy aceptar ese puesto subalterno que, en la esfera del pensamiento humano, les asignan los otros, es ejemplar; pero debe tener su límite. Lo tiene en la dignidad del alma. Es difícil precisar, si bien se

ZORRILLA DE SAN MARTIN

mira, el sentido de ese concepto de "ciencia", aun el de "ciencia experimental". Que no sólo la materia orgánica es objeto de experiencia, observémoslo bien; también lo es esa otra "substancia" que informa ciertos organismos, y los separa del mundo inorgánico; la que distingue una planta de una piedra, y la mirada de una mujer del abrirse de una flor azul. No por llegar a la poesía, se interrumpe el camino de la ciencia, sin embargo; antes se adelanta en él. Los que allí se detienen, se quedan atrás. La misma ciencia de la muerte es experimental. Bien es verdad que no se muere más que una vez; pero es la ciencia de los santos; un paulatino descubrimiento de la vida. Hallar *una palabra*, es a veces un inmortal descubrimiento.

Pese a todo eso, yo hube de invocar en España la ciencia para expresar mi fe, porque estaba en un congreso científico. Y quiero recordar algo de lo que allí se me ocurrió, no para aspirar al título de inventor o de precursor, que tiene tantos aspirantes, sino porque hoy, treinta años después, advierto que no tengo nada mejor que decir, ni más nuevo; que no he aprendido nada desde entonces, con haber sabido, como sé, la lección de la guerra inaudita.

CAPÍTULO II

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

I

Decía yo, pues, en ese Congreso Jurídico de Madrid, y está escrito en mi libro de 1905, nueve años anterior a la guerra: “Más que a discutir o a investigar convicciones científicas, vamos a proclamar en ese Congreso, las que, si son aspiraciones, más o menos concretas, de la humanidad civilizada, deben considerarse axiomas en la gran familia ibero-americana: la paz, la justicia, el mutuo apoyo en el orden del derecho internacional público; la mayor armonía en el del internacional privado; la mayor extensión posible, dentro de las soberanías individuales, del imperio de las leyes del uno en el territorio del otro”...

No perderemos el tiempo, me parece, ni disonará con el carácter de este libro, que quiere ser ameno, la lectura de lo que entonces decía el representante de la joven república de Artigas, yo, contestando al ilustre Cánovas del Castillo,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que pronunció un gran discurso, y a los esclarecidos portugueses Pinto Coelho y Conde de Valençás, que lo habían precedido en el hablar. Si alguien quisiera ver un poco de vanidad en estas transcripciones, puede hacerlo: no me ofenderé por eso. Pero no dejan de ser pertinentes al propósito que persigo en estas páginas morales.

Yo decía literalmente:

El Presidente de esta Academia espera, y no sin causa, el concurso de los hombres de ciencia y de experiencia, para resolver, en las sesiones del Congreso que en este acto se inaugura, esos trascendentales problemas sometidos a su dictamen. El señor Cánovas del Castillo, que es uno de los grandes pensadores de Europa, ha comenzado ya, en el intenso discurso que acabamos de oír, a traernos ese concurso por su parte, cuando nos ha dicho la verdad sobre el universal anhelo de evitar la guerra entre los pueblos; él nos ha recordado los peligros inevitables, las tristes y oscuras leyes, superiores a la voluntad del hombre, que perturban el equilibrio internacional, y provocan las tempestades; pero también ha expresado una consoladora confianza en la marcha progresiva y cristiana de la ciencia del derecho, que, si no puede hacer desaparecer por completo el mal, triste herencia de la humanidad caída,

EL SERMON DE LA PAZ

podrá al menos atenuarlo mucho, en los futuros destinos de los hombres y las naciones.

Yo adhiero a las doctrinas, y también a los anhelos y esperanzas del señor Cánovas del Castillo; ellos arraigan en las entrañas de la naturaleza o de la persona humana, y en la naturaleza, por consiguiente, de las agrupaciones de hombres que constituyen las personas colectivas, *personas de derecho internacional*, que llamamos estados independientes y soberanos, y cuya coexistencia sobre la tierra constituye, *ipso facto* e *ipso jure*, la sociedad internacional, como se constituye, *ipso jure* e *ipso facto*, la sociedad civil, que nace de pleno derecho con la coexistencia permanente de las personas físicas en un espacio determinado de la tierra. La paz, la armonía, el respeto mutuo, el mutuo auxilio, la caridad, son el orden, la ley, el bien; el antagonismo, la rivalidad, la guerra, el odio, son el mal, porque son la perturbación del orden, la violación de la eterna Voluntad Creadora, que, en el amor necesario a la perfección infinita de su propio ser, que es todo amor, traza la norma del bien absoluto, y de la absoluta felicidad.

Como lo veis, yo creo en lo absoluto, en lo eternamente preexistente; afirmo la existencia de la causas de las causas: creo en Dios. Juzgo que, así como los radios de un círculo eran iguales,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

aún antes de haber sido trazado el primer círculo; así como el camino más corto entre un punto y otro era la línea recta, aún antes de haber existido la primera línea y de haberse emprendido un camino a la luz del primer sol, así existía la ley del hombre, antes de existir un hombre; así la ley de la sociedad civil necesaria, antes de coexistir los hombres formando sociedad; *la ley de la sociedad internacional, antes de coexistir los estados soberanos formando el concierto de los pueblos civilizados.*

Desentrañar esta última ley del estudio del gran organismo internacional, y de sus funciones al través del tiempo; promulgarla, sancionarla sobre todo, darle forma, y trasladarla de la esfera moral a la jurídica, esa es la empresa en que está empeñada, de siglos atrás, la humanidad, que trepa lentamente la montaña interminable, como aquel Sísifo que llevaba sobre la cabeza la enorme piedra sostenida con las manos. Esa es la obra continuada por estos congresos internacionales, con los ojos fijos en el ideal cristiano entrevisto en la cumbre lejana, pero inclinando de vez en cuando la cabeza, para mirar la tierra que pisan, o volviéndola hacia atrás, de vez en cuando, para ver el camino recorrido.

Empujemos hacia arriba la pesada piedra, con las cabezas y con las manos; pensemos y analice-

EL SERMON DE LA PAZ

mos: es el método deductivo; deduzcamos los principios de la permanencia o repetición de los hechos: es el inductivo. Sin los principios, los hechos carecen de moralidad; sin los hechos, los principios no serán prácticos. La experiencia sólo puede suministrar *lo que es*; pero no *lo que puede y debe ser*; y, si bien la historia nada tiene que ver con la moral, es indudable que la moral tiene su historia, y ésta su influencia y sus lecciones. Todos sabemos que el derecho internacional es también un derecho consuetudinario; no ignoramos, y es un viejo axioma, que la experiencia es la madre de la ciencia, y que la razón, por poderosa que sea, muy a menudo yerra, sin el contraste de la observación experimental: verdad vulgarísima, de la que me parece se ha abusado demasiado en nuestros días, considerándola un descubrimiento. No lo es.

II

El señor Cánovas del Castillo acaba de decir que el derecho de gentes es la parte más atrasada del derecho general.

Y se comprende. Las personas que son sujeto y término de esta rama del derecho, y cuyas relaciones morales y jurídicas deben regirse por él, son personas que viven al través de los siglos,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

como los hombres al través de las horas; no tienen, por otra parte, como los hombres, una vida de ultratumba; su destino se realiza en la tierra; sus días, como los genesíacos, son épocas históricas; su marcha es muy lenta, pues, con relación a la vida del hombre, que, en la tierra, es un instante de aurora; su infancia es muy larga, su madurez tardía.

Vosotros lo sabéis: la antigüedad fué una larga noche; la edad media, un crepúsculo en que el sol del cristianismo rompía lentamente las brumas de la barbarie; apenas son una alborada las edades moderna y contemporánea para el derecho internacional.

Los astros comenzaron a aparecer en España, como lo ha afirmado el señor Cánovas: Suárez, Victoria, Soto, Ayala. Y los astros no envejecen; las doctrinas de los teólogos españoles, discípulos del genio de Aquino, continuador, a su vez, de Aristóteles, el maestro griego, parecen resucitar en nuestros días, y resucitarán siempre, porque son la verdad. Nada son el tiempo y la distancia en la eterna armonía: el tiempo es un misterio; el sol es una estrella de la vía láctea, de la infinita nebulosa. La humanidad es un niño de cuatro mil años. La sociedad internacional, que ni siquiera ha entrado en su período constituyente, es acaso una enorme tribu de gi-

EL SERMON DE LA PAZ

gantes, sin más autoridad que la del más fuerte, ya que la autoridad, que debiera residir potencialmente en el conjunto de personas colectivas, en el conjunto de estados soberanos, es aún una especie de *res nullius*, cosa sin dueño, que sólo pertenece al primer ocupante, al que la ejerce de hecho.

Y eso acontece porque aún no se ha hallado la forma de determinar esa autoridad, encarnación de la Voluntad Suprema, por medio de la voluntad de las naciones; esa autoridad que, si no es elemento esencial de la noción filosófica de sociedad, es, sin embargo, no cabe duda, un medio necesario para que la sociedad civil, y también la internacional, tengan funciones ordenadas, y realicen sus destinos: el bien común de todos los pueblos, en primer término, y la felicidad de los individuos, de las familias, personas físicas o personas colectivas, de cuyo conjunto están formadas respectivamente, como término final.

La sociedad internacional no ha entrado aún, he dicho, ni siquiera en su período constituyente, y mucho menos en su período legislativo; ese derecho que la rige o debe regirla, está, sí, muy atrasado, como lo afirma Cánovas del Castillo con la autoridad de su palabra elocuente. Pero *lo que debe ser es*, en el orden moral; ese derecho existe, porque debe existir: está en las en-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

trañas de la naturaleza humana, y en la de las agrupaciones naturales de hombres que forman los estados. Leamos en esas entrañas, como los antiguos augures leían sus vaticinios en las entrañas de los *holocaustos*.

III

Yo veo en ellas un derecho internacional que, como el derecho civil, presenta dos aspectos: el del *derecho individual* y el del *derecho social*. El primero considera a los estados en sí mismos, con las facultades y atributos inherentes a su personalidad inviolable, con destino propio, fin de sí mismos; nunca simples medios para que otros realicen sus destinos; los mira, pues, como *sólo coexistentes*. El segundo, el derecho social internacional, los considera como *asociados*, miembros de esa sociedad natural y necesaria formada *ipso jure*, antes he dicho, por la coexistencia sobre la tierra de personas colectivas de la misma especie, semejantes, del mismo origen, del mismo destino.

Pero el derecho social no puede estar en pugna con el individual en la sociedad de las naciones, como no lo está en la de los hombres y familias; son rayos del mismo foco luminoso, funciones del mismo organismo, notas del mismo

EL SERMON DE LA PAZ

acorde. Así, pues, como la sociedad civil, y el derecho social que la rige, lejos de menoscabar la inviolable personalidad del hombre, y los derechos de la familia, tienen por objeto esencial su conservación, su desarrollo en su ambiente propio y su felicidad, así la sociedad internacional, y el derecho social que de ella emana, y que es su ley, lejos de menoscabar la soberanía de los estados que la forman, tiene por objeto final el conservarla, vigorizarla, desarrollarla. No existe el hombre para el estado; existe el estado para el hombre, para la familia. No existen los estados para la sociedad internacional; pero debe existir ésta para los estados soberanos. Es el medio en que nacen, crecen, viven, se reproducen.

Concebimos, pues, en la sociedad internacional, el ejercicio de los derechos individuales por cada una de las personas colectivas en que esos derechos radican, y se concibe, también, en armonía con él, el ejercicio de los derechos sociales, o, más bien dicho, de los derechos de la sociedad internacional, por la entidad que pueda invocar *legítimamente* la personería de esa sociedad, y defenderla de los injustos agresores de la felicidad común, que sólo puede ser el resultado de la individual.

Llego, por consiguiente, a concebir, y hasta a vislumbrar en el porvenir, la existencia, no sólo

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de un *derecho constitucional* de la gran confederación humana; no sólo la de un *derecho civil y administrativo*, sino también la de un *derecho penal internacional*, entendiéndose por tal, no el apoyo mutuo que se prestan los estados soberanos para castigar el delito de los individuos, o personas físicas, como lo entienden hoy los autores al tratar de la extradición de criminales, sino el castigo impuesto, no por la fuerza sino por la razón, a los *estados mismos*, con el objeto de restablecer el orden moral internacional perturbado, con todas las benéficas consecuencias, en el orden sociológico y económico, del reinado de la justicia sobre los pueblos.

Pero es el caso de saber quién es esa entidad jurídica que ha de dirimir los conflictos del derecho individual de cada estado, o asumir la personería de la sociedad internacional, para ejercitar y hacer prevalecer los derechos sociales que se identifican con el orden o la intrínseca armonía; es el de averiguar cuál es la racional *forma de gobierno de la sociedad internacional*; quién es el superior entre los iguales, la encarnación del conjunto entre los miembros soberanos que lo forman; cómo se determina; cómo se designa, por fin, y constituye la autoridad, *sin incurrir en un monstruoso cesarismo internacional*.

EL SERMON DE LA PAZ

He ahí el problema, cuya solución encierra acaso el porvenir; pero que no conoce el presente. La sociedad internacional seguirá, en su desarrollo al través de los tiempos, las mismas o parecidas etapas por que ha atravesado la sociedad civil o política, con la sola diferencia que antes hemos advertido: su marcha será más lenta, sus años se contarán por épocas. Que también las sociedades políticas tuvieron su período de larga formación; también en ellas la autoridad perteneció, durante mucho tiempo, al más fuerte, al primer ocupante... Y aún hoy, ¿en qué período vivimos?

Se dice que es la fuerza la que predomina en las relaciones entre los estados, y se reniega por eso de la justicia internacional, o se abandona la labor que conduce a su conquista.

¿Pero acaso en las diversas sociedades políticas ha dejado en absoluto de ser la fuerza el árbitro entre los hombres, como suele serlo entre los estados? ¿Acaso es hoy un hecho el reinado de la justicia, y de su hijo primogénito el derecho, en nuestras sociedades políticas? ¿Acaso las leyes internas de los estados son siempre ordenaciones de la razón enderezada sólo al bien común, y promulgadas por la legítima autoridad? No por eso se niega, sin embargo, la existencia de la sociedad política o estado.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

La autoridad que legisla, que juzga, que ejecuta la ley, no es siempre, en la sociedad civil, bien lo sabemos por desgracia, la encarnación de la eterna justicia que fluye del eterno amor. Y la injusticia es la hija y es la madre del odio. Y el odio engendra la guerra, la guerra civil en lo interno, la nacional en lo externo.

IV

¡Ah, la guerra! He ahí el enigma que aparece, la negación de todo amor, la hija predilecta del arcángel que no amó. La guerra es una esfinge que mira con ojos inmóviles, de hermosura siniestra. Su beso es mortal, y su hija predilecta suele llamarse Gloria. ¿Y no ha dado nacimiento a las naciones?

Es otras veces un genio vengador o expiatorio; es otras, un flagelo meteórico, de fulgurante cauda roja, que purifica el ambiente sideral.

Pero sea de ello lo que fuere, ahí está, sentada en los horizontes internacionales, con los ojos siniestramente hermosos, impasibles y gélidos, clavados en nosotros, que pretendemos interrogarla. La miramos, y parece muda; no nos contesta si la interrogamos. Y si llegara a contestarnos, sus palabras serían más hondas e impenetrables que el silencio; más oscuras que el

EL SERMON DE LA PAZ

dorso de nuestros párpados cerrados; más frías que la piel del hombre muerto ayer.

La guerra es la tiranía; pero... ¡cuántas veces, en el hecho, la tiranía o la dictadura es la autoridad, aun en la sociedad civil!

Notemos la marcha que ha seguido la humanidad en cuanto al criterio internacional sancionado por la guerra.

Esta fué, durante largo tiempo, *la sanción de los derechos individuales* en la sociedad internacional; fué el acto por el cual los estados *se defendían o se hacían justicia por sí mismos*; los pueblos tenían empeño en encerrarse en los derechos individuales; aun las doctrinas sobre equilibrios europeos o intervenciones, se fundaban sólo en los derechos de cada estado *a su propia seguridad*, en el *derecho individual internacional*. Hoy ya se invoca abiertamente el *derecho social*, el bien común de los estados, el interés de la humanidad, para justificar el empleo de la fuerza. Ya es algo más que la intervención de un estado en el régimen interno de otro estado, que provocó en las escuelas los anatemas de la mitad de este siglo; es la constitución de hecho de la autoridad en la sociedad internacional; la aplicación a ésta de los principios que rigen la organización de las sociedades políticas. La evolución es radical, pero se define con toda precisión, y parece in-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

contrastable. Es preciso que la ciencia se adelante a ella, y la encauce en los límites del derecho.

Obsérvese bien, y medítese, la acción de un estado que hace una guerra **defensiva** contra otro que, erigido en autoridad, la trae ofensiva, invocando el orden internacional, y nótese la analogía de esa acción con la de un pueblo que se alza en revolución, para resistir al gobierno de hecho, no legítimo, fruto de tiranía, que rige la sociedad, y dice defender el orden público. Este se proclama autoridad en la sociedad civil, con el mismo título con que se atribuye ese carácter, en la sociedad internacional, el estado agresor que, en posesión de la fuerza, toma también posesión de la autoridad, que, como *res nullius*, viene a pertenecer, de hecho, al primer ocupante.

En ambos casos existe, pues, la autoridad; en ambos será la fuerza, será la guerra, la que, en definitiva, establecerá cuál es, de hecho, la autoridad legítima; en ambos, la sanción expresa del pueblo o de las naciones, que constituiría la verdadera legitimidad, queda substituída por el silencio, por la resignación de la humanidad o del pueblo, y afianzada, en el tiempo, por la prescripción o por el hecho consumado.

EL SERMON DE LA PAZ

Si negamos, pues, la existencia de la autoridad en la sociedad internacional, porque es sólo la fuerza la que en ésta la ejerce, tendremos que negar también su existencia en la sociedad civil, porque también en ella concurre muy a menudo esa circunstancia. La historia de las sociedades políticas no es otra cosa que la de sus grandes revoluciones, la historia de sus constantes tentativas por hallar lo que también busca la sociedad internacional: la forma de constituir la autoridad legítima, o de hacer práctico el principio absoluto de justicia que debe reglar las relaciones entre los hombres o entre los pueblos.

Caen los estados débiles, víctimas de los fuertes, en la sociedad internacional, como caen, víctima de la injusticia de los magistrados o de los otros hombres, las personas débiles, físicas o colectivas, en la sociedad civil.

¿No se constituyen muchas veces por la fuerza o por el fraude las autoridades, en el seno del estado?

¿Pues en qué se diferencia esa sentencia política, dictada y sancionada en definitiva por la fuerza interna que prevalece, de la sentencia internacional contenida en uno de esos llamados sarcásticamente *tratados*, ¡y tratados de paz! impuestos por el vencedor al estado vencido?

ZORRILLA DE SAN MARTIN

La consecuencia de todo esto es, a mi entender, la siguiente: en la sociedad internacional, lo mismo que en la sociedad política, el simple funcionar del organismo social, que obedece a una ley divina, tiende a la constitución de una autoridad, como tienden los átomos, por su propia rotación, a agruparse en torno de un núcleo. O esa autoridad se constituye de derecho, o se constituye de hecho; pero se constituye forzosamente. Sin ella, la guerra es inevitable.

La solución del vital problema que nos hemos planteado no debe buscarse, pues, en el rechazo de la autoridad internacional, sino en hacer a ésta legítima; en dar con el misterio de su forma constitutiva, desentrañándola de los principios y de los hechos. Es el secreto del porvenir, como antes lo he afirmado; es la labor del presente.

Sustituir la autoridad de derecho, la autoridad determinada por la voluntad inteligente del hombre, a la simple autoridad de hecho emanada de una fuerza o dinamismo ajeno a la razón y a la libertad individuales humanas, ha sido la larga y lenta labor de las sociedades políticas; ella ha dado por resultado, hasta hoy, la proclamación del recto principio de la soberanía popular, cuya forma de ejercicio perfecto busca en vano la ciencia del derecho constitucional, que día a día se perfecciona con la educación cívica de los pueblos.

EL SERMON DE LA PAZ

Pues bien; esa misma labor, más larga y más lenta, pero no más sangrienta, porque no lo son más las guerras nacionales que las civiles, esa misma labor es la que sigue, al través de los tiempos, la sociedad internacional; ese mismo ideal de soberanía razonable es el que persigue, sin lograr alcanzarlo, la ciencia del derecho de gentes; y eso es el ideal que hoy congrega a todos los miembros de la gran familia ibero-americana, en el congreso jurídico que en este acto se inaugura, para solemnizar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

.. .. .

Son esas ideas, persistentes en mi espíritu, las que han engendrado imágenes en este libro. Ese proceso de transformación de las ideas persistentes en imágenes sólidas es de grande interés. Todo hombre tiene en sí mismo un poeta que muere niño generalmente; él se suele llevar las más claras de nuestras verdades.

Suyas son las de derecho internacional de este sermón de paz.

Y todas lo son; hasta las golondrinas que vuelan de las torres; hasta las que salen del paisaje que tengo ante mis ojos, y al que volveremos a respirar aire de paz y caridad.

CUARTA PARTE

EPÍLOGO

CAPÍTULO I

CONTENTO... CONTINENCIA

I

Este italiano Guillermo Ferrero, gran escritor, por cierto, que leo en estos momentos a la sombra de mis ombúes, dice lo que yo ahora pienso y quiero decir, precisamente, como epílogo de este mi sermón de paz. Y no hay por qué me esfuerce en expresarlo en forma distinta de la suya, pues no lo diría mejor, ni tan bien. Hay casos en que la misma discrepancia de opiniones en ciertos detalles, suele hacer más penetrante la expresión de la común verdad. Y este es uno de ellos; este es el caso.

Ferrero se da a pensar sobre el fenómeno de la Alemania moderna, que, con sólo haber dejado *correr la bola*, según él dice, se hubiera hecho dueño del mundo, y que, por no dejarla correr, sólo por querer apresurar su hegemonía inminente, inevitable, lo pierde todo, y cierra, quizá para siempre, la era germánica en el mundo, ape-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

nas comenzada. La románica, la nuestra, continúa; abre un nuevo ciclo secular. ¡Sea en buena hora!

“¿Os ha ocurrido alguna vez, dice el ilustre italiano, echaros a nadar mar adentro, sin tener delante un punto al cual dirigiros, una barca, una boya, un escollo?”

“En tales circunstancias, corta uno el agua vigorosamente con los brazos; pero le parece que no adelanta nunca un palmo; la línea del horizonte no se acerca. Para darse cuenta del camino andado, hay que volver de tiempo en tiempo la vista atrás, hacia la costa de donde se ha partido”.

“¡Cuánto más agradable es, en cambio, nadar hacia un punto fijo! A cada brazada que se da, lo reanima a uno el ver cómo se acorta la distancia; sabe adaptar su esfuerzo al fin que persigue, y, al llegar a la meta, puede descansar y volverse contento, como el que ha realizado cumplidamente su designio”.

“Este parangón demuestra la diferencia esencial en el modo de entender la vida y de vivir, en Europa y en América, *antes y después de la revolución francesa*. Las civilizaciones que precedieron a ese acontecimiento, hasta la antiquísima civilización egipcia, o la greco-latina, o la cristiana de la Edad Media, trataban de poner delante

EL SERMON DE LA PAZ

de los hombres el mayor número posible de metas, trataban de sembrar el mar de la vida de boyas, más o menos próximas o lejanas. A veces la tempestad arrancaba esas boyas, y entonces las generaciones se perdían en las revueltas olas... Pero en cuanto éstas se calmaban, los buzos volvían a bajar al seno de las aguas, para anclar nuevas boyas. Y eran muchos los que hacían este oficio de buzos, por turno, o todos a un tiempo: la Religión, la Patria, la filosofía, el arte, la literatura, la tradición, la familia.”

“La civilización del siglo XIX suprimió todos esos puntos fijos, diciendo que eran otras tantas trabas para la libertad del hombre, y puso frente a éste lo infinito”.

“En efecto. ¿Qué es la doctrina moderna del progreso, *interpretado como el aumento indefinido de la riqueza y del poder*, sino una marcha hacia lo infinito, en la que no hay una meta definitiva, ni más límite que el alcance de las fuerzas propias?”

“No hay riqueza ni poder tan grandes que no permitan imaginar una riqueza y un poder mayores; si el ideal y deber consisten en crear riquezas y poderes cada vez más grandes, nunca se llegará al término de esa escala. Se puede comprender así porque los hombres modernos están siempre *descontentos*... Cuanto más tienen, más

ZORRILLA DE SAN MARTIN

desean. Se puede comprender también por qué los alemanes, que, en los últimos treinta años, habían tenido gloria, poder, prestigio y riqueza, en mayor medida que los demás pueblos, eran precisamente los más *descontentos* de todos, a tal punto que, para conseguir un poco más, se arruinaron a sí mismos, y con ellos a la Europa entera.”

“La civilización moderna es una civilización insaciable, que, como la loba de Dante, después de comer tiene más hambre. La inmensa catástrofe actual es la consecuencia de ese descontento. Y su iniciativa tenía que partir del pueblo que, en los últimos treinta años, se había mostrado siempre el más exigente de todos, justamente porque era el más favorecido de la suerte.”

.. .. .

II

Descontento... incontento... incontinencia... inquietud... tristeza... guerra...

El diablo es el ángel triste... eternamente triste; inextinguible envidia. El se entretiene en trazar las rayas negras entre las cosas.

La felicidad es contento o continencia, alegría, quietud, reposo, caridad.

EL SERMON DE LA PAZ

Paz, turbulento espíritu, dice Hamlet a la sombra subterránea. La sombra es la venganza, hambre del mal.

Ferrero, como se ve, si bien imputa a Alemania el ser la causa del desastre, considera sus ambiciones como causa sólo inmediata, actual. No podemos buscar otras, si bien se mira, en resumidas cuentas, para fundar las sentencias de la historia. A medida que las causas son más remotas, aparece mayor el número de culpables; llegaríamos al pecado original, de que todos participamos, y al primer homicidio.

Pero aún dentro de las causas inmediatas, la del actual desastre no ha sido, para Ferrero, la ambición alemana, sino la *civilización moderna*, la revolución francesa, mejor dicho. Eso pudiera ser aceptado, en mi concepto, si esa tendencia a la riqueza, al poder, a la dominación, que el historiador italiano atribuye a Alemania, fuera característica de la edad que comienza con la revolución contemporánea, y si ésta no hubiera tenido por causas otras incontinencias de los grandes; pero nadie sabe mejor que él, él, que nos ha hecho meditar sobre la *Grandeza y Decadencia de Roma*, que no es ese el hecho. El hambre dantesca ha asediado siempre a las naciones muy grandes, lo mismo a las modernas que a las antiguas. Fué el cardenal Richelieu quien más con-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tribuyó, para abatir al Austria y conquistar la hegemonía francesa, a levantar el pequeño reino protestante de Prusia, que tantos dolores de cabeza nos ha dado. Lo que acaso pudiera afirmarse es que esa enfermedad ha atacado siempre, hoy como ayer, a esas personas: a los conglomerados, formados por el dios Pan, que son materia, más que a las unidades, que son espíritu, verbo, y regulan la historia. Fué la pequeña Grecia, por eso, por ser un espíritu, una dignidad, y por no aspirar a otra cosa que a conservarla, la que, en los tiempos antiguos, antes de que Alejandro la hiciera conquistadora, detuvo y quebrantó la barbarie asiática, la de los Jerjes y demás deformes entes dañinos, y levantó sus monumentos: Aristóteles, Esquilo, el Parthenón.

Y ha sido Bélgica, en la época moderna, la que se ha ofrecido como el tipo de majestad de una nación soberana: patria-alma, unidad moral antes que económica.

Entre tus necesidades ¡oh hombre! está la de una patria a quien amar y servir. Disminuir tus necesidades es llenar tu bolsa. Cuanto más límites materialmente y más concretes y hagas sensible el objeto de ese amor, tanto mejor podrás satisfacerlo. Y será más puro y generoso. Pon tu boya accesible, ¡oh nadador que nadas en el tiempo hacia la eternidad!

EL SERMON DE LA PAZ

Es bien recordemos aquí, ante todo y sobre todo, que la ambición colectiva, vicio del alma nacional, es, en resumidas cuentas, la resultante y acción recíproca de las soberbias individuales. El nadador hombre ha de tener una meta en la vida, y ella no es otra que la muerte, la última boya; tener ésta a la vista, y hallar en ella el objeto o término del esfuerzo, es la fuente suprema de energías. Si la muerte es lo infinito en sentido de "Nada" o infinito negativo, el hombre nadador está perdido; si lo es en el de "Todo" o infinito esencial, sustancial, afirmativo, el nadador es más grande y más fuerte que el mar; éste se achica a medida que aquel punto se agranda.

También son nadadores las naciones, y han de tener una meta, una boya, es decir, una cosa *fuera de sí mismas* a que dirigir su esfuerzo. Si la tienen dentro de sí mismas, como lo supone Hegel, por ejemplo, el dios-estado, ese nadador sin punto de llegada se hundirá en su propia extensión oscura, en su descontento o incontinencia. Si, por el contrario, tienen como meta o boya la felicidad del hombre, como es razón, entonces el estado, la Patria terrena, que no es inmortal, que vive en el tiempo, participa de la inmortalidad del hombre; es grande y noble como un hombre. No puede serlo más. La dig-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

nidad de la Patria no es otra cosa que la virtud de sus hijos; la felicidad de éstos, uno por uno, es su felicidad, su objeto.

Así sólo se concibe que el hombre muera por la vida de la Patria: porque la Patria vive en él y por él. Así el hombre, al amar a su Patria, ama su propia dignidad, medida por su inmortal destino. No es por eso egoísta; obedece a la ley universal. Y la seguridad y la dignidad de las naciones, la paz, está también en eso: en la igualdad de especie y de destino; en tener como objeto de sus funciones la felicidad del hombre en concreto; no el aumento de poder y de riqueza del conjunto, como entidad abstracta, que deja de ser benéfica, al dejar de ser humana, sin ser divina; al ser el núcleo de rotación de esos *egoísmos colectivos* que de todo tienen menos de sentimiento patrio. Este ha de ser, para ser virtud, amor al hombre que nos acompaña, por amor de Dios. Si no; si el amor a la Patria no es amor al compatriota, ¿qué es? Si no amas a tu hermano a quien ves, dice San Pablo, ¿cómo puedes amar a Dios, a quien no ves?

III

Con ese objeto he escrito yo estas páginas, que, como las golondrinas de las torres, han sali-

EL SERMON DE LA PAZ

do de mi casa dada de cal y con su tejado rojo espáñol; con ese fin he hecho conocer mi tierra de colinas melodiosas, y ofrecido en ella la más grande de las patrias, porque es la sola del tamaño de mi corazón.

Es mi boya, anclada en el horizonte, entre el cielo y la tierra. Nado hacia ella, hacia la gloria y felicidad de este pedazo del planeta que Dios me ha dado para servir, es decir, para servirlo a El y a mis semejantes en la tierra. No tengo ni deseo otra cosa; siento que hay en ella bastante para satisfacer mi necesidad de llegar a un punto fijo en que descanse: el que ha de sobrevivirme en la tierra que será la de mis nietos. No es necesario, para ello, ni es parte integrante del patriotismo, el creer que todo es grande y bueno en la tierra que Dios nos dió con tal objeto. Se puede ser buen patriota, sin tener las flaquezas de la Patria, como ser buen hijo, sin las enfermedades de la madre. ¡Oh, el amor a la madre enferma! ¡Ser sano para ella!

No dejo de advertir, cuando esto digo, que acaso pudiera ser notado de *místico* en este mi d'scurso o sermón; lo suelen ser, muy a menudo, las meditaciones de esta índole. No es cosa que me contraríe, a la verdad; antes me sirve y da ocasión de entrar en mis moradas interiores.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Pero no estará demás fijar el recto sentido de ese vocablo: misticismo. Para el hombre puramente material, si tal hombre existe, que no lo creo, todo aquel que rinde culto ostensible a Dios es un místico; lo es el que cuenta con su Providencia y la invoca. Pero desde ese primer acto de religión natural hasta el amor, no sólo reverencial sino pasional, a la Belleza Personal de Dios, que es lo que se llama propiamente misticismo; desde el simple buen cristiano hasta Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, los grados intermedios no tienen cuento.

En alguno de ellos pudieran caber, efectivamente, estas lecturas, y tener, por lo tanto, algo de místicas, es decir, de inspiradas en un ideal de belleza y perfección, cual no puede concebirse más alto; en una pasión que aniquile todas las facultades o potencias, y que concentre en un solo objeto, de fuerza atractiva irresistible, todas las humanas energías. Eso puede llamarse también idealismo, poesía, belleza esencial, vida espiritual... ¡qué sé yo! No sé si tiene un nombre.

Pudiera también llamarse fe, es decir, ciencia en el más puro, y neto, y práctico de sus sentidos. La ciencia busca la verdad; pero sólo la fe *la posee*. Es la ciencia experimental de Dios.

EL SERMON DE LA PAZ

Querer creer es condición necesaria de creer; así lo enseña San Agustín. Pero no basta querer, y mucho menos razonar, para *poseer* la verdad, o, mejor dicho, ser poseído por ella. No es esto tampoco “esforzarse en creer que se cree”, como dice Carlyle, sino creer sin esfuerzo, sin más preparación que la humildad racional del hombre ante Dios: el pedido aquel del ciego de Jericó: Señor, haz que vea. La libre voluntad de entregar a Dios la voluntad, es la libertad y la dignidad absolutas. “Creo, dijo el otro ciego a Jesús; ayuda Tú mi incredulidad.”

“La fe hace bien en no razonar, dice Ramón y Cajal; es sentimiento, y no lógica; es amor que crea, y no análisis que destruye. Muchos lo han dicho: la crítica excluye la creencia, porque creer es casi lo contrario de pensar.”

Algo de eso dice Santa Teresa, más sabia, en la materia, que Ramón y Cajal; pero con una gran diferencia: la fe no es, para ella, sentimiento propiamente, ni lo contrario de pensar; es el “pensar profundo” que dice el poeta, el pensar profundísimo, insondable, presencia de Dios en lo interior, en lo superior, en lo inexplorado del alma. La vida sobrenatural alienta en ese remoto silencio: silencio de los sentidos corporales, en la voluntad o apetito racional que sigue a los actos de la inteligencia, en el pensamiento, sobre todo.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Se abandona la casa o *la morada* al huésped que aparece a deshora, que habla sin palabras, o con palabras hechas para nuestros oídos interiores...

La ciencia comienza en un punto de interrogación, y termina en un punto de interrogación, ha dicho uno. "Produce verdadero terror, dice otro maestro de biología química, produce verdadero terror la cantidad de sensaciones, de procesos conmemorativos y tróficos que intervienen en la formación de la conciencia; la complejidad de elementos *imponderables* o *innumerables* que constituyen el yo."

¡Terror! Es la garra del abismo, efectivamente. Santa Teresa sentía ese pánico, y por eso la llamaron alucinada: porque veía con los ojos interiores, y oía las hablas inverosímiles. Y nadie duda de que hizo obra buena. Pero el terror es en ella adoración, arrebató, evidencia de amor, porque ella ve, en el fondo del abismo, no a la esfinge sino a Cristo, con sus grandes ojos invisibles puestos en ella; no un punto sarcástico de interrogación, sino una adorable certeza, visión intelectual, cuya realidad objetiva verifica o comprueba en sí misma, en su paz y alegría interiores, en su conducta, en su bien obrar, sobre todo. La biología no engendra santos, a decir verdad. Los santos, en cambio, son los solos sabios de la vida, los solos experimentales, lo que

EL SERMON DE LA PAZ

se llama experimental. Ellos no nos demuestran, pero nos muestran, en sí mismos, cómo conviven las dos substancias inseparables que forman el Yo; nos ofrecen *el solo reactivo* para analizar esa doble substancia, el compuesto humano, y, sobre todo, las substancias espirituales que, unidas a él, influyen en sus operaciones. Es ese reactivo, ese *precipitado*, llamémosle así, la *conducta*, el único que disipa, en aquella vela navegante en el arcano llevada por el amor, las dudas angustiosas que la asaltan sobre la naturaleza del espíritu que anda en el suyo, cuando, sintiéndose arrebatada, no sabe a ciencia cierta si es Dios o el demonio quien la lleva, ni adónde. Porque ella no cree en aquello de que “el diablo es un asno”, que dice el adagio inglés; ella sabe que de todo tiene menos de asno ese sagaz espíritu y sutilísimo; que no son las cualidades del asno las que lo distinguen. Jamás las tiene todas consigo, la santa insigne; pero sabe que el diablo es la eterna inquietud, la honda tristeza, y reconoce a Dios en su propio sosiego, en la alegría de sus entrañas armoniosas, en su propia caridad, en su caridad, sobre todo. Esta es en ella, no sólo estática contemplación, sino acción pujante, iniciativa inteligente, amor al prójimo, deseo de servirlo, de hacerlo feliz. Ella no cree, como algunos, que sembrar dudas e inquietudes sea

ZORRILLA DE SAN MARTIN

buena obra, si ya no es con la promesa y como medio de recoger certezas serenas lo más pronto posible. Sembrar desasosiegos para cosechar desasosiegos no es trabajo muy útil, que digamos, efectivamente. El que tiene algo que decirnos porque está seguro de algo que ha visto, díganoslo, bien o mal, en buena hora, incítenos a verlo racionalmente; pero el que no tiene una certeza, ni siquiera la espera, nada tiene que decirnos que valga la pena, y es mejor que se calle la boca; que guarde para sí sus dudas o incertidumbres hasta tanto no pasen al estado de cosas claras y discretas. Nada más común que los hombres que no saben nada y se dedican a enseñar. El hombre vive de creer en algo, dice Carlyle, no de argumentaciones y de discurrir sobre infinitas cosas. Las luces de artificio apagan la luna y las estrellas. No ha visto el Alfa del Centauro quien no la ha visto en una noche serena, en las colinas o en la pampa.

El hombre pagano divinizaba las cosas; él mismo se adoraba en ellas. Para nosotros, los que formamos la cristiandad, las cosas no son adorables sino *adorantes*. Y nosotros entre ellas; nosotros, el hombre, la mujer, la cosa más perfecta del Universo, en la que todas las demás, las flores y las estrellas, piensan, aman, vuelan,

EL SERMON DE LA PAZ

cantan su canto de alabanza. Y, con nosotros, las patrias que formamos, y que somos nosotros mismos: los hombres, las mujeres.

Es la ley de amor, que refiere toda nuestra vida, la afectiva sobre todo, la pasional, a un principio de unidad: amor divino, efectivamente, vida mística, si así quiere llamársele, belleza suprema que nos mira en el día y en la noche; armoniosa dignidad. Es la boya hacia la que el alma va nadando, y que nos acerca al término del esfuerzo, con tanta mayor rapidez, cuanto con mayor precisión la vemos, con mayor intensidad. La espiritualización de nuestro cuerpo, la muerte, será una revelación, no cabe duda, una aparición, que amaremos libre y necesariamente, cuando la veamos levantarse en el último horizonte... Entretanto, mientras ella no se levanta, nos basta con presentirla, con mirarla de vez en cuando, con ver de identificarla, de no confundirla en la infinita niebla, con saber que *lo invisible presente está allí*, aunque el rayo de sol que esperamos no acabe de alumbrarla.

Nadamos, pues, hacia allá, pero buscando las boyas intermedias. Con sólo no apartarse de la dirección hacia la final, éstas tendrán también algo de divino, algo de místico. Todos lo somos, pues, más o menos; todos somos místicos, los que sentimos el movimiento de ascensión hacia

ZORRILLA DE SAN MARTIN

la belleza, y la vemos a nuestro lado, en la tierra
en que nacimos, en la Patria habitada por los
espíritus sonoros.

CAPÍTULO II

PUESTA DE SOL

I

El paisaje que estoy mirando en este momento desde mi casona de *Punta Brava*, y en el que creo ver concentrado el universo, está bañado de la luz de esa divina ley. Una gaviota blanca, adorante, que parece inmensa, se acerca por el aire y me abre las alas sin recelo. Ese buen pájaro no ve en mí, como en los muchachos que tiran piedras, un enemigo fuerte; casi estoy por creer que se da cuenta de que soy su compatriota. Es el espíritu, que, como las golondrinas de las torres, brota del río, cual si éste echara a volar. ¡Amable pájaro simbólico, dios del aire, divino Ibis!...

No es esto decir que este paisaje sea invariable, por supuesto, y que todos mis días de *Punta Brava* (por algo se llama así) sean tibios y apasibles; los suele haber de viento y de frío, y de chubascos. Los vientos del Sur, que vienen de lejos, del Cabo de Hornos quizá, persiguiendo

ZORRILLA DE SAN MARTIN

hasta la costa el rebaño, presa de pánico, de las grandes olas, son a veces implacables; andan por el aire gritando, como dioses norsos conquistadores. Y cuando da en soplar el *Pampero*, viento del Oeste que nos llega al ras del Plata, desde las *Pampas* o llanuras andinas, el tiempo no es apacible; pierden las gaviotas su equilibrio o divina euritmia, y los pájaros dispersos buscan abrigo en los aleros, callados o dando chirridos; los árboles pasan sus largas horas de desamparo, y yo pienso en ellos, cuando despierto de noche, y oigo al huracán, remoto o próximo, que anda en el aire.

Pero, sobre ser el caso poco frecuente, esos mismos *vientos pamperos*, como que los conocemos desde niños, son menos desaforados para nosotros que para los extraños; están en su casa, y hasta tienen algo de los amigos importunos o pesados, que se echan de menos cuando dejamos de verlos algún tiempo; son *nuestros pamperos*. Ellos nos sirven, por otra parte, para apreciar mejor, y gozar con mayor gratitud, de las mañanas y tardes de bendición, llamémosles místicas, que son allí constantes: los aguaceros seguidos de sol, con su Arco-Iris del uno al otro horizonte; los ponientes gloriosos, con sus nubes en forma de lagarto o de palomas dispersas, sus procesiones de arcángeles dorados, y sus remotas

EL SERMON DE LA PAZ

ciudades caminantes, llenas de cúpulas, en el divino silencio...

II

Una de esas tardes era la de ayer, precisamente, y mejor no pudo elegirla, para visitarme en mi rústica heredad, un buen amigo mío, hombre de bien a carta cabal, persona acaudalada, y de más que mediano entendimiento. Me encontró solo, trabajando a más trabajar con el rastrillo. Los árboles estaban alegres, y las enredaderas no habían cerrado los ojos azules todavía entre las hojas; mi torre parecía de mármol, y el río de esmalte azul; la cúpula del cielo estaba recién dorada por los artistas diáfanos.

Mostraba yo envanecido todo lo mío, todas aquellas cosas, a mi amigo; mis árboles, mi pedazo de mar, la última porción de sol de aquel día, que me quedaba en las paredes de la torre. Y él, después de mirar a su alrededor, a lo lejos, hacia arriba, me miró a mí, como si hubiera descubierto un secreto que yo guardaba, el de mi caudal; me miró riendo, con aire de parabienes. ¡Cómo habrán subido ahora de precio estos terrenos! me dijo, por fin; éste es ya un buen lote. Pero es preciso adquirir ese solar de al lado, para tener mayor frente sobre la rambla...

ZORRILLA DE SAN MARTIN

¿Cuánto vale ahora el metro por acá?

¡Cómo vuelan! decía Bernardino de Saint Pierre... ¡El metro! ¿Pero acaso esto tiene metros, Dios mío? ¿Es esto realmente *un lote*, que haya de completarse quitando el suyo al vecino? Nada de todo esto es mío, pues, desde que tiene precio; nada de esto; lo mío no tiene precio... Aquel ingrato amigo no había estado observando, como yo lo creía, ni el ombú que estaba a su lado, con el último toque de sol gratuito, ni el horizonte de cobre enrojecido, ni siquiera el mar; había advertido que por allí se había hecho, no por culpa mía, ciertamente, una rambla o avenida alquitranada, por la que corría, a todo correr, un carruaje automóvil, entre una nube de bencina. Y que no tenía más objeto que el de adelantarse a otro carruaje, que, a su vez, sólo corría por correr, desaforado.

Y allí, junto a nosotros, tocándonos la cara con las ramas, estaba un peral lleno de peras maduras, en forma de campana, que parecían naranjas, por la luz del sol poniente. El árbol, plantado por mí, uno de mis predilectos, me miró con la expresión de un inofensivo animal salvaje acabado de atrapar; me miró como si hubiera oído un disparo. Que también los árboles sienten el pánico, si los observamos. En poco estuvo no lo experimentara yo mismo; sentí, cuando me-

EL SERMON DE LA PAZ

nos, algo como el efecto de una amenaza a mis ombúes sin valor, a mi casa de poco precio, guardada sólo por un perro compañero de mis nietos, a la puerta de los abuelos, de débil cerradura. Hubiera querido esconder todo aquello, ponerlo a salvo en otra parte, en otro rincón de mi tierra, con sus horizontes y sus gaviotas.

¡Oh las naciones grandes, las confederaciones fuertes, hijas del dios Pan, el que irrunde los *pánicos!*

También las grandes fortunas de los hombres se forman así: por la conglomeración de las chicas ariquiladas. Y así se amasan los patrimonios suntuosos, donde no se pone el sol, y donde no se goza de la noche estrellada. Y así nacen las grandes ciudades, con sus palacios impersonales, que desalojan a las bellas torrecillas dadas de cal, en que viven las alegrías, y anidan las caridades, las continencias, la resignación y la paz.

Y los hombres se enorgullecen de las ciudades, de las patrias armipotentes, grandes lotes de muchos metros, de mucho valor venal, y de mucho humo de bencina y de pólvora.

No hay paz para el soberbio, dice el libro sarto. La paz es una entidad del orden moral, superior al jurídico. La quietud, el descanso, el silencio, la riqueza, el placer, son cosas del orden material. No está en ellos la paz. No te basta con

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

tenderte en la cama para estar en paz; ni siquiera en el sepulcro. El descanso, el silencio, el mismo sueño, el último inclusive, serán enemigos que te inquietarán. La paz es una actividad. Si quieres ser feliz, procura ser hoy un poco mejor que ayer; aprende a estar contento, alegre; goza sólo de aquello que estés seguro que te viene de la mano de Dios, y así hallarás el goce, aún en el dolor. Y hallarás paz en el soñar de la vida, y en el de la muerte.

Yo tuve que recibir, sin embargo, los parabienes de mi buen amigo, porque eran bien intencionados. Este libro ha nacido de su visita. Y, como suele salir un pájaro cantando de entre las yedras que envuelven un viejo muro, el niño de sesenta años que tengo en el corazón, y que en este libro ha pensado, o cantado, o dicho místicas ingenuidades, salió de entre las hojas... Sí, contesté a mi amigo tristemente, mirando el mar; efectivamente, deben de haber subido mucho de precio estos terrenos... ¡qué le hemos de hacer!...

Y el mar me miraba...

Y yo miraba largamente el mar, y sentía el silencio de mis mares interiores.

Pensamientos

PENSAMIENTOS

Es cierto que hay pensadores, dueños de un gran caudal de ideas, que carecen del don de la palabra; pero no es menos cierto que la falta de palabras corresponde, algunas veces, y no pocas, a la carencia de percepción fija o de juicio concreto. La palabra es un análisis, y es al buscarla, para expresar un pensamiento, cuando nos damos cuenta de que, contra lo que creíamos, no lo tenemos en la conciencia. Hemos tomado por tal una vaga resonancia, inhábil para convertirse en sonido articulado: una nebulosa, incapaz de conglomerarse y transformarse en estrella.

* * *

Un extranjero naturalizado puede amar, tanto o más que muchos naturales, a su madre adoptiva; puede servirla y hasta honrarla, tanto o más que ellos. Hay una cosa, sin embargo, que el hijo adoptivo no podrá conseguir: el parecido con su madre.

* * *

Nada pesa tanto como el corazón cuando está cansado.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

El fuego quema, brilla, y, por fin, alumbra.
El calor es su esencia; el brillo es su mirada; la luz es su palabra.

En la luz, el fuego sale de sí mismo, emite su verdad.

El sol es un incendio navegante en el espacio; la luz indefinida es el alma de las estrellas que se hablan.

Para brillar es preciso consumirse. Las piedras preciosas, los diamantes sobre todo, son los cuerpos más quemados, más calcinados, de la naturaleza. Y son los que más resplandecen.

¡ Oh pensamiento humano !

¡ Oh luz, remotísimo espíritu, genio del fuego !

* * *

No se trabaja para vivir; se vive para trabajar.

* * *

Suspirar es llamar.

* * *

Las estrellas están en sus nubes, y pronto van a encenderse...

PENSAMIENTOS

Si no puede ser más alto de lo que es, oh amable señor mío, el concepto que me dice tiene usted de mí, ¿cómo me pide la ocasión de conocerme personalmente?

La partida es desigual: usted puede ganar; pero yo, sólo perder.

* * *

¿Tiene el corazón del hombre ,como las frutas, una estación de madurez?

Si realmente la tiene, (que lo dudo) ella es muy corta. Porque, no bien deja de estar demasiado verde, uno se encuentra ¡ay! con que está demasiado seco.

* * *

No olvides que dar un consejo es contraer un compromiso, cuando menos.

* * *

Algunas veces el hombre oculta su llanto con un penoso esfuerzo de indiferencia; esconde el corazón; teme que el llanto, que juzga debilidad, lo desarme ante lo desconocido.

Otras veces, enmascara su indiferencia con llanto: llora lágrimas secas, para sólo evitar el mal efecto de no llorar.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

En general, las lágrimas son como los collares de perlas: cuantas menos hay, más se cree que no son falsas.

* * *

El éxito, en la mayor parte de los casos, depende de saber cuánto tiempo es necesario para alcanzarlo.

* * *

Es a fuerza de esperar, ha dicho Heráclito, como se encuentra lo inesperado.

* * *

Si no puedo decirte a ciencia cierta lo que pienso, mucho menos podría decirte lo que siento. No veo bien en mi corazón... Oigo cantos en él... pero lejanos... y en lengua desconocida.

* * *

Un odio que juzga es una sed que pretende analizar el agua.

* * *

Es prueba, muchas veces, de mayor valor evitar un combate, que vencer en él. Hay triunfos que empobrecen al vencido, pero no enriquecen al vencedor.

* * *

Si quieres amar a la humanidad, no esperes de ella demasiado, dijo Helvetius.

El que empieza por creer al hombre más bue-

PENSAMIENTOS

no de lo que puede ser, acaba por creerlo más malo de lo que es, dice Morley.

* * *

Un libro sabe generalmente más que su autor.

* * *

La edad madura, y aun la vejez, tienen sus ilusiones, como entre la hiedra que envuelve un muro viejo se esconde a veces un nido alegre.

* * *

La belleza es un recuerdo que tiene el alma del país en que nació.

* * *

El espectáculo de una fuerza intelectual o moral que se debilita, sólo aflige a las almas grandes; las pequeñas se alegran.

Y es natural; las primeras, en tanto son más grandes en cuanto se acercan más a lo absoluto; su virtud es la magnanimidad. Las segundas son lo relativo; su vicio es la envidia.

La esencia del "Ser que Es", del "Supremo Absoluto", es el Amor.

* * *

Es el instinto de justicia que Dios ha puesto en el alma humana el que nos hace vivir con cierto inexplicable sobresalto cuando somos demasiado dichosos.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y es de espíritus nobles el sentirse un poco avergonzado, y hasta endeudado, en presencia de los que sufren.

* * *

La necesidad se calma, pero el vicio se excita más con la satisfacción.

Deja tu carne por un mes, dice el adagio andaluz, y ella te dejará tres.

Dice Emerson que los isleños de Sandwich creen que se les comunica la fuerza y el valor del enemigo que matan.

Es lo que pasa al hombre de virtud: se apropia la fuerza de todas y cada una de las tentaciones que resiste.

* * *

Nuestro cuerpo nos introduce en el conjunto misterioso de seres que constituyen la Naturaleza, y nos refunde en ella; agregamos nuestro color al color, nuestro sonido al sonido, nuestro aliento al aliento, modificando el universo.

Pero nuestro "yo" no se funde con el "tú" para crear una tercera sustancia.

El universo y yo son dos cosas muy distintas.

* * *

El hombre ama siempre más el porvenir que el presente. Eso parece una ley intrínseca de su ser. La tierra prometida, símbolo de definitiva felicidad, es siempre aquella en que no se está.

PENSAMIENTOS

Pero como por el simple hecho de poseer el porvenir lo transformamos en presente, el supremo amor del hombre, la Tierra Prometida, no puede estar en el tiempo.

La esperanza no existe en la eternidad.

* * *

¿No has oído un grito a la distancia?

En su origen ha sido una letra vocal: a, e, o... i...

Oyelo de nuevo... ¿Qué vocal es?

Puede ser cualquiera; pero no es ninguna con absoluta precisión.

Como esos gritos son las montañas lejanas, las cosas distantes, los hombres pasados, los sucesos remotos.

Sólo a la Poesía, con sus vaguedades, es dado reproducirlos; sólo ella puede ser historia, biografía, memoria, lengua o reproducción del pasado.

La novela ha nacido de la pobreza de la historia, dice Novalis.

* * *

La admiración, como el amor, es tanto más intensa, más sincera y más pura cuanto más silenciosa.

Los admiradores sin talento son personajes verdaderamente peligrosos.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Pero hay también admiradores perversos.

Decir a un hombre que es poeta, gran poeta o eminente poeta, no es cosa mala; pero llamarle poeta o eminente poeta cuando se está entre comerciantes o curiales, pongo por caso, y se trata de negocios o de pleitos enredados, es lo mismo que llamarle papamoscas.

Recordar con admiración a un hombre muy rico su mucho dinero, en los momentos en que los privilegiados del espíritu hablan de belleza y de obras bellas, es una forma como cualquier otra de llamarle bruto.

Bien es verdad que lo primero ocurre a cada paso, todos los días.

Y lo segundo, sólo los domingos, y no todos.

* * *

¡Cuántos tormentos sufridos por males que no han llegado ni llegarán jamás!

* * *

Sólo viviendo con las manos abiertas podremos morir con las manos llenas.

* * *

La bondad, para ser una virtud, debe ser justa. Si no lo es, es una de tantas pasiones.

Amar no es siempre absolver al ser querido; es sentir no poder hacerlo siempre.

PENSAMIENTOS

El que calla no dice nada... Es verdad; no dice nada. Pero yo puedo asegurar que hay casos en que uno tiene necesidad de hablar, mal de su grado, y hablar mucho, sin más objeto que el de dejar la impresión de no haber dicho nada.

* * *

Hay circunstancias en que, para hacer amable la verdad, es preciso que suene a error.

* * *

Hay dos clases de *Tolerancia*: la que procede de Indiferencia, y la hija de *Caridad*. Esta es una virtud; la otra nó.

* * *

A fuerza de habituarse a la mentira, hay hombres que pierden *el uso de la verdad*.

* * *

Las más bellas de mis ideas están en lo que yo no he dicho, ni he escrito... ni siquiera pensando, quizá.

* * *

¿Por qué has sido tan malo con ese pobre hombre, tan inofensivo y tan indefenso?

Tú estabas convencido de tu superioridad; pero bastó que tuvieras la sospecha de que el otro la ponía en duda, para que el deseo inmoderado de hacérsela ser tir diera al través con esa misma

ZORRILLA DE SAN MARTIN

superioridad que te atribuías. Ira, orgullo, vanidad, crueldad, todas las concupiscencias salieron, como avispas irritadas, del agujero de tu corazón. Y todo, al influjo de aquel hombre impasible, a quien tú mismo juzgabas insignificante. Era, pues, más fuerte que tú, por lo visto, pues te arrastraba.

Saliste con la tuya; hiciste descender a aquel hombre en su propio concepto; pero tengo para mí que tú bajaste mucho más en el tuyo propio. El vencido fuiste tú.

Que no hay vergüenza que más sonroje y queme las mejillas que la que uno experimenta en la soledad.

El sonrojo es la luz de la culpa.

* * *

Deplorar la propia falta de fe es una profesión de fe; el deseo de creer es una creencia; el ansia de amar es amor. *"Tú no me buscarías si ya no me hubieses encontrado"* oyó decir a Dios.

* * *

Que el hombre sea o deje de ser instrumento de los beneficios de Dios o de sus castigos no depende de la voluntad del hombre, sino de la de Dios.

Nada puede causarme daño, dice San Bernardo, excepto yo mismo. El mal que llevo con-

PENSAMIENTOS

migo de un lado a otro es obra mía, y nunca padezco realmente sino por mi propia falta.

* * *

La cabeza de un incrédulo que escribe la vida de Jesús, nos sugiere la idea de una jaula de jilgueros con la pretensión de alojar un cóndor.

* * *

Los que exigen milagros para creer, quieren poner a Dios al servicio de su entendimiento, en vez de poner su entendimiento al servicio de Dios.

Sólo la fe es alegría, porque es madre de Esperanza.

* * *

¡Cuántos malos ejemplos dados por el ridículo en los buenos ejemplos!

* * *

No argumentes por la verdad si no eres sabio. ¿Acaso debes tú a tus argumentos la fe que tienes? ¿Y pretendes inocularla con ellos en los otros hombres?

No intentes, si no eres santo, dar prestigio, con tus actos, a la virtud o a la piedad. Si tú mismo no crees en tu santidad, (y no debes creer en ella si realmente la tienes) ¿has de hacer que

ZORRILLA DE SAN MARTIN

los otros crean en ella, y se sientan movidos al bien por ella, mal que pese a las repulsiones estéticas?

Cumple sencillamente tu deber. Nadie da mejores ejemplos que el hombre ejemplar que no pretende darlos.

* * *

La naturaleza nos ofrece la luz y la oscuridad, el sonido y el silencio.

El arte nos da lo luminoso de la luz, lo obscuro de la oscuridad, lo callado del silencio.

El arte es el espíritu hecho sensible; incorpora el alma humana a las potestades que animan el universo.

El artista de los árboles es el que puede convertirse en árbol; el de los hombres, en humanidad.

* * *

Se espera, más aun que por esperanza, por la necesidad o el goce de esperar. La tierra prometida, ha dicho alguien, (no sé si yo mismo en alguna parte) es siempre aquella en que no se está. Yo no soy rico; pero me hacen acaudalado las muchas cosas futuras que poseo.

* * *

La entrada en nuestra casa, por modesta que sea, debe ser siempre el mayor de los privilegios

PENSAMIENTOS

o preferencias, que sólo debemos otorgar a quien lo merezca.

* * *

La buena fe es tan rara en las letras como en los negocios... Quizá más.

* * *

Es conocida la anécdota, auténtica o inventada, para encomiar la veracidad de San Francisco de Asís, el hijo de Pobreza y Caridad. Como se le preguntara si había visto pasar a un hombre que perseguían, y que, efectivamente, acababa de pasar por allí, dicen que el santo metió ambas manos en las amplias mangas del sayal (actitud que le era muy propia) y dijo a los perseguidores: "Por aquí no ha pasado".

Se desistió de seguir aquella pista. San Francisco no podía mentir.

Lo que dijo éste, ¿fué o no fué mentira?

No fué mentira: el que huía no había pasado por las mangas del sayal. Pero tampoco era verdad. No la debía el buen hermano Francisco a los que se la exigían. Los dejó en la misma ignorancia en que estaban; no les quitó nada.

Fué un simple acto de destreza: la destreza de la Clemencia, hija primogénita de la Caridad,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que, según el Apóstol, si bien no se alegra de la injusticia y se complace en la verdad, es benigna y benevolente, no piensa mal, todo lo sufre, todo lo cree...

* * *

En el afecto de la mujer hacia el marido hay mucho más de maternal que lo que puede haber de paterno en el del marido hacia la mujer.

El hombre, más instintivamente que la mujer, invoca o llama a su madre en los momentos de suprema angustia.

* * *

Las flores proclaman su perfume; la inocencia ignora el suyo.

* * *

El amor es el fundamento del matrimonio.

Mira bien, sin embargo, a quien entregas tu amor; no te expongas a que te lo arrebate el más diestro.

Que también es bueno encender un poco de luz en el corazón.

* * *

No pongas tu fortuna a una carta... No juegues tu eternidad a una duda.

PENSAMIENTOS

Es muy común oír a un rico aconsejar caritativamente a los demás: No beba usted ese vino; es un poco agrio; prefiera usted el que yo consumo; le sentará a usted mucho mejor; es más tónico...

Dice un adagio de los persas, según he leído en alguna parte, que, para el que lleva botas, toda la tierra está cubierta de cuero.

* * *

Hay hombres que no quieren conocer bien a otros hombres, porque sospechan que van a reconocerlos superiores en virtud, y, sobre todo, en inteligencia; quieren conservar, como motor de la voluntad, la fe en la propia superioridad.

Y convengamos en que esa ficción envidiosa no deja de tener su eficacia práctica, cuando se trata de grados de la medianía, es decir, en la mayoría de los casos.

Los hombres realmente superiores son inaccesibles a ese sentimiento.

Y nada digamos de los genios.

Las luminosas medianías procuran deslumbrar. Los genios se defienden del propio resplandor.

* * *

Es ley de nuestro desarrollo intelectual, dijo uno, que las más grandes verdades se oscu-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

rezcan en nuestro espíritu cuando nos hemos familiarizado con ellas.

La observación no es tan exacta como parece; lo que se oscurece no es la verdad sino su periferia; es su forma la que se hace opaca.

Lo mismo que los hombres, las palabras se envejecen, se van apagando, como una brasa, en su propia ceniza; pierden el habla; se mueren. Y van quedando, poco a poco, sin sentido, hasta escapárseles el alma que las animaba.

Es preciso renovar las palabras, para conservar inmutable y claras las verdades.

En primavera, la inmutable naturaleza parece nueva, parece otra.

* * *

Las joyas te embellecen, quizá; pero no te preservan del frío.

* * *

El arte puede ser el fin del arte; pero no el de la vida.

* * *

El pensamiento vivo se muere a veces en la palabra.

Hay en cambio palabras vivas sin pensamiento.

PENSAMIENTOS

Como la industria se sirve del carbón de piedra para hacer perfumes, el músico echa mano de todos los sonidos de la naturaleza para su creación artística.

Pero no es el mejor perfume el que más conserva el olor del carbón de piedra, ni es la mejor música la que más perceptiblemente reproduce la materia prima de que se formó: ruido del mar o del viento, o de la lluvia, llantos o quejidos humanos, pájaros o campanas. La música es el perfume del sonido.

* * *

Bien puede ser verdad lo de Vauvenargues, que tanto se repite: "Las grandes ideas vienen del corazón". Sí, es verdad, del corazón... pero... sólo las grandes.

Y son las ideas pequeñas, brotadas del entendimiento, las que rigen los pasos del hombre. Sólo el que bien conoce domina. Y el sentimiento no conoce.

Lo importante, por otra parte, no es tener muchas ideas, sino la idea oportuna en cada caso. Y el corazón suele ser inoportuno.

* * *

Cuando escribas, no pienses en ser superior a los demás; procura no reproducirte; piensa en

ZORRILLA DE SAN MARTIN

superarte a tí mismo, es decir, en verte cada vez mejor, y decirnos con fidelidad lo que vas descubriendo.

* * *

¿Sientes mucho deseo de obtener castigo contra tu hermano que te ha hecho mal?

Piensa, al menos, en que tienes que conseguir ese castigo del Padre común, y en que éste quiere a tu hermano, su hijo, como a tí.

Te dará justicia, si tu reclamo es justo, y si te empeñas; pero la obtendrás a expensas de tu padre, a trueque de su pesadumbre.

Si no puede más en tí el deseo de evitar a éste una pena que el de dársela como castigo a tu hermano, es porque en tí puede más el rencor que el amor.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”.

* * *

¡Padecer desencantos o desengaños! ¿Y te quejas por eso? Hay un medio de que yo tenga noticia, uno solo, para no sufrir desencantos en esta vida: no tener encantos.

Ve, pues, si puedes vivir sin ellos. No es muy fácil, pero... no es imposible, me parece.

PENSAMIENTOS

Yo, por mi parte, confieso que no me es posible; pero cargo con las consecuencias, y me dispongo a la resignación. Si no eres tan bueno como yo lo imaginaba, la culpa no es tuya sino mía.

Si quieres amar a la humanidad, dijo uno, no esperes de ella demasiado; cuando se empieza por colocar demasiado alto al ser amado, ha dicho otro, se acaba por llenarlo de injusticias; enojarse fuera de medida contra la humana estupidez, escribe Morley, es una de las formas más irritantes de la estupidez...

¡Hola! He ahí uno, este Morley, que no sigue su propio consejo. ¿No está irritado, y fuera de medida, al sólo darlo?

Más ponderado se me ofrece el otro pensador que nos dice amablemente: "Cuanto más vivimos, más tendremos que sufrir la elemental existencia de hombres y mujeres; pero todo corazón valeroso debe tratar a la sociedad como a un niño y no permitirle que mande".

Yo, por mi parte, siento que cuanto más vivo, más compadezco, y menos desdengo.

* * *

Destinar los espíritus privilegiados a ocupaciones prácticas, a la política inclusive, es, algunas veces, hacer astillas de los muebles preciosos para alimentar el fuego de la cocina.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

La comida nos es necesaria, indudablemente; pero, en esas condiciones, nos resulta de un precio exorbitante.

Más nos valdría vivir de langostas, y de hierbas silvestres amargas.

* * *

Dice Anatole France hablando de un elocuente personaje: "Como el Diablo, este señor es un gran lógico; nunca razona mejor que cuando no tiene razón".

Y efectivamente: una boca más autorizada que la de France ha llamado al Diablo, Espíritu de Contradicción.

Si os parece, pues, dejaremos de razonar y discutir, y recobramos el uso de la palabra con nosotros mismos; con nuestro más grave interlocutor.

* * *

Las simplezas bien dichas suelen inspirar tanto respeto como los necios bien vestidos. Las unas y los otros pueden hacer mucho camino.

* * *

Es de noche en mi alma...

PENSAMIENTOS

En su voz se formaron palabras nuevas...

Y salió de su boca una verdad plena de relámpagos.

* * *

Somos lo que somos en nosotros mismos;
no lo que somos en los demás.

* * *

Lo que se espera enérgicamente, firmemente, tenazmente, se realiza... (Este pensamiento no es verdad; pero es bien lo creamos verdadero).

* * *

Tú crees que la felicidad consiste en hacer lo que desees. Imagínate que durante toda la vida hiciste siempre lo que deseaste...; ¿no es verdad que hoy serías más desgraciado de lo que eres?

* * *

La paciencia es la fuerza del débil; la impaciencia la debilidad del fuerte.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Soy el sobreviviente de un poeta que apareció un momento en mí, en mi conciencia, y murió joven... O no está muerto, y reaparecerá dentro de muchos años... ciento, doscientos... diezmil?

* * *

Hay obras de arte que lo son porque evocan o recuerdan nuestras viejas emociones ante el sujeto representado por ellas, ante la frase musical emitida... Otras veces es la obra la que quiere emocionarnos. Si lo consigue, ella es, en sí misma un recuerdo sin realidad objetiva, la verdadera obra de arte.

Siempre la belleza es un recuerdo.

* * *

Cuando presencias la felicidad o el éxito de los hombres a quienes has creído malos, y aun muy malos, no te inclines siempre, en esos casos concretos, a pensar en su castigo. Ni siquiera en las compensaciones de la otra vida. Piensa, más

PENSAMIENTOS

bien, alguna vez al menos, en los errores de la presente, e inclínate a creer que esos hombres no eran tan malos como tú lo imaginabas. Y has de alegrarte de ello; gózate en la dicha de esos que tú juzgaste dignos de no ser dichosos. Que no pocas veces la envidia se viste de justicia.

* * *

No podemos tener idea exacta, ni siquiera aproximada del número de cosas que no sabemos; pero el convencimiento de lo que ignoramos está en razón directa de lo que sabemos.

El bruto no sabe que ignora. El genio no se da cuenta de que sabe; se ignora a sí mismo. El que nada sabe lo cree todo fácil. Es una especie de felicidad.

* * *

A toda edad se puede pecar por demasiada juventud.

* * *

Los niños, y aun los jóvenes, creen que los viejos han sido siempre viejos.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y les parece, en cambio, que su juventud es eterna. Es uno de sus encantos.

* * *

Ese hombre me toma por un sordo o por una asamblea, a juzgar por la elocuencia con que me habla.

* * *

¡Tengo tantos corazones en qué estar enfermo! ¡Tantas vidas en qué morirme!

* * *

Nunca gozas más de tu libertad que cuando no te sirves de ella.

* * *

Ese vivo deseo que tienes de estar solo no es otra cosa que la necesidad de esperar a alguien o a algo; de no estar solo, precisamente.

PENSAMIENTOS

Aunque presumas poseer el arte del concepto ingenioso, el de decir agudezas, o el rarísimo del gracejo, y, sobre todo, el de dar bromas, no las des a personas de cuya fuerza espiritual no estés muy seguro... muy seguro. Son pocos los hombres que saben reír.

* * *

Como hay heridas en la ostra que, al cicatrizar, se convierten en perlas, hay vicios en el hombre que, como quedan bien extirpados, pueden convertirse en virtudes: la soberbia en noble carácter; la sensualidad en amor; la ira en valor sereno; la envidia o anhelo de ser *más* que los otros, en anhelo de ser *mejor*; el amor propio en dignidad.

* * *

Dar por intermedio de los que no pueden dar es dar dos veces.

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

El genio *se abstrae*; el alienado *se distrae*.

* * *

La abstracción ausenta de los demás; la distracción ausenta de sí mismo.

Dijo Leonardo de Vinci, me parece, que el destino de los hombres geniales es estar ausentes en todas partes.

* * *

Quejarse de la envidia es creerse con títulos para exitarla.

* * *

¡Qué grata sorpresa la de comprender algo que uno sólo sabía de memoria!

* * *

El dolor intenso y brusco nos toma siempre de sorpresa; salimos siempre de él como de una

PENSAMIENTOS

cueva oscura: con cara de asombro. ¿Cómo es esto? ¿Qué es esto? No hemos comprendido.

El dolor lento y largo, por el contrario, nos habla en nuestra lengua; acaba por ser nuestro buen amigo inseparable... Lo echaríamos de menos, quizá.

* * *

Hay árboles de sombra triste y hasta venenosa. No lo seas tú, no seas de esa familia. Puedes ser todo lo austero que quieras contigo mismo; pero tus austeridades serán tanto más tuyas cuanto menos compartidas con tus semejantes. Que tu sombra se proyecte hacia adentro. No enturbies las alegrías que Dios concede a los demás; no interpongas tus nubes entre el sol y tus hermanos.

* * *

La música de las palabras ha hecho tanto como la fuerza de la lógica.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Hay personas que, incapaces de aprender, se han dedicado a enseñar.

* * *

¡La mujer fuerte de la Biblia! No has de confundir, sin embargo, la mujer fuerte con la que deja de ser mujer sin llegar a ser hombre, como no se confunde el hombre fino y afectuoso con el afeminado, ni el pacífico con el pusilánime, ni el valiente con el irrespetuoso.

Yo de mí sé decir que, si me es antipático el hombre que tiene miedo de todo, no lo es menos, para mí, la mujer que no tiene miedo de nada.

* * *

Los escritores que escriben siempre a gritos, y los oradores que hablan siempre en semicorcheas no saben o no recuerdan que la música tiene sus *pianísimos* y sus *andantes*, sin los cuales es un ruido sin alma.

Y que nada ha aumentado tanto el valor del silencio como la música... la mala, por supuesto, la mecánica sobre todo, que ahora precisamente está ahuyentando mis internas armonías asustadas.

PENSAMIENTOS

Para que un poeta cante bien la historia de un pueblo es preciso que no la conozca bien.

Ha de comprenderla muy bien, sin embargo.

* * *

El amor verdadero es el rival del público mundano; arrebatada a todo el mundo un objeto de placer gratuito o de diversión.

Por eso es mirado por el gran mundo con menos simpatía que la disolución; con menos indulgencia, sobre todo. Para aquél son las exigencias y severidades; para la disipación todas las atenuaciones, cuando no los prestigios y los aplausos.

Los vicios ajenos son ojos y oídos para los nuestros.

* * *

Quiero bien a ese hombre, lo quiero de veras; pero no me gusta.

* * *

Una pasión que nos domina es un lacayo que se apodera de nuestra casa y se instala en ella.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Sólo a la propia conciencia debemos la absoluta verdad.

* * *

¿Cómo puedes afirmar que ese pensamiento que escribes es original o nuevo?

¿Conoces, por ventura, todos los viejos?

* * *

Los latinos tenían dos vocablos para designar al hombre: *homo* y *vir*. *Homo* de *humus*, tierra; *vir* de *vis*, fuerza o virtud.

Hombre y *varón* decimos nosotros. Lo segundo, el varón, es el hombre moral: fuerza, virtud, carácter, persona. Es el *humus* modelado, como la arcilla plástica por el artista; es la tierra que ha recibido, con el soplo divino, *su forma sustancial*.

* * *

Mis propios libros son buenos libros de lectura, y aun de estudio (de estudio más que de lectura) para mí. No sé si los mejores; pero son muy buenos.

PENSAMIENTOS

El horror sagrado es propio del hombre; el bruto no conoce ese miedo a lo invisible convertido en visión, invisible presente...

* * *

Hay un momento del cielo en que las estrellas están en sus nubes, próximas a encenderse, o a ser encendidas. No se las ve pero se las siente.

En ese tiempo de espera, aurora de una noche remotísima, están dormidos los animales y las piedras.

Los hombres despiertan, con un despertar muy distinto al de las mañanas.

* * *

Una cosa podemos dar sin tenerla: la felicidad.

* * *

Un día las flores pidieron la palabra a los dioses.

Y fué para defender a las mariposas.

Intermedios

APLAUSOS, ALABANZAS

I

¡Qué equivocado está este buen amigo que me escribe la carta que leo a la luz de mi lámpara confidente, y que me ha dejado, más que de costumbre, solo conmigo mismo! Con la más amable de las intenciones, me felicita “por los aplausos y aclamaciones que recibí anoche al pronunciar mi discurso.” Está equivocado este viejo amigo, que llega hasta hablarme de gloria; lo está, sobre todo, cuando me supone muy feliz en este momento. El dichoso es él, que así cree en la felicidad.

Los aplausos y aclamaciones no la dan; satisfacen, es cierto, un prurito natural de no sé qué potencia o sentido, que no hay por qué considerar maligno, y que bien puede ser un tributo que el hombre rinde a sus semejantes, cuya estimación aprecia tanto; pero la reacción en la soledad es generalmente triste. Esos éxitos, que tanto envidia mi amigo, me dejan muy a

ZORRILLA DE SAN MARTIN

menudo desazonado, inquieto; siempre juzgo que hubiera sido mejor no haber provocado, con palabras, aplausos más o menos anónimos. Llego a creer que anoche, si bien he conquistado buenos afectos, he despertado también las múltiples vidas que habitan una selva desconocida, entre las cuales no puede menos de haberlas de seres peligrosos. Mucho más que arrebatarse a la multitud, yo advierto que he sido arrebatado por ella; he deslumbrado, al parecer, no solo a los demás sino a mi mismo; pero no he convencido a nadie, ni adquirido un aprecio permanente que antes no tuviera; he hecho resonar corazones dándoles fuertes golpes con el mío; pero no los he sembrado, ni he modificado a nadie, me parece; apenas si he satisfecho curiosidades. Y la curiosidad no es siempre benevolente.

Ese estrépito del aplauso es complejo, heterogéneo; está formado de aleteos múltiples, contradictorios muchas veces, como el vuelo de las palomas. Puede ser aprobación, simpatía, solidaridad; pero también otra cosa difícil de definir: una simple vibración fisiológica producida por otra; la de un cristal producida por una nota musical lejana.

¡Cuántos de esos aplausos, arrancados por el instinto, han sido retirados o apagados inmedia-

APLAUSOS, ALABANZAS

tamente por la reflexión, o por otro instinto, como un insecto alado que, traído por una ráfaga de viento, es arrebatado por otra, tras un instante de detención en el aire.

¿Habría sido provechoso lo que yo he dicho a voces? Yo he querido que lo fuera; jamás hablo sin tal propósito; quiero que mi palabra sea siempre una buena acción. Pero la penetración de la voz humana parece estar en razón inversa de su fuerza. Lo que más penetra y queda en las almas suele ser lo que se dice en secreto, en voz muy baja; las buenas acciones no son, generalmente, estrepitosas. Y si alguna nuestra recordamos en nuestra vida, es, puede ser, la que realizamos callando una vez. Fué una buena obra.

II

Una cosa me complace, sin embargo, (y debo confesarlo para confiar sinceramente y con integridad mi pensamiento) una cosa me satisface sensiblemente en mis éxitos oratorios, si tal pueden llamarse: el placer o la alegría que con ellos proporciono a las personas a quienes quiero y que me quieren de veras, aun después de pasadas las efímeras ilusiones de juventud.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Eso mismo no está exento de pena, sin embargo. ¿Es entonces preciso que yo renueve constantemente mis atractivos, si he de conservar el amor de los que amo? Los atractivos pasan, y el amor ha de quedar; es menester que quede. Yo no acepto el ser querido por lo que hago o tengo, sino por lo que soy... El verdadero amor no comparte sólo los éxitos y las alegrías, sino también los fracasos y las penas: es refugio, el último, el único refugio. Y todos tenemos que refugiarnos algún día. Que todo esto, calor comunicativo, vibración penetrante de la voz, luz de los ojos, todo va pasando, para no volver; pasa en busca de un amparo contra la nada: el silencio, la oscuridad, el centro de la unidad misteriosa, en que todo lo real persiste transformado, aun las buenas ilusiones o realidades futuras.

III

Sólo un aplauso puede satisfacer, en resumidas cuentas, al hombre interior: el que puede tributarse a si mismo. Y yo, en presencia de la Suprema Belleza, más o menos entrevista, no he podido aplaudir jamás sin reservas ni una sola de mis obras, eso es lo cierto. Y, a solas con

APLAUSOS, ALABANZAS

el Supremo Bien, no he podido ¡ay! aplaudir sin reserva ni uno solo de mis actos.

Ni siquiera el que realizo al escribir estas líneas, que parecen humildad, en el dorso de la carta de mi amigo, a la luz de mi lámpara, que me mira, no sé si desde afuera, o desde adentro de mi silencio. Que yo no las diría, quizá, si mi humildad fuera algo más que aparente, y no una simple desazón, que no es una virtud, y bien pudiera ser un principio o conato de soberbia.

¡Qué descansada vida

La del que huye el mundanal ruido,

Y sigue la escondida

Senda, por donde han ido...

.....

Sí, es verdad; pero demasiado verdad. Ese anhelo de ausencia y de descanso no es tampoco una virtud, aunque lo parezca. ¿Acaso el hombre ha venido al mundo para descansar?

Hablemos, pues, en alta voz y musical; hablemos lo mejor posible en el escenario, chico o grande, en que hemos sido colocados; provoquemos aplausos, si es ese el oficio para el que Dios nos ha dado herramientas. Estas no son nuestras; no son ellas, sino el uso que de ellas hagamos, con humilde corazón, lo

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que nos hará oír el grande aplauso que mueve las esferas y alegra la juventud de los espíritus sin edad. Es preciso resignarse hasta a eso que mi amigo llama gloria, y que si es algo, no es, a buen seguro, sinónimo de dicha, ni mucho menos.

Nó, amigo mío querido, te diré contestando tu carta; no es eso felicidad. Pero te da las gracias tu obediente y seguro servidor, que besa tu mano humildemente... ¿Humildemente, en realidad?

.....
.....

HUMILDAD

I

Muy pronto, y sin temor de inmodestia, nos atribuimos la virtud de la humildad como cosa de poco momento, al alcance de todo el mundo. Hermana del amor, como la soberbia lo es del odio, la humildad es, sin embargo, la sola base del heroísmo; define su carácter; determina su grado. No la tiene quien la quiere, por cierto, sino quien la merece. Como toda nobleza, la humildad no es respetada por quien sólo respeta lo que teme; pero la dignidad de esa virtud, difícil de percibir por todo el mundo, lo es perfectamente por los corazones fuertes. Se la confunde con la flaqueza porque se parece a ella; pero es, precisamente, todo lo contrario. Las dos grandes flaquezas del corazón son dos movimientos que se dijeran contrapuestos: la cólera y el miedo; no lo son entre sí; pero lo son de la humildad. El hombre

ZORRILLA DE SAN MARTIN

humilde no se encoleriza; pero tampoco tiene miedo: **no ofende ni teme.**

El varón que, pudiendo defenderse, se queja, no es humilde; es un cobarde. Y no hay que confundir una cosa con otra. La humildad es el valor humano por excelencia. En el animal no existe.

Convencerse a sí mismo, por el propio raciocinio, de no ser digno del aplauso cuando se le recibe, o de la alabanza, es tanto más difícil cuanto más ruidoso es el aplauso. Que las pretensiones del hombre aumentan más en razón de su éxitos que de sus méritos.

Aquello de “querer es poder” está muy lejos de ser una verdad, sobre todo en materia de virtudes; no se puede siempre lo que se quiere. Lo que sí es verdad, y debe tenerse muy en cuenta, es que, para poder, preciso es, ante todo, querer; que cada uno quiera eficazmente lo que puede.

Querer ser humilde es todo lo que podemos hacer de nuestra parte; lo demás, hasta la posesión de la humildad, procede de fuera de nuestras entrañas. Que de éstas salen las soberbias, y las iras, y los miedos, y las envi-

HUMILDAD

días, como de su clima nativo: es lo exclusivamente humano, nuestro.

Yo que, en este momento, siento el deseo de llegar a no ver méritos en mis dones, sino dones en mis méritos, creo sospechar la esencia de la humana humildad en la necesidad que siento de entregar, como cosa que le es debida, los aplausos y alabanzas, al Autor y dispensador de aquellos dones, Autor que he de buscar en lo interior de mi mismo, pero que no soy yo mismo evidentemente; no soy yo mismo.

Claro está que, para ello, para apreciar la humildad en todo su valor y nobleza, es necesario creer, con mucha energía, en la presencia y acción de ese Autor, que es Dios, y en la realidad también de un vínculo racional de dependencia entre Él y sus obras o criaturas; vínculo material en las materiales, espiritual en los espíritus: ser religioso, en una palabra, lo que se llama religioso, si se es espíritu, o criatura racional. La humildad es un acto de religión, si bien se mira, o no es una virtud, una fuerza; tiene que estar en razón directa de la claridad de aquella idea: del sentimiento de absoluta dependencia.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

En la vida del espíritu, como en la material, no nos bastamos a nosotros mismos; necesitamos de otro o de otros. Al sentir, como ley congénita del alma, esa su necesidad de vivir en y de otras almas que sientan, a su vez, la de vivir en y de la mía, yo creo ver con claridad, cómo eso que llamamos **amor**, pasión soberana, tan difícil de definir, no es otra cosa que humildad recíproca, conciencia de nuestra imposibilidad de vivir en nuestra plenitud sin el concurso de otro ser de nuestra especie, inteligente y libre.

Cuando esa relación no es recíproca; cuando uno de sus extremos no necesita ni puede necesitar del otro que sólo por él vive, entonces ese amor es adoración, sentimiento de absoluta dependencia a un absoluto dueño, que sólo puede ser Uno.

¿Es entonces imposible el amor pasional entre el hombre y Dios? ¿Sólo puede existir entonces, entre ambos, el reverencial, que excluye la humildad recíproca, en que creemos ver la esencia del amor?

Lo sería, no cabe duda, sería el absurdo, si el mismo Dios, en su omnipotencia, no lo hubiera hecho posible... Es el misterio de la

HUMILDAD

redención cristiana. Estamos a su puerta, a la del divino misterio, a la que llegamos conducidos más aun que por el raciocinio, por la fantasía racional. Y si bien no podemos salvar el umbral de esa puerta cerrada, sentimos cómo choca en ella, detrás de ella mejor dicho, del otro lado, el océano de la verdad super-racional, la adoración identificada con el amor pasional o humildad recíproca. Imposible ésta entre el hombre y Dios, pudo dejar de serlo por sólo un medio: la humillación libre y voluntaria de Dios. Eso es el cristianismo, ley de Gracia, ley de Amor: Dios humillado, necesitado del hombre, vivo en el hombre, tanto como el hombre en Él; divinización de la humildad, podríamos decir sin demasiada hipérbole; el corazón del Creador hecho hombre, puesto al alcance de la criatura hecha Dios.

“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.”

Y el hombre pudo amar pasionalmente a Dios en su Verbo humillado, necesitado del amor del hombre; pudo compadecer a Dios, padecer con Él, en Él, por Él, como por un semejante que lo llama, que lo necesita; hacer

ZORRILLA DE SAN MARTIN

del propio dolor, unido al de Dios, ofrenda y sacrificio digno de Dios.

Es la última forma cobrada por la verdad cristiana ofrecida al culto de los que la adoran: el corazón de Dios.

II

Esa necesidad que siente el hombre de tener alguien por quién y para quién vivir y a quién ofrecer el triunfo que obtiene, da un sentido, por fin, algún sentido, a esa palabra "gloria" que no se concibe en uno solo; que es esencialmente repercusión y goce de uno en otro o en otros. Y eso es el placer del aplauso o la alabanza: cumplimiento de una ley de **coincidencia** espiritual o de rotación y traslación hacia un vértice que mantiene el equilibrio de los astros y el de las almas en sus órbitas cósmicas. Las brújulas o agujas imantadas obedecen esa ley cuando señalan la dirección del meridiano magnético, cuando marcan el polo. Lo hacen porque la corriente de vida que corre en espiral en torno de sus cuerpos, microscópicos imanes o solenoides, tiende a coincidir con la que, en el mismo sentido,

HUMILDAD

circula por el de este imán o solenoide colosal que habitamos, por este globo terrestre, que navega entre los otros planetas por los espacios, hacia una estrella. Es la ley de vida o armonía universales, que ajusta la naturaleza a su objeto, y el acorde a su diapason, y la nota a su acorde, y el alma inmortal a su destino eterno. Todo es humildad, obediencia, necesidad recíproca, amor.

El olvido de esa ley desorienta las brújulas; *brújulas locas*, suele llamarse a las que sufren tales desviaciones, que son desobediencias. Por eso, por falta de humildad si queréis, equivocan el polo, no dan con él.

Esa locura de las brújulas en los espíritus, y no otra cosa, es la que mueve y anima la fábula que inventó Cervantes, el español; la que imprime su carácter universal a sus figuras centrales que, sin ser personajes resonantes de epopeya, tienen, sin embargo, una fuerza épica como no existe superior.

No todos lo perciben; pero no otro que el espíritu religioso, el de humildad, es el que anima y da vida perdurable y universal a esa fábula ingenua, tan local, sin embargo, tan española. Ese su protagonista que, con el nombre de Don

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Quijote, anda por el mundo, es conducido por esa ley de ascensión en la humildad recíproca o amor anímico de que hablamos. El caballero enfermo que Cervantes conoció tan de cerca tiene una manía: la de cambiar de nombre a Dios. Es el tema o monomanía de toda la humanidad, no bien flaquea su razón, desde las edades primitivas hasta la que nosotros alcanzamos: el cambiar de nombre a Dios. Unos le dan uno; otros, otro: ciencia, naturaleza, fuerza, ley... El caballero de la fábula española le llama Dulcinea del Toboso.

Esa mujer todo perfecciones, sin una sola imperfección posible, necesariamente amable, por consiguiente, principio y fin de toda acción heroica, y cuya belleza sin par, absolutamente sin par, debe ser confesada y proclamada y defendida humildemente por todo ser racional. al sólo pronunciarse su nombre; esa señora y dueña indiscutida a la que todo debe entregarse, hasta la vida, sin pedirle ni esperar de ella otra cosa que "el honor de poder llamarse suyo", es eso, si bien se mira: el nombre de Dios desfigurado o contrahecho por la enfermedad: una máscara divina. Porque Dulcinea no es propiamente un ídolo o producto de las manos del hombre, ni siquiera de su imaginación; es una realidad viva, de carne y

HUMILDAD

hueso; no es tampoco una alucinación, puesto que el caballero que invoca y sirve a esa forma de mujer, no cree verla ante sus ojos en momento alguno, si ya no es en el recuerdo vago y confuso de una persona que ha visto en la vida real. Dulcinea no es un dios ni un héroe o semidiós, un intermediario: es Dios, el verdadero Dios, con un nombre distinto del que todo el mundo le da. Esa es toda la locura de su caballero heroico.

No es, pues, la pasión de ese caballero, ni siquiera su objeto, lo que hace de él un demente; es el cambio de nombre de ese objeto; el llamarle Dulcinea, cuando todo el mundo, salvo los locos, le ha dado y le da el nombre de Dios.

No bien pasa la locura; no bien desaparece el andante caballero Don Quijote, y, con la salud, reaparece en su discreción Alonso Quijano el Bueno, el orden se restablece; la brújula distingue el polo; el objeto de la pasión nobilísima de esa grande alma recobra su nombre; Dulcinea se disipa como una nube que ocultaba el sol y las otras estrellas; la realidad llena el alma enferma de la luz de la razón, y la verdad esplende: el Nombre de Dios aparece en Dulcinea. La muerte cristiana de Don Quijote es eso. ¡Cuántas reapariciones habrá en nuestra muerte! ¡Cuántas locuras disipadas!

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Es eso lo que ennoblece y da su tamaño a ese caballero sin tacha, su valor épico a esa fábula que parece ingenua. Todo cuanto ha hecho el loco andariego ha sido, en resumidas cuentas, *acto de religión*, porque su amor no era otra cosa que amor de Dios, que es el verdadero nombre del único ser absolutamente perfecto, sin imperfección posible, necesariamente amable, principio y fin de toda acción heroica, a quien ha invocado y servido el admirable loco caballeresco; es la soía belleza sin par, absolutamente sin par, que él llamaba la emperatriz Dulcinea, y que ha de ser proclamada y defendida al solo pronunciar su nombre.

III

Pero no penetraríamos en lo hondo de la creación de Cervantes, si no advirtiéramos que lo que verdaderamente distingue a su caballero es la humildad. Don Quijote es el paladín de un ensueño; sabe que tiene que estar en pugna con el común sentir de los hombres descomunales, como él dice, soberbios, que son los que se niegan a confesar a Dulcinea; pero está muy distante del llamado *romanticismo*, de los que, juzgándose hombres superiores, se creen o dicen creerse incomprensidos o inaccesibles,

HUMILDAD

cuando no son tan aplaudidos y alabados como ellos desearan. Estos son soberbios: el otro es bien lo contrario; atribuye todos sus méritos al amparo del nombre de la mujer perfecta: ese solo nombre vigoriza su espíritu y da fuerza invencible a su brazo; todo se lo debe, y todo se lo entrega; nada le pide en cambio, nada que no sea la gloria de poder llamarse suyo; no espera de ella más favor que el de aceptar sus sacrificios y sus trofeos; y el de amar su vida. Que sepa que murió por ella.

La ausencia de ese sentimiento es la soberbia en el hombre. No teniendo a quien atribuir, fuera de si mismo, sus facultades y los frutos de sus facultades, la luz del espíritu, la fuerza del ánimo o del brazo, el hombre ha de atribuírselas a sí propio, a los agentes ciegos de la naturaleza de que forma parte; ha de recibir los aplausos de sus semejantes y las alabanzas, como procedentes de inferiores, como debidas a la superioridad de su propia naturaleza. Y la falta de aplauso a inferioridad o incompreensión, a desdén o envidia de los demás. Una de las formas más ostensibles de la soberbia es la carencia del sentido religioso; éste, en cambio, al sentirse mero instrumento de quien lo ha hecho para un fin, permite al hombre aceptar con alegría el

ZORRILLA DE SAN MARTIN

aplausos de sus semejantes, y ver, en eso que llamamos gloria, un estímulo de bien obrar, es decir, de obedecer un mandato.

IV

Y hacer de ello también una ofrenda. Si, oyendo atentamente en la soledad mi corazón y mis pensamientos, he advertido que lo que a mí me complace en las alabanzas que puedo recibir es el placer o la alegría que con ellas proporciono a los que me quieren de veras y me son queridos, pero que pasan y mueren, la idea de causar con ellas complacencia a Dios, el Eterno Persistente que como nadie nos quiere, y a quien como a nadie hemos de querer y complacer, nos hace entrever lo solo que podría ser llamado realmente gloria, es decir, felicidad relativa, o anticipo de la sola absoluta: de nuestra incorporación al Cosmos, al acordado canto de las esferas que proclaman la gloria de su Creador, en las obras de sus manos: en el firmamento que las anuncia; en sus criaturas espirituales sobre todo, seres capaces de conocer *Su Nombre*, su Nombre al menos, y de bendecirlo. Y entre las cuales está mi alma sustancial.

Todo lo que eso no sea, deja en el espíritu la desazón de la soberbia, inquietud, melancolía,

HUMILDAD

tristeza, cuando la soledad generosa enciende la lámpara interior que pone ante nuestros ojos nuestra propia verdad y la de nuestros semejantes, sin iluminar las profundidades del espíritu en que resplandece la verdad de Dios, el Nombre de Dios.

Si logramos distinguir esto, y enviamos la gloria a las alturas como un incienso quemado en el fuego que nos consume, nos quedamos, en cambio, con la paz, con la sola descansada vida.

Esta se alcanza, efectivamente, (el poeta tiene razón) huyendo el mundanal ruido. Pero no se huye de él con sólo alejarse de los hombres. Que no está sólo fuera de nosotros ese inquietante ruido mundanal; también lo está dentro de nosotros, y sobre todo; nos seguirá a los desiertos, turbará nuestras soledades, encontrará nuestras soberbias.

Podemos, en cambio, estar solos entre la multitud: guardar silencio en el estrépito; ser humildes entre los aplausos y aclamaciones, y hasta buscarlos con limpieza de corazón.

Y ser también felices, relativamente, por la alabanza de nuestros hermanos, y el amor recíproco que nos vincule.

Y agradecerles las alabanzas, humildemente, en realidad: con humildad verdadera de corazón,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

como yo agradezco a este mi buen amigo que me alaba y felicita, cuya carta dejo al pie de mi lámpara confidente, mientras voy a esperar la próxima mañana, en que saludaremos el nuevo sol, el viejo sol, mejor dicho, nuestro humilde hermano, que, con las otras estrellas, sigue su vuelo obediente en las aureolas concéntricas que cantan la Divina Humildad Omnipotente que es centro del Universo: Amor de Dios, que es Dios, a su propio Verbo, que es Dios. Y por el que fueran hechas todas las cosas, espíritus y estrellas: lo invisible, lo visible... todo. Y sin el cual nada fué hecho.

OH, LA GLORIA

Ese hombre considera un mérito suyo la hermosura del caballo, muy hermoso efectivamente, en que va montado. El caballo no piensa lo mismo; pero es porque el caballo no piensa en nada. Que si pensara, creería también suyo, probablemente, el jinete que tiene en la grupa.

Más valdría, en tal caso, no pensar nada, como el caballo, que pensar tontamente como el jinete.

Obsérvese, sin embargo, con cuánta solicitud saludan las gentes y reverencian al segundo, al caballero. Y es a causa del primero, a causa del caballo, según se me alcanza, como es a causa del automóvil en que van sentadas, corriendo a todo correr, por lo que son objeto de reverencia esas señoras que pasan. Estas lo son también, quizá, con motivo de unos suaves pellejos de nutria en que van envueltas, aunque no hace frío, y de unas flotantes plumas de ayestruz que llevan en la cabeza, para diversión del viento.

Esas señoras consideran que la belleza de esas plumas y pieles de animales son atributos de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

sus personas, méritos propios; hasta lo es, para ellas, la rapidez del automóvil que las conduce. Se juzgan rápidas y fuertes.

Ni las nutrias, ni los avestruces, ni el constructor del vehículo, ni siquiera el inventor de su ingenioso mecanismo, comparten el triunfo de esas gloriosas personas... ;Oh, la gloria!

PARA VER A DIOS

I

No es posible que tú creas que un hombre docto que emplea su vida toda en el estudio de la Sagrada Teología puede, a fuerza de raciocinios, llegar a ser un buen ingeniero de calzadas y puentes; tú no te arriesgarías, me parece, a pasar por el que ese docto maestro te construyera sobre el río.

Y sin embargo, me invocas el nombre de un sabio ingeniero de puentes y calzadas, como el de una autoridad, cuando hablamos de cosas espirituales, y tratamos de reconocer y adoptar la religión, por ejemplo, en que hemos de cruzar la vida, el puente de la vida.

Convengamos en que no eres lógico, y en que, si hemos de reconocer alguna autoridad, la indicada en este caso es, más bien, la del profesor de teología. No es ésta, sin embargo, la que más lo está, en mi concepto; juzgo más indicada la del santo, el verdadero sabio, el solo sabio en la ciencia de pasar de una costa a la otra, del

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tiempo a la eternidad: la ciencia de vivir y de morir.

II

Alguien ha dicho que la ciencia de morir o cruzar el abismo no es experimental, porque no se muere más que una vez. Pues sí: es esa, precisamente, la ciencia de los santos, los solos maestros. Ellos nos predicán, nos enseñan con el ejemplo, mejor dicho, eso que llaman *desasimiento*, ruptura paulatina y constante de los vínculos que nos atan a la vida del tiempo. Ese *desasimiento* no es otra cosa que una constante experiencia de la muerte; el desprender con cuidado, sin dolor casi, casi con deleite, la venda de una herida.

La muerte debe sobrevenir entonces como una continuación, sin echarse de menos la vida, que está muy lejos, medio olvidada, terminada hace tiempo. Si pensamos en la diferencia que puede haber entre lo que no hemos sabido nunca y lo que, sabido alguna vez, hemos olvidado por completo, nos daremos cuenta de la analogía entre el olvido total de la vida y la experiencia de la muerte.

Un santo que muere es un hombre *que se acuerda* o vuelve en sí.

PARA VER A DIOS

III

Tú puedes y aun debes esperar, con la mayor firmeza, morir de ese modo. Que el número de los santos es más grande de lo que te imaginas; es innumerable, porque lo son las misericordias de Dios de que ellos son obra predilecta.

Tú tienes que entrar en ese número... si quieres, por supuesto, si quieres. Ahora, ¡si no quieres! ¡Si te empecinas en consultar para ello al ingeniero de puentes y calzadas, y en seguir su consejo, en vez del de los santos!

Se ha dicho que “querer es poder”. No es del todo exacto; no todo lo que se quiere se puede. Pero es indudable, eso sí, que para poder es preciso querer.

IV

No esperes con demasiado empeño, para ver a Dios y amarle, las pruebas o demostraciones matemáticas de su existencia. Eso es cosa de ingenieros de puentes y calzadas. Nadie ha medido con más seguridad que Pascal, ni con tanta quizá, el poder y alcance de las matemáticas, “de nuestras pobres matemáticas” dice Kipling. Y es Pascal, el genio de las ciencias llamadas exactas, el que nos dice: “Incomprensible que Dios sea, e

ZORRILLA DE SAN MARTIN

incomprensible que no sea; que el alma esté con el cuerpo y que no tengamos alma; que el mundo sea creado y que no lo sea, etc. que el pecado original sea y que no sea”.

Sólo al través de tu corazón puedes ver a Dios. La voluntad no solo estimula la conquista de la verdad; transforma nuestro conocimiento.

No pretendas acercarte a la *Luz* yendo de espaldas. Cuánto más creas acercarte así, con solos tus raciocinios, al increado foco, *luz de Luz*, más grande será la sombra que proyectes. Tus dudas son eso: tu propia sombra sobre el suelo en que caminas.

No te encontrarás con ella si vas de frente, con los ojos cerrados; verás la luz a través de los párpados. Pero ten el alma abierta, el corazón transparente y limpio. Que es él quien en nosotros ve.

Así lo dijo el solo Maestro, que no lo era, por cierto, de nuestras pobres matemáticas: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

AFINACIÓN DEL ALMA

La música, que descansa en los principios matemáticos, no puede ir contra esos principios. Pero no se preocupa de ellos; no piensa en ese su fundamento; no le concierne.

Alguna analogía tiene con eso la fé religiosa en su relación con la filosofía, bien que ésta no sea su fundamento: no tiene por qué ni para qué estar con ella ni contra ella; le concierne mucho menos que la matemática a la música; no se preocupa de ella.

Todo sin perjuicio, por supuesto, de que, en último término, siempre sea la verdad matemática quien determine la afinación o desafinación de un sonido o de un acorde, y la Verdad Sustancial quien resuelva sobre la incorporación o adaptación de un alma al coro de los espíritus o armonía de las esferas, o ritmo de la vida anterior al tiempo, en su primera vibración sin principio.

MUSICAL

La palabra nos dice, narra o describe lo que pasa en el alma humana; la música lo produce en ella, lo hace pasar; nos infunde el entusiasmo, la melancolía, la alegría, la tristeza, sin decirnos nada. La palabra que hace las dos cosas, decir, narrar o describir los movimientos del alma y producirlos con su sonido, es la palabra musical, o arte de la palabra, o arte literario.

Todas las artes tienen algo de eso. El dibujo, la pintura, cuando son sólo descriptivos o narrativos, constituyen la obra del ilustrador o escritor por imágenes, que, tan próximo al artesano como al artista, se acercará a éste tanto más, y se alejará tanto más de aquél cuanto menos diga o escriba.

No es arte literario, sin embargo, la música de la palabra, la palabra musical, mejor dicho, que no tiene sentido alguno concreto, inteligible por convenio previo entre los hombres, ni son arte pictórico las combinaciones de colores o de líneas

ZORRILLA DE SAN MARTIN

sin relación alguna con la realidad objetiva. Esos fenómenos pueden ser deleite del oído o de la vista, música del sonido o del color; pero no arte literario; ni arte pictórico propiamente.

LUZ DE LUZ

La religión de los antiguos paganos (la de los griegos fué su cúspide) no era otra cosa que una poesía práctica. Sus apóstoles y maestros eran los poetas.

La poesía es un aspecto de la verdad, su resplandor acaso; pero no es toda la verdad. El arte puede ser el fin del arte; pero no es el de la vida, he dicho yo alguna vez.

Y la Religión, que es principio y fin en la creación, o no es nada o lo es todo: lo creado y lo increado.

El arte es hijo de la imaginación; es hermano mayor de la ciencia; la precede en el tiempo.

Pero la Religión es la hermana mayor de ambos, la primogénita; los precede en el tiempo y en la esencia.

La poesía es hija de la fantasía, que concreta y combina sensaciones para despertar sentimientos, por medio de la imagen, como la ciencia lo es del entendimiento que abstrae para descubrir

ZORRILLA DE SAN MARTIN

verdades por medio del raciocinio. Pero ambas son operaciones parciales de un alma sola, de la misma.

La religión que lo es total del alma, que es toda su vida, principio y fin, como decimos, está sobre esas operaciones.

¿Dices que la Ciencia es antagónica de la Religión, o que hay que optar entre la una y la otra? ¿Y será también la ciencia antagónica del arte? Pues si no hay antagonismo entre la ciencia y el arte, menos puede haberlo entre ambas y la Religión; menos deben excluirse. El arte es hermana mayor de la ciencia; la precede, como hemos dicho, en los hombres y en los pueblos. Pero la Religión es la hermana primogénita de ambas; las precede y las refunde y las conduce.

La Religión no es hija de la fantasía ni del entendimiento humanos. No es imagen ni percepción, ni juicio, ni raciocinio; es evidencia inmanente, habla interior. Es hija del entendimiento divino. Por eso la natural se perfecciona en la revelada. Cristo dijo que *Él era la Verdad*. ¿Qué *verdad*? Ninguna de las existentes; una Verdad o Vida Nueva. Eso en teología se llama *Gracia*, si no me equivoco: la *Vida Nueva* que trajo Je-

LUZ DE LUZ

sús de Nazareth; la que no existía antes de venir Él.

La bella religión de las estatuas y de los poetas es más accesible a los sentidos, como que sale de ellos; es como la luz de los planetas. Por eso la sensualidad resucita el paganismo, y el cristianismo se difunde en razón directa de la extirpación de los sentidos corporales.

Quedan los espirituales, los aptos para ver el Sol, y los ángeles; y las esencias, y los Números Invisibles secreto y causa de Todo... la Luz de Luz.

PRÍNCIPE Y GAUCHO

I

Shakespeare, el inglés, es un creador, como no hay otro, de hombres y mujeres, como sabemos; pero lo es también, no menos genial, de monstruos. No hablo de Lady Macbeth, ni de Ricardo III, ni siquiera del bruto de Calibán. Este deforme y repugnante Calibán es el hijo de una bruja, y no es de extrañar, por lo tanto, que sea un borracho perdido y un desalmado ingrato; tampoco que tenga las piernas parecidas a las aletas de un pescado. Pero el príncipe Hamlet, que no es hijo de bruja sino de rey; que es bello como un dios, y que, al parecer, no es un malvado, revela a veces instintos más diabólicos que el mismo Calibán. Es mucha creación la de ese enigmático príncipe de Dinamarca vestido de negro como un joven cuervo, y que ha sido tema de tantos y tan variados comentarios e interpretaciones. Unos dicen que era loco; otros que nó. Ojalá lo hubiera sido de remate, en el caso sobre que vamos a discurrir.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Todos sabemos que vengar el asesinato de su padre, el rey de Dinamarca, fué el motor de sus actos. Su padre había sido asesinado por el propio hermano, que, casado con la viuda del muerto, madre del príncipe, sucedía a aquél en el trono. El joven Hamlet buscaba la ocasión de matar a su tío criminal, en cumplimiento de la orden que había recibido de una sombra o espectro, que se le había aparecido en la explanada del castillo, con todas las apariencias del rey su padre, por más que no estaba seguro de que aquello no había sido una ilusión, o algo peor. Y tan no lo estaba, tan no tenía fé en la revelación aquella, que se pasaba las horas, dando y cavando, en recoger informes, en observar detalles, en hacer experiencias, para cerciorarse de si lo que había visto en la explanada del castillo era o nó su padre realmente: observaba, raciocinaba, y, por fin, como prueba experimental, hacía que unos cómicos, en el teatro de palacio, en presencia del rey, de la reina y de toda la corte, representasen la escena del asesinato, tal cual el fantasma se la había descrito. El efecto que produjera en los reitantes esposos la parodia, sería la prueba decisiva de la realidad del aparecido, de la verdad del crimen de aquéllos, y de la misión que el príncipe se atribuía. Esta no era otra, según él, que “la

PRINCIPE Y GAUCHO

de poner orden en un siglo desconcertado". Esa era su creencia, cuando menos, clave de su conducta, en el sentir de Goethe, que quizá tiene razón.

Y he aquí que, más o menos convencido por el efecto de la comedia, cree hallar una ocasión propicia, por fin; el nuevo rey, el asesino, está allí, de rodillas, rezando. Hamlet desenvaina la espada, se acerca sigilosamente, se detiene... Y... no lo mata. Veamos porqué. Oigamos lo que dice.

Hamlet — Está rezando... Ahora podría yo dar oportunamente el golpe, y ahora lo daré... (desenvaina la espada) Si... pero... así se vá al cielo... ¿Y es de esta suerte como quedo yo vengado? Hay que examinar esto con madurez. Un infame asesina a mi padre, y yo, en pago de semejante acción, yo, el hijo único, mando a la gloria a ese mismo infame. ¡Ah! Eso fuera estipendio, o remuneración, que no venganza. El traidor sorprendió a mi padre sumido en grosera sensualidad, después de opíparo banquete, con todos sus pecados en plena florecencia, tan llenos de savia y vigor como una planta en Mayo. ¿Y quién sabe, salvo el cielo, cómo rindió su cuenta final? Por los indicios, inclínome a pensar que muy

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

aflictiva es la suerte suya... ¿Y queda cumplida mi venganza hiriendo al delincuente mientras está purificando su alma, en el momento preciso en que se halla bien dispuesto, y preparado para el trance fatal de la muerte?... No; vuelve a tu sitio, espada, (envainándola) y elige una coyuntura más horrible: cuando se halle amodorrado por la embriaguez, o en un acceso de furor, en los incestuosos placeres de su lecho, jugando, blasfemando, o en ocasión de ejecutar un acto tal, que no deje la menor esperanza de salvación para él. Entonces da en tierra con ese miserable, en tal guisa, que sus talones tiren coces al cielo, y su alma sea condenada, y tan negra como el infierno a donde se precipite”.

He ahí una siniestra idea, que no es la de un loco, por cierto; de todo tiene menos de loco, de irresponsable, quien así discurre. Tampoco es un escéptico; ese hombre recuerda, razona, cree. Nó, no es un loco; es otra cosa lo que Shakespeare quiso plasmar en esa figura misteriosa y poliforme. El problema que nos sugiere cuando envaina la espada ante el culpable que reza es de lo más hondo que puede imaginarse. Calibán, con ser hijo de bruja y nieto del diablo, no hubiera tenido idea más diabólica.

PRINCIPE Y GAUCHO

Algún comentarista, uno entre los sin cuento de ese drama, ha dicho que esas reflexiones de Hamlet no deben hacernos suponer en él un refinamiento de crueldad; juzga que “como todas las personas más reflexivas que dispuestas a obrar, el príncipe busca, sin darse cuenta de ello, un pretexto, más o menos válido, para ir difiriendo la ejecución de sus planes”.

Bien pudiera ser eso. El tipo de Hamlet encarna, en primer término, no hay duda, la irresolución, la impotencia, mejor dicho, que fluyen necesariamente de la fé vacilante o nula. La de Hamlet en la aparición es de ese género; él no tiene fé en la revelación del fantasma. No tiene la fé capaz de engendrar actos heroicos; pero sí la suficiente para mantener en ese espíritu enfermo, melancólico, la idea de venganza no reflexiva, es decir, la verdadera pasión satánica, si pasión puede llamarse al instinto de mal eterno, frío, reflexivo, que ha de ser la del espíritu puro culpable, la del ángel caído, que no puede satisfacerse con la venganza temporal que termina, sino que necesita de la que no concluye, de la eterna.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

II

No sé si entre las creaciones de Shakespeare está la que encarna el otro espíritu, existente también, por suerte, en la naturaleza humana; pero conozcamos un caso en que se nos ofrece encarnado en un tipo o carácter, de una gran simplicidad, que bien pudiera incorporarse a las criaturas del poeta. Es un caso perfectamente auténtico. Ocurre en ésta mi tierra del Uruguay, tan distante del reino de Dinamarca.

Un hombre de nuestros campos, un *gaucho*, como se le llama, llega a caballo, a gran galope, a la casa del cura de una pequeña población, cuyas blancas azoteas salpican la colina verde en que está tendida, rodeada de muchas otras desiertas. Sin desmontarse, el gaucho golpea la puerta con el mango del rebenque. Viene a pedir asistencia o socorro espiritual para un moribundo, con urgencia.

Aún no es de día; las dos primeras partes de la noche se han ido; sólo queda un resto de la tercera; las estrellas se inclinan, y las del horizonte, la Cruz del Sur, el Alfa del Centauro, comienzan a diluirse en el cielo. A la luz de las cenitales, Sirio, Canope, Orión, el gaucho y el sacerdote, que ha montado sin tardanza a caballo,

PRINCIPE Y GAUCHO

galopan, como sombras, por el campo mojado de rocío, en la semioscuridad.

Las cosas van saliendo de la niebla, despojadas de sus colores: una vaca que rumia en la loma; un gran pájaro blanco, dormido en el borde de una barranca; un árbol solo; una *tapera*, o ruina de tierra negra, en compañía de un *ombú*. Ya no se oye el ladrido de los perros que dejaron detrás, en las inmediaciones del pueblo; se cruzan soledades, y se oye sólo el galope de los dos caballos.

El gaucho, silencioso, guía hacia el monte, que se ve aparecer allá abajo, entre las colinas ondulantes. El sacerdote lo sigue; pero, cuando advierte que están cruzando por entre los primeros árboles del bosque lleno de sombra, se detiene, y mira receloso a su conductor. Por allí no se va a ninguna parte. El arroyo corre allí cerca, en el bajo de la loma, entre matorrales; se oye el ruido del agua.

—No tenga miedo, padre... Un poco más allá... ¡Allí está! ¡No lo vé?

Allí estaba, efectivamente, en el suelo, un hombre inmóvil, boca arriba, con la cabeza hacia atrás como si llamara; con los ojos muy abiertos, pero fríos, de esmalte. La mirada acababa de irse de allí para siempre.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

El cura desmontó, y se arrodilló junto al hombre muerto.

El gaucho, sin apearse, miró a éste algunos instantes, como para convencerse de que estaba realmente muerto; bien muerto como ellos dicen; levantó lentamente, con la mano izquierda los pliegues del poncho, que se echó sobre el hombro, y, con la derecha, sacó del cinto de cuero claveteado de chapas de metal, una moneda de plata, que extendió al sacerdote, diciéndole: torre, padre... dígame una misa por el alma de ese difunto... yo lo maté... peleamos... lo maté... El pedía confesión...

.....

Y al trote de su caballo, lentamente, se internó en el monte. Fué a esconderse de la justicia humana.

El sacerdote, de rodillas junto al muerto, siguió al jinete con los ojos, hasta perderlo de vista entre los árboles.

AHORRO Y RIQUEZA

Está bien; has pasado tu vida, de la que ya te queda poco, has pasado la vida recogiendo dinero, billetes de banco, monedas acuñadas y demás. Han pasado a tí, por otra parte, muchas cosas buenas que eran de otras personas: construcciones, tierras, plantas, animales útiles. Todo ha ido a tus manos, desde las de otros semejantes tuyos, que se han quedado sin ello, por menos diestros o menos activos que tú.

Has hecho, para quedarte con ello, tantos esfuerzos como muchos santos o muchos sabios: tú has sido un fuerte servidor, un leal servidor del adusto dinero. Por él, para guardarlo, para cuidarlo, has dejado de servir no sólo a Dios y a los hombres, sino que te has privado tú mismo de muchas cosas que son el deleite, unas veces elevado y otras nó, de los demás. Te has privado también, por ese amor, de muchos otros amores buenos, de muchos afectos: has roto aún los vínculos de la sangre, cuando has tenido que ejercitar tu derecho de dueño.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Bien está: has llenado todos tus deseos, tu solo deseo, mejor dicho, que es ver en tu poder las cosas que estaban en el de los otros, aunque tú no las necesitaras y ellos sí; aunque tú no tengas tiempo, y ellos sí, de disfrutarlas.

Porque tu goce no ha sido otro que el de llamar *mío*, irrevocablemente *mío* a todo eso. Y bien será nos entendamos sobre este particular. *Tuyo*, si lo miramos con juicio, no ha querido decir necesariamente *para tí*, gozado *por tí*, sino separado por tí del goce de los demás; separado por el mayor tiempo posible; hasta el día de tu muerte, cuando menos.

Si dijeras que tú guardas todo eso también para otros, para tus hijos, por ejemplo, no me dirías la verdad: el prurito que has sentido y te ha estimulado es sólo el de recoger dinero, el de guardarlo; el pensamiento de su destino no ha entrado como motor de tu actividad. Mira bien en ti mismo, y verás eso con claridad. Tus propios hijos han sido y son tus rivales, algunas veces.

Huelga decir que tú, al guardar todo eso de que no disfrutas ni disfrutarás, no te das cuenta de que eres instrumento de ciertas benéficas leyes naturales. Ni remotamente has pensado en

AHORRO Y RIQUEZA

que estás guardando para la sociedad futura, y que, mal de tu grado, eres un sér benéfico en la naturaleza. Lo eres, no te quepa duda, al dejar de consumir, aunque lo serías más si no retardaras el empleo de eso que guardas, y que es una fuerza, un instrumento de trabajo, que puede reproducirse. Consumir es sólo transformar.

Las cosas esperan en tus manos a su verdadero dueño: al que ha de poseerlas, y hacerlas madres.

Veamos ahora qué haces con ese excedente que te queda, mil veces mayor de lo que has menester para llenar tus deseos, así vivieras cien años, o más de cien años.

Veo que eso te da un poder, superioridad tangible, visible, sobre los demás hombres. Advierto que cuando ves un sabio o un santo o un héroe que pasa a tu lado, les miras las manos, y los aprecias según lo que tienen en ellas, nada más. Pero ni siquiera gozas de tu triunfo sobre el sabio y sobre el santo; porque tú no gozas de las muestras de respeto, de las reverencias que te hacen a tí, y que no hacen al sabio o al santo. Tú no las has buscado ni las buscas; tú, con no mal sentido, por otra parte, no sabes de gloria, ni de honores; no aprecias en nada, tampoco, la

ZORRILLA DE SAN MARTIN

estimación de tus semejantes; todo eso te tiene sin cuidado.

Goza, pues, del goce para el que tienes facultades, oh vencedor; extiende tus monedas y papeles sobre una mesa, y ponte a esperar la muerte, sentado en la puerta de tu casa.

No tienes otra cosa qué hacer por ahora: esperar la muerte. Después... serás tanto como el santo o el héroe; éstos ya no serán tus inferiores, sino tus iguales; la misma cosa que tú en todos los conceptos..., es decir, en todos los conceptos... menos en uno, eso sí,... menos en uno...

II

Ahora, tú que estás en el otro extremo, tú que has pasado la vida sin pensar en recoger ni en guardar nada; que, pensando sólo en el día de hoy, como si el mañana no existiera, has consumido, en el día, todo aquello de que has podido disponer, tú tampoco eres sabio ni santo; no lo eres más que el otro, no te hagas ilusiones; no eres mejor que el otro. Los sabios y los santos *ahorran*; tú nó; ellos son *ricos* y tú nó; tú eres tan pobre como el que no hace otra cosa que guardar.

AHORRO Y RIQUEZA

Bien será nos entendamos, antes de pasar adelante, sobre eso de *ahorro* y de *riqueza*.

El ahorro, lo que llamamos ahorro, es trabajo guardado, precisamente, conservado, acumulado. Y es a esto a lo que llamamos riqueza, que suele llamarse también capital, propiedad, tesoro, valor, caudal, etc., etc. Tiene muchos nombres, más o menos propios; todos aproximados. Riqueza o propiedad y ahorro son ideas parecidas; si no idénticas, son muy semejantes.

No hay riqueza sin ahorro. Este, en cambio, es riqueza en sí mismo. Disminuir tus necesidades es llenar tu bolsa, ha dicho alguien, no sé si yo mismo, en alguna parte. Ahorrar es abstenerse de consumir, es decir, dejar algo para mañana, para nosotros y para nuestros semejantes. El millonario que ahorra es más digno de alabanza cuando ahorra que cuando da el dinero equivalente. Ahorrando, se priva de algo; dando dinero, no se priva de nada.

El ahorro es trabajo y previsión, trabajo inteligente. Observemos que la previsión existe en los animales, en ciertos animales especialmente, de que es tipo la silenciosa hormiga, como es sabido. Por eso se le atribuye inteligencia, y no

ZORRILLA DE SAN MARTIN

sin alguna razón. Pero es una inteligencia especial, que llamaremos colectiva, si os parece; no del individuo sino de la especie.

La riqueza y la propiedad son también colectivas, por lo tanto, en ese caso; no son, bien mirado, *propiedad*, es decir, incorporación de las fuerzas o facultades de una persona, de un sér libre, dueño de sí mismo, fin de sí mismo, en una cosa, que viene a ser así parte integrante de la persona que la ocupa o informa o transforma, inseparable de ella, independiente de ella, de su voluntad individual, que es lo que se llama propiedad; son, más bien, algo semejante al fenómeno de un río que pasa y deposita sus aluviones; un simple fenómeno de la naturaleza, no fin de sí mismo sino medio para que otros realicen o consigan el propio.

La previsión en el animal que ahorra es un instinto o actividad engendrada por energías fisiológicas, y determinada por extrañas fuerzas; una ley de la especie, como hemos estado conformes en decir. Una hormiga no es rica ni propietaria; el propietario es el hormiguero, la naturaleza... nadie.

En el hombre es otra cosa; la previsión es una virtud, una recta actividad del espíritu, que

AHORRO Y RIQUEZA

obedece a fuerzas inmanentes que la determinan: ley del individuo, prenda de libertad, prueba de superioridad de unos individuos sobre otros, dentro de la especie misma, como lo es de inferioridad o de semejanza con el bruto la imprevisión, el hartazgo seguido de hambre, o el anhelo de vivir del bien común, de la propiedad de todos o cosa de nadie, *res nullius*. El bruto es naturalmente comunista. Y de ahí que, muy a menudo, el comunista sea naturalmente bruto.

Los pródigos o insensatos confunden generalmente la economía o el ahorro con la avaricia; pero son los dos polos opuestos; los dos polos, precisamente. Lo primero, el ahorro, la previsión serena, no angustiosa, la abstención de un goce, es una virtud, como hemos dicho; lo segundo, la avaricia, que nada tiene de previsión, nada de ahorro, es uno de los vicios capitales. El avaro no ahorra propiamente; no se priva de nada que desee, pues, ya lo dijimos, su solo deseo es guardar, no gastar nada, ni siquiera los frutos del árbol, que se llaman *renta*, cuando el árbol se llama dinero, o capital o fortuna. El avaro no es rentista, aunque acumule frutos. Ser

ZORRILLA DE SAN MARTIN

rentista, dice Lemire, es tener tiempo de servir a los demás.

Pero, ya no digo el avaro ,aun el hombre dado sólo a hacer fortuna o caudal no se considera jamás rentista; se juzga siempre jornalero, trabajador, hombre de recibir, no de dar; hasta la muerte.

Predicar el ahorro es estimular las facultades superiores: predicarlo en el niño es enseñarle a ser hombre, recordarle que lo será, que será un hombre, es decir, un dueño y forjador de sí mismo por la repetición libre de buenas acciones, que son golpes en el yunque, lo que se llama *virtud*, fuerza, golpes en la voluntad forjador del carácter, que es belleza.

Esto no es incompatible, por cierto, sino concordante con la fe y la confianza en la Providencia, y con la Caridad o amor a nuestro semejante por amor a Dios. Pero no sólo no son incompatibles; si bien lo miramos, el ahorro rectamente entendido, el ahorro virtud, acopio de buenas acciones, no avaricia, que lo es la caridad, como lo son de la ingratitude, de la soberbia, y aun del egoismo, el derroche, la imprevisión, el lujo, que, tanto o más que en los hombres y en las mujeres.

El Misterio de la Muerte

EL MISTERIO DE LA MUERTE

(Del libro inédito)

I

El hombre en todas las épocas y regiones ha entrevisto las verdades sutilísimas sobre la muerte, que, con suma facilidad, se transforman en imágenes. Como los pájaros que no pueden vivir en cautiverio, esas verdades no cantan, antes se ahogan, en las duras rejas del raciocinio. Sólo viven en las creencias religiosas, que son vuelos, o en la libertad, vuelo también, de la poesía, que es belleza, es decir, ascensión de lo verdalero: Homero, Dante, Shakespeare, Santa Teresa de Jesús.

El modo de pensar y de sentir sobre eso de la muerte es quizá la piedra de toque para juzgar del alma de los pueblos. El griego, que reduce sus muertos a humo y ceniza, y el egipcio que los guarda embalsamados, son los dos tipos extremos, las dos contestaciones, dentro de lo natural o sensible, a la pregunta aquella

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de "hasta donde puede la materia desaparecer sin que el hombre que de ella está formado, llámese Stilpón o Demetrio, desaparezca".

El egipcio no piensa como Leibnitz, por cierto: el cree en lo persistente. en el "doble"; pero no concibe que la forma pueda ser una cosa con exclusión de aquello de que está hecha: el alma no está hecha del cuerpo, sino por el cuerpo; esa forma, el alma, necesita materia, substancia sensible que la sostenga, y que ha de ser la propia materia o substancia visible, su figura, determinada por la posición de todos sus puntos en un mismo instante. El egipcio no sabe lo que es "*sustancia espiritual*"; no puede concebir al hombre sin manos ni pies, como Pascal; mucho menos sin cabeza, por supuesto. Tampoco concibe que la esencia de una cosa, lo que hace que ella sea esa cosa, pueda consistir, según lo juzga Leibnitz, "en un cierto poder o una cierta facultad primitiva distinta de sus dimensiones, de sus cualidades, en una palabra, de sus modos o accidentes". Para el egipcio es preciso que el cuerpo persista, la mayor cantidad de él que sea posible, a fin de que su *doble* no se disipe por completo.

La momia egipcia es eso. No, como las obras de arte, una figura de madera o de arcilla, o de piedra, animada del alma del artista que la mo-

EL MISTERIO DE LA MUERTE

dela o da forma, en el sentido de figura, mejor dicho, sino una especie de estatua animada del alma de la materia de que está formada. La momia, pues, más aún que la simulación de la vida, es la inmortalidad del cuerpo muerto, no transformado, sino tal cual está formado o informado por el alma, con sus debilidades, con sus fealdades.

Algunas tribus de indios americanos guardaban también sus muertos; en cuchillas, en vasijas de barro cocido, duraban indefinidamente. Los había que reducían los cráneos al tamaño de una naranja y hasta de una nuez conservando toda la negra cabellera intacta y las facciones de la cara reconocibles.

Convengamos en que nada de eso es arte, si por tal hemos de entender realización de belleza, o, si se quiere, invención de medios o formas expresivas por las cuales los puros sentimientos humanos se propagan, por vía de imitación o simpatía, de una alma a otra, es decir, expresión de lo no esencial para revelar la esencia pura, el carácter, la verdadera sustancia. La momia no es nada de eso, ni cosa que se le parezca; no es arte. Tampoco es una afirmación de fé en el espíritu propiamente. Esa ficción de la perpetuidad del cuerpo o negación de la

ZORRILLA DE SAN MARTIN

muerte, lo es de la inmortalidad. Una piedra no puede ser inmortal precisamente, porque no es mortal. Y no lo es, porque no es apta para la esencial transformación, o persistencia de la forma en la materia invisible.

Uno se imagina la gloria de aquellos hipogeos o ciudades subterráneas de los egipcios, habitadas por hombres embalsamados, y mujeres y niños, que simulan la vida sin esperarla; la vida eternamente simulada. Esas figuras inspiran piedad precisamente por eso: porque no han acabado de morir; no son muertos, ni quieren serlo. Allí no hay alegría, pero tampoco tristeza propiamente, ni melancolía; no hay recuerdo ni esperanza, ni deseo: no hay sociedad.

Los más grandes artistas decoraban aquellas poblaciones con suntuosidad: colores, figuras, jeroglíficos, inscripciones cuneiformes, entalles y bajo relieves, todo eso cubría los muros, los techos, hasta el dorso de las tapas de los ataúdes como si se dibujara en el interior de los párpados, en las membranas. Las largas procesiones de siluetas con cabeza de gavián o de mono, o de seres humanos sin sexo, con ojos en forma de almendra, desfilaban en el absorto silencio. Allí estaban, negras o policromas en sus ricos y brillantes fondos de ocre o de azul. Y todos sin más objeto que el de recrear los

EL MISTERIO DE LA MUERTE

ojos de esmalte o de cartón pintado de las momias, que nada desean.

Aquella gente embalsamada no espera la resurrección; no aspira a vivir, sino a no morir. La oscuridad, la soledad, el silencio indefinidos, son la gloria.

No están dormidos ni quieren estarlo; se juzgan despiertos, no sé para qué...

El griego es otra cosa, piensa de otro modo. También él cuida del cuerpo muerto; pero nó para conservarlo, sino para preservarlo de la fealdad mientras es visible, a fin de que su último recuerdo lo sea de belleza sensible. Lo lava, lo perfuma, lo viste y adorna, y enseguida lo quema, lo reduce a llama, a humo que se va. Guarda de él la ceniza, la cantidad de materia suficiente para conservar el recuerdo. Pero el recuerdo del hombre vivo, en su plenitud. La materia inmortal, que es, para el griego, la belleza sensible, la forma. El héroe no entra en su gloria mientras el cadáver está insepulto; la ofensa a su cuerpo humilla a su sombra, su espíritu. Ser comido de los buitres o de los perros, en la tierra, es el infierno. La región homérica es "aquella que habitan las sombras de los hombres muertos" dice la Iliada.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

II

Todos esos, griegos, egipcios y demás, rechazan la ocurrencia aquella de Reynolds, que, para consolar a las señoras que deploraban la muerte del amigo de quien se decían muy obligadas, les hacía advertir que la muerte las desembarazaba de esa deuda. Los griegos "*apla-*
caban los males de los muertos" con sacrificios.

La sociedad de vivos y muertos es tan real y persistente como la de los vivos entre sí, en el concepto intuitivo del hombre. "Del Hombre", es decir, no de un hombre concreto de carne y hueso, así sea el más capaz de raciocinio, sino del hombre abstracto, más hombre que concreto y que raciocina mejor, más realidad si cabe, y más digno de fé; la nación, el pueblo, la raza, con su pensamiento, su espíritu, su verdad tradicional o trascendental, que es una. Las filosofías son raciocinios del cerebro de un hombre concreto; pero los hombres se suceden como las olas; pasan con sus juicios, y queda el juicio del ser colectivo, como el nivel o el pensamiento del mar.

La vida del género humano, dice San Agustín, desde la creación de Adán hasta la consumación de los siglos, debe considerarse como la de

EL MISTERIO DE LA MUERTE

un solo hombre, que nace, crece, se desarrolla y llega a la plenitud de sus fuerzas.

“La serie de las generaciones, dice Pascal, durante el curso de los siglos, debe considerarse como un solo hombre que siempre subsiste y se educa constantemente”.

Pero hay hombres concretos cuyo pensamiento de tal manera coincide con el de ese hombre abstracto, la humanidad, que tienen algo de abstracción. Eso y no otra cosa son los grandes poetas, los épicos o genios: los que ven y oyen lo universal que tienen en sí mismos. Cuando el pensamiento se hace en ellos palabra, ésta rompe los límites del léxico a que pertenece, no es palabra sólo de un idioma concreto, tiene la virtud de penetración de los resucitados: entra en el oído sin abrir las puertas; pasa por el tiempo sin pisar las horas. No es necesario que sea muy rara, extraordinaria; las palabras más corrientes cobran en ese instrumento la fuerza musical que las transfigura y eterniza o resucita. Todo el mundo sabe de hombres inmortalizados por una sola palabra o una sola frase que dijeron. Y todos sabemos de lo efímero de las dichas para vivir mucho tiempo. Que dos cosas pueden darnos idea de lo infinito: las palabras olvidadas y las arenas del gran desierto. La grande originalidad es eso; lo contrario de lo

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que generalmente se cree. A menudo se toma por originalidad la disonancia o extravagancia, cuando no el desprecio de la humanidad mirada por un hombre como inferior al hombre o como caravana que va hacia atrás en sentido opuesto del hombre superior, que se cree tanto más hombre cuantos menos de sus semejantes lo entienden. Y no es así sin embargo, sino lo contrario, todo lo contrario precisamente. La humanidad no va hacia la muerte como tú; ella es la persistencia, la vida. Identificarse con ella es inmortalidad.

Como alguien aconsejara a Verdi que innovara en la técnica de su composición musical, el gran compositor contestó: "Entiendo que, en arte, se innova cuando ya no es posible crear".

No sin causa, pues, el pensamiento de Reynolds chocó tanto a aquellas señoras que lo escuchaban. No chocaba por original, sino por solo disonante. La disonancia suele confundirse con la originalidad, no cabe duda; pero es su antítesis. La grande originalidad épica es casi inadvertida; es lo que menos llama la atención generalmente.

Reynolds quería llamarla disonando, extravagando; diciendo lo contrario de lo que piensa la humanidad que está a su lado, y de que él mismo forma parte.

EL MISTERIO DE LA MUERTE

Quieras que nó, él es un cristiano, no un egipcio ni un griego; su pensamiento desafinaba en su propio acorde, ofendía su propio oído.

La antítesis es recurso de los pequeños disfrazados. Los grandes de verdad, los épicos, Shakespeare entre otros pocos en la era cristiana, son la encarnación sincera, no buscada, de la propia humanidad, pájaros de una banda, cada uno de los cuales es la banda entera: el mismo vuelo, el mismo canto. Son esencialmente originales, épicos, como el viento, como el mar, que no inventan nada.

¿Has pensado en la originalidad del viento o en la del mar, tan antiguos y siempre nuevos? Uno que habla o que canta en ellos es inmortal.

INDICE

INDICE

Prólogo (Dardo Regules)	Pág.	7
-------------------------------	------	---

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Exordio — El Alma de las cosas	"	33
--------------------------------------	---	----

CAPITULO II

La idea de Patria	"	55
-------------------------	---	----

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Proposición — La guerra	"	79
-------------------------------	---	----

CAPITULO II

La unidad	"	95
-----------------	---	----

INDICE

CAPITULO III

Luces y sombras	"	115
-----------------------	---	-----

CAPITULO IV

Signo de vida y paz	"	129
---------------------------	---	-----

TERCERA PARTE

CAPITULO I

Peroración — Americanos en España	"	143
---	---	-----

CAPITULO II

La Sociedad de las Naciones	"	155
-----------------------------------	---	-----

CUARTA PARTE

CAPITULO I

Epilogo — Contento... Continencia	"	175
---	---	-----

CAPITULO II

Puesta de sol	"	191
Pensamientos	"	197

INTERMEDIOS

Aplausos, Alabanzas	"	233
Humildad	"	239

INDICE

Oh la gloria	"	253
Para ver a Dios	"	255
Afinación del alma	"	259
Musical	"	261
Luz de luz	"	263
Príncipe y gaucho	"	267
Ahorro y riqueza	"	275
El misterio de la muerte	"	283

868.69 Z89 S4



a39001 008208988b

868.69
Z89
S4

30 de mayo de 1929.

Sr. Presidente del Banco de la
República, Dr. Don Alejandro
Gallinal.

Señor Presidente:

Tengo honor de acusar recibo de la honrosa nota en que me hace saber que el Banco de la República, tan dignamente presidido por Vd., ha resuelto, por el voto unánime y expresivo de su Directorio, realizar una edición de mis obras completas, en conmemoración del cincuentenario de La Leyenda Patria, y para discernir a su autor, antiguo colaborador, como Delegado del Gobierno en esa fecunda institución modelo, un honor tan señalado como lleno de carácter y de expresión benevolente.

Por más que lo considero muy superior a mis merecimientos, yo debo aceptar y acepto agradecido ese honor, y desempeñaré con placer el encargo que recibo de ordenar mis obras completas, secundando en un todo el propósito generoso del Banco.

Quiera Vd., señor Presidente, hacerse intérprete ante su Directorio, ante todos y cada uno de sus miembros, de la gratitud que, con su amable actitud, me han impuesto para siempre, y aceptar Vd., personalmente, las protestas de consideración afectuosa con que retribuyo cordialmente las suyas.

Juan Zorrilla de San Martín.

